

La buena tierra

Una alegoría de Cristo en las Escrituras

«Y comerás y te saciarás, y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado» (Deuteronomio 8:10).

Eliseo Apablaza F.

Eliseo Apablaza

La buena tierra

Una alegoría de Cristo en las Escrituras

Primera edición: Agosto 2004

Las citas de las Escrituras corresponden a la versión Reina-Valera, 1960, salvo donde se indica otra cosa.

Diseño & Diagramación: Mario Contreras

EDICIONES «AGUAS VIVAS»
Temuco - CHILE.

INDICE

Prólogo	7
 <i>A modo de introducción</i>	
Cuando el heredero es niño	9
1. La Tierra prometida a Abraham	19
2. Los primeros años	27
3. El tiempo de entrar	37
4. Cruzando el Jordán	45
5. Los primeros pasos en la Tierra	53
6. La más hermosa de todas las tierras	65
7. Principios para la toma de posesión	73
8. Tomando posesión de la Tierra	81
9. Entrando en el reposo	91
10. Identificando a nuestros enemigos	99
11. Tres hombres ante Cristo	109
12. La tierra ajena	119
<i>Un epílogo necesario</i>	
Una herencia compartida	127

*Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa;
tú sustentas mi suerte.
Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos,
y es hermosa la heredad que me ha tocado.*

David (Salmo 16)

PRÓLOGO

Para muchos creyentes la experiencia de una vida más plena en Cristo parece más un sueño ilusorio que una realidad. Tras experimentar el gozo de la salvación, tarde o temprano sus vidas se deslizan hacia la esterilidad, el vacío y la derrota. Y, aunque las bendiciones de Dios permanecen a lo largo de todo el camino, su experiencia diaria dista mucho de estar a la altura de lo que el Nuevo Testamento señala como una vida cristiana normal; vale decir, una vida de continua victoria sobre el pecado, la muerte y Satanás. Y entonces, dado este persistente estado de cosas, muchos creyentes terminan por acomodarse o conformarse a una vida en un plano más bajo, a medio camino entre el cielo y la tierra. Sin embargo, ¿habrá de ser siempre así?

Precisamente, la respuesta que este libro nos entrega resuena con un decidido y enfático ¡No!, pues, como Pablo nos dice de Cristo: «todas las promesas de Dios son en él Sí y Amén». En el Antiguo Testamento, esas promesas toman la forma prominente de una tierra. Prometida, anhelada, buscada y poseída, la tierra de Canaán es un tipo perfecto de Cristo. Y hacia esa bendita tierra, Eliseo Apablaza nos conduce, tomándonos de la mano a través de todo el largo camino que comienza con el pagano Abram en la remota Ur de los Caldeos, sigue con Moisés, el irreductible hebreo salvado de las aguas, cruza ante el terrible Sinai y por el

desierto calcinante, y acaba con Josué, por cuya mano Israel finalmente entró en posesión de la tierra más hermosa de todas y halló el definitivo descanso.

Sin embargo, como nos advierte Eliseo, esta larga historia no es más que una metáfora y alegoría de Cristo y su completa posesión por parte del creyente. Pues Cristo, en toda su plenitud y hermosura, nos ha sido dado por Dios para nuestro completo disfrute y descanso. Luego, nuestra vida no necesita ser un vagar constante y sin rumbo, lleno de altos y bajos, mientras se alimenta tan sólo de esperanzas y anhelos que nunca acaban por cumplirse. La tierra es nuestra; ¡Cristo es nuestro! Pero, ¿cómo poseerlo?

Precisamente, este libro nos llega como un respuesta oportuna y necesaria para aquellos que estamos aún en camino de descubrir más y mejor a Cristo como Aquel que sacia nuestra alma de plenitud. La tierra prometida, más allá del ancho y fatigoso desierto, se nos aparece en sus páginas con toda su hermosura y esplendor, y tan al alcance de la mano, que sólo es cuestión de recorrerla y tomarla en posesión a través de la fe.

Cada cual encontrará ciertos paisajes y recodos particularmente especiales en este libro. Por ello, quisiera terminar este Prólogo haciendo una mención personal del capítulo seis, donde somos llevados a través de la rica y variada geografía de Canaán, para descubrir a Cristo aquí y allá, sea en la cumbre nevada del Hermón, o el profundo valle del Jordán, o las fértiles laderas del Hebrón. Toda una clase de geografía espiritual. Usted encontrará con seguridad muchos otros paisajes como éste.

Quiera el Señor usar este libro para enriquecer y alentar a su pueblo a avanzar hacia la madurez y la vida plena que están disponibles en Cristo, nuestro ilimitado Señor; la más hermosa de todas las tierras.

Rodrigo Abarca
Santiago, 17 de Agosto de 2004

Quando el heredero es niño

«El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo.» (Rom. 8:16-17a).

Hay cosas muy gloriosas en estos versículos de Romanos 8, así que será de provecho para nosotros iniciar aquí nuestra meditación. Se dice en este pasaje que nosotros somos *hijos de Dios*. Esto ya es suficiente de por sí para llenar nuestros corazones de sumo gozo y nuestra mente de dulces pensamientos. En el plano natural, nuestra condición de hijos depende mucho de la condición de nuestros padres. Fortalezas y debilidades, oportunidades y limitaciones nos vienen por el solo hecho de ser hijos de quienes somos. Ahora bien, ¿cuánto más determinante no será para nosotros nuestra condición de hijos de Dios, teniendo tal Padre, el cual habita en luz inaccesible, el Creador y Sustentador de todas las cosas? Sin duda, esto es algo maravilloso.

Pero en este pasaje hay más. Se agrega también el hecho de que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo. ¿Podremos comprender en toda su vastedad lo que esto signi-

fica? El dueño de todos los mundos, de la inconmensurable extensión del universo, nos ha convertido en herederos suyos. Todas las cosas que hermosamente diseñó y creó para el deleite de su amado Hijo, son nuestras también; porque eso es lo que significa ser coherederos, ser participantes de la herencia de Otro, del Hijo primero, principal en amor y en hermosura.

Rogamos al Señor que nos ayude para asimilar esta bienaventuranza aunque sea en su sentido más elemental.

Lo que significa ser heredero

Nosotros encontramos en las Escrituras una muestra de esta bienaventuranza cuando vemos cómo los patriarcas heredaban las riquezas de sus padres. Allí está Isaac, el caso más ejemplar, a quien su padre Abraham —«riquísimo en ganado, en plata y en oro»— dio «todo cuanto tenía» en herencia, por el solo hecho de ser su hijo.

Así que, cuando leemos en este pasaje de Romanos que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, debemos asumir que estamos participando de la herencia de nuestro Isaac (superior a aquél de Génesis), que ha heredado de su Abraham (superior a aquél de Génesis) todas las cosas. Evidentemente nos estamos refiriendo a algo muy grande, porque en Dios hay plena abundancia. En Dios está la plenitud.

Siendo Jesús el heredero de todas las cosas, podemos entender por qué él es tan grande. Él es el heredero legítimo de todos los bienes del Padre, es el Isaac que heredó todas las cosas por el solo hecho de ser Hijo de Dios. Luego estamos nosotros en una posición muy similar, porque somos coherederos. Esto significa que nosotros participamos de la herencia con el Heredero. Él tocó una porción; nosotros, otra porción. Él es el Primogénito; y nosotros, los muchos hijos, somos constituidos a imagen suya.

Dios quiere que los muchos hijos sean semejantes a su Amado Hijo. El deleite del Padre será tener a sus muchos hijos semejantes al Hijo de su amor. El deleite del Hijo será tener a

sus muchos hermanos surgidos de su muerte y resurrección; en tanto, el deleite nuestro será tener a nuestro bendito Dios por nuestro Padre, y a nuestro bendito Señor por nuestro Hermano.

Nosotros somos llamados a una gloria tan grande que no la podemos imaginar. Tenemos una herencia tan amplia que no la podemos cuantificar. Todavía no sabemos cuál es la grandeza de nuestra herencia. Sin embargo, podemos alabar a Dios por lo mucho que nos ha dado, sea poco o sea mucho lo que conozcamos de ella. Podemos alabarle, porque siendo tan rico él, nos ha hecho tan ricos a nosotros; porque siendo tan grande él no se avergonzó de levantarnos de nuestra escoria y sentarnos a su mesa.

El heredero-niño y el esclavo

Todo esto es maravilloso. Sin embargo, hemos de descender del plano de las maravillas de Dios al plano de las defecaciones del hombre, donde toda luz se oscurece. La herencia de Dios, siendo una realidad eterna que Dios espera que disfrutemos ya en nuestro caminar presente, suele estar arrumbada en un rincón olvidado de nuestra casa; o, a lo más, ser considerada como un bien no disponible en nuestra vida práctica.

En Gálatas 4:1 dice: *«Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo»*. Sí; es el señor de todo; sin embargo, es como si no lo fuera. No conoce plenamente su herencia, por tanto, no la disfruta. Se espera que el niño crezca, que madure y que conozca qué es lo que posee, para que recién pueda hacer uso de lo que es suyo. Cuando un heredero es niño, aun siendo señor de todo, parece ser tan sólo uno de los esclavos de la casa.

Como sabemos, en los días bíblicos existía la esclavitud. El esclavo no tenía libertad, ni era dueño de sí mismo en lo más mínimo. Él no podía alzar la vista para mirar a su amo de frente: hubiera sido una osadía imperdonable. El esclavo esta-

ba tan a disposición del amo, que éste aun podía castigarlo hasta morir y no recibir ningún castigo por ello. Era su propiedad exclusiva. ¿Cómo podría participar el esclavo de los deleites de la mesa del amo, de sus salidas y entradas, de sus planes secretos y de sus días de ocio? Impensable. Para él estaba absolutamente vedado.

Ahora bien, cuando el heredero es niño, nos dice la Escritura, en nada difiere del esclavo. Está en la misma condición legal. No tiene más que un poco de libertad, la que su corta edad le permite disfrutar. No puede ir muy lejos, ni puede ir solo. Él no puede disponer de sus bienes, como ningún niño puede hacerlo. Vanamente puede pretender ser tomado en cuenta en las reuniones de negocios, o que su palabra sea considerada a la hora de las decisiones. Sin embargo, se espera que el niño crezca, que deje esa condición como de esclavo, y que venga a tomar el lugar de heredero que le corresponde. Porque él es llamado a ser el dueño de todo.

Infancia normal e infancia anormal

Cuando nosotros nacimos en la familia de Dios, nacimos como niños. Y como todos los niños, fuimos alimentados con leche, la buena leche espiritual. Por eso, en 1ª de Pedro se nos dice: *«Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación»* (2:2). Aquellos hermanos a los que Pedro escribe tenían necesidad de leche porque estaban recién nacidos. Y el apóstol les insta a que se alimenten debidamente para que crezcan y alcancen la madurez. Un niño que no toma leche, difícilmente va a crecer con normalidad. Así también, los nuevos creyentes necesitan la palabra que pone los fundamentos, la dulce palabra del perdón, la palabra sobre el valor de la preciosa sangre de Cristo y sobre la salvación eterna. Pedro no recrimina a los hermanos por su niñez, porque ellos estaban en la edad de la niñez. Al contrario, él les insta a desear la leche necesaria para su desarrollo normal.

Pero un caso distinto es el del apóstol Pablo, el cual, hablando a los corintios, les dice: *«De manera, hermanos, que yo no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales»* (1 Corintios 3:1-3). Evidentemente, éste no es el mismo mensaje de Pedro. Allí, Pedro alienta a los hermanos a que beban leche; aquí Pablo reprocha a los corintios por el hecho de que todavía necesiten leche, habiendo pasado tanto tiempo desde que creyeron. Los corintios deberían estar en condiciones de comer vianda, como personas adultas; sin embargo, por su inmadurez, todavía necesitan leche.

En 1ª de Pedro tenemos una infancia normal. En 1ª Corintios, en cambio, tenemos una infancia prolongada en demasía, casi como voluntaria. Es como si ellos no quisieran crecer; como si quisieran todavía la palabra suave de la madre. No aceptan que haya pasado el tiempo y que tengan que ser considerados mayores. Todavía tienen preferencias personales entre los apóstoles, lo cual demuestra su inmadurez.

De tal manera que hay una infancia normal, y hay una infancia anormal. Hay una infancia necesaria, y hay una infancia que no agrada al Señor.

No más niño, sino hombre

En Hebreos 5:12-13, el escritor inspirado dice también algo similar a lo que Pablo dice a los corintios, esta vez dirigido a los hermanos hebreos. Éstos, como niños, eran inexpertos en la palabra de justicia. Estaban detenidos en los rudimentos, y no habían podido avanzar hacia el alimento sólido, porque *«el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.»* Así que él les exhorta, diciendo: *«Es necesario que ustedes, después de tanto tiempo, estén en condiciones de comer alimento sólido».*

En 1ª Corintios 13:9-12 se nos muestra cuál es la conducta

de un niño. Un niño habla como niño, piensa como niño, juzga como niño. Él ve las cosas todavía como por espejo, oscuramente; ve sólo en parte, no perfectamente. Y entonces, el apóstol agrega: «...*mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.*» El apóstol, habiendo superado la etapa normal de la infancia, podía decir: «Ya no soy más niño; ahora soy un hombre».

En Efesios 4:13 vemos que un niño tiene otra característica: él es fluctuante. Es una persona que en un momento está arriba y luego está abajo; en un momento está lleno de gozo, y luego, muy decaído. A veces es un vehemente declarador de su fe, otras veces está silencioso, sumido en una profunda depresión. Puede ser uno que cree, pero también uno que no cree, porque es llevado por doquiera de todo viento de doctrina.

Un adulto, en cambio, no es fluctuante. Se mantiene firme en su posición porque él ha visto al Señor. Él posee una fe verdadera, no una mera información mental. No hay sólo un entusiasmo en el corazón: hay una fe genuina que es más que un sentimiento. La fe puede generar sentimientos, pero la fe no es un sentimiento. ¡La fe es un don de Dios! Y ella no cambia.

Esta fe es una característica del creyente adulto que ya ha dejado de ser un niño.

Cuando la niñez se prolonga demasiado es motivo de tristeza, y no de gozo. ¿Cómo se sentirá un padre o una madre si su hijo comienza a crecer, si tiene ya quince años y sigue pensando y actuando como uno de cinco? ¿Cómo se sentirá nuestro Padre si nosotros, a los veinte años, todavía actuamos como niños?

Necesidad de revelación para conocer nuestra herencia

Veamos a ver ahora algunas cosas en Efesios. Noten ustedes que en el capítulo 1 de esta epístola, el apóstol Pablo hace una oración. Él ora para que el Padre de gloria, les dé a los

hermanos de Éfeso ¡»*Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento del Señor Jesucristo*!»! Esta es una oración que debiera hacernos meditar un momento.

Pablo tenía mucho conocimiento de las cosas espirituales, era un eximio maestro de las Escrituras. Tal vez nunca haya habido un hombre que conociese más acerca de Dios y del Señor Jesucristo que él. Sus epístolas están llenas de riquezas gloriosas. Pero en este momento, después de llevar a los hermanos a la eternidad pasada a contemplar el eterno propósito de Dios, se detiene y dice: «*Ruego al Padre para que os dé...*».

Es como si Pablo dijese: «Hermanos de Éfeso, hay algo que yo no les puedo dar; hay algo que yo no puedo producir en ustedes. Por eso hago lo único que puedo hacer, y que es orar para que el Padre les dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Jesucristo, para que este espíritu alumbré los ojos de su entendimiento, y puedan ustedes conocer cuál es la esperanza a la que él os ha llamado, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder». Pablo desea que ellos conozcan, primero, la *esperanza*; segundo, la *herencia*; tercero, la grandeza de su *poder*. Aquí está, en segundo lugar, la *herencia*.

En este punto, cuando es necesario que el hijo de Dios deje de ser niño y venga a ser un hijo en plena posesión de su herencia, nos encontramos con lo siguiente: Somos incapaces por nosotros mismos de conocer cuál es nuestra herencia. Entonces, tenemos que reconocer nuestra nulidad, y decirle al Señor: «Señor, he estudiado todas las lecciones que mis hermanos mayores me han enseñado, he escuchado cientos de predicaciones, he leído abundantemente las Escrituras, pero todavía hay momentos en que me encuentro como ante un muro. Hay muchas cosas que olvido, otras que no entiendo, y lo peor de todo, es que en mi vida hay más fracasos que triunfos. ¿Por qué veo tan poco de Cristo en mí?».

Probablemente esta haya sido por años la triste realidad de muchos sinceros hijos de Dios. ¿Y cuál es su causa? Es que no podemos conocer por nosotros mismos los misterios de Dios; necesitamos espíritu de sabiduría y revelación. Sólo el Padre nos puede dar a conocer lo que él nos ha concedido en Cristo, a fin de que alcancemos la madurez.

Los que conocen las Escrituras saben que Romanos 6 es uno de los capítulos fundamentales para una vida cristiana normal. Pero ¿cuántos lo han visto espiritualmente? Si nosotros no recibimos espíritu de sabiduría y de revelación, vamos a conocer este capítulo sólo como una información doctrinal, sin una expresión en la vida práctica.

Lo mismo ocurre con Romanos 7. Allí se nos dice que nosotros, mediante el cuerpo de Cristo, hemos muerto a la ley. Doctrinalmente, eso significa que la liberación del pecado en un cristiano se produce cuando él se ve muerto a la ley en Cristo, porque entonces el pecado no tiene más poder sobre él. Sin embargo, en la práctica muchas veces nos vemos derrotados por el pecado. ¿Por qué? ¿Será porque Romanos 7:4-6 no es verdad? ¡Sin duda que lo es! Lo que sucede es que, siendo Romanos 6 y 7 enseñanzas revolucionarias, no basta con entenderlas. Tiene que venir al corazón del cristiano lo que Pablo ruega para los hermanos de Éfeso: espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Jesucristo. Porque toda bendición de Dios está en Cristo; toda victoria y toda liberación están en él.

La gran diferencia

El punto central es éste: ¿Cuál es la diferencia entre un niño y un cristiano maduro? Es simplemente que el cristiano maduro ha recibido revelación para conocer lo que él es delante de Dios, y para conocer lo que él ha recibido en herencia en Cristo.

Si un hijo de Dios no ha recibido revelación tocante a Cristo y su preciosa obra, él seguirá siendo un niño, y en nada

diferirá del esclavo. Como niño, todavía será esclavo de su naturaleza humana, de su temperamento, de sus pasiones, de su amor propio, y de muchas cosas más. El Señor dijo: «*El esclavo no queda en la casa para siempre*». Él no disfruta de la herencia. ¿Por qué? Porque no es hijo ni heredero. Sólo los que son hijos, son herederos.

Si esta es todavía nuestra experiencia, después de muchos años de ser hijos de Dios, entonces ha llegado el día en que debemos orar por revelación y nos dispongamos a recibirla. Dios es el Dador por excelencia, y él se complace en dar a sus hijos lo que éstos le piden. ¿Nos negará tan precioso don? ¿No nos ha dado ya a su Hijo, el Don inefable, y no nos ha dado ya con él todas las cosas? Mientras vamos orando como Pablo oraba por los efesios, declaremos la bondad de nuestro Dios y alabémosle por su maravillosa respuesta.

La necesidad de la filiación

En el Nuevo Testamento griego es muy clara la diferencia entre los niños pequeños ('teknón'), y los hijos ('huiós'). La voluntad perfecta de Dios es llevar muchos 'huiós' a la gloria, no 'teknón'. Ahora bien, el paso de una condición a otra es lo que se conoce como 'filiación'.

En la tradición judía existía (y existe aún) una ceremonia conocida como Bar-Mitzvá, que equivale a esta *filiación* de que nos habla la Escritura (en la versión Reina-Valera se traduce como 'adopción'). El Bar-Mitzvá coincidía con la celebración del cumpleaños número doce de cada hijo, que era cuando se declaraba oficialmente su condición de hijo heredero. Hasta ese día el hijo había sido considerado un niño; pero desde entonces se le consideraría un hijo con potestad de heredero.

La voluntad de Dios para nosotros es que tengamos nuestra propia filiación; que lleguemos a la madurez necesaria para que nuestro Padre pueda sentarnos a *su* mesa, a participar en *sus* negocios.

Es la hora de creer y asumir

Tal vez para usted, estimado lector, éste sea el momento de pedir a Dios por su Bar-Mitzvá. Tal vez éste sea el tiempo de reclamar su condición de hijo heredero, y el disfrute de su herencia en Cristo. Creemos que, de verdad, Dios desea concedernos esta petición, que hay cosas que él quiere entregar en nuestra mano, cosas que él sólo puede entregar en manos de hijos maduros y responsables.

1

La Tierra prometida a Abraham

El capítulo 12 de Génesis marca un gran comienzo. No es sólo el comienzo de una familia para Dios en la tierra, sino que es el comienzo de la historia de una tierra en particular: Canaán. Dios puso sus ojos en ella, porque ella es la expresión de todo su agrado.

En su comienzo, la historia de esta tierra está asociada con la historia de un hombre: Abraham, un caldeo del sur de Mesopotamia. La figura de este hombre es notable. Era lo que podríamos decir un soñador. Dios lo llama para que sea el depositario de una visión, es decir, para que comience a soñar con esta tierra y con un futuro lleno de promesas en relación con ella. El rasgo más atractivo de este hombre es que él vivió toda su vida dándole la espalda al pasado y mirando siempre hacia el futuro, creyendo plenamente lo que Dios había dicho en relación con su descendencia y con la tierra a la cual le había llamado.

El comienzo de una carrera de fe

Génesis 12 comienza así: *«Jehová había dicho a Abram: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré».* Abraham debía dejar todo —su tierra y sus parientes— para salir a una tierra. ¡A una tierra! ¿No es extraño? Lo primero que se menciona es la tierra. No los herederos ni los reinos de esos herederos en el futuro, sino la tierra. ¿No es esto maravilloso? Nunca antes en la Escritura se registra un llamamiento así. Abraham debía dejar su propia tierra, y lo que tenía en ella, para venir a otra tierra. Por supuesto, la promesa iba más allá de eso, porque apuntaba también a formar de él una nación, a engrandecer su nombre y a ser bendición. Pero es notable el hecho de que Abraham fuera llamado a salir de Ur —y de Harán más tarde— para entrar a la tierra que Dios le había de mostrar. Abraham no recibió más luz entonces, excepto ésta. No más promesas, sino ésta: la tierra. ¿Por qué?

Los ojos de Dios estaban puestos sobre esa tierra, porque a través de ella nos comenzaría a hablar acerca del Hijo de su amor, en quien está reunido su propósito eterno. Es emocionante hallar este hecho aquí en Génesis 12, porque esta tierra es una alegoría de Cristo. Nadie menos que Cristo podía ocupar un lugar tan central en el pensamiento de Dios.

En efecto, si intercambiamos «tierra» —es decir Canaán— por Cristo desde Génesis 12 en adelante, y por todo el Antiguo Testamento, hallaremos una línea de revelación muy rica y fructífera. Muchos aspectos de Cristo nos serán hermosamente aclarados para nuestro asombro y gozo. Muchas verdades asociadas a Cristo se prenderán fuertemente a nuestro corazón. Aunque es verdad que estamos en la dispensación de las realidades y no de las figuras o tipos, las realidades mismas nos son aclaradas por los tipos. ¡Qué gozo trae al corazón del creyente encontrar a Cristo en todas las páginas de las Escrituras, sean éstas viejas o nuevas!

Pablo, por el Espíritu, pudo interpretar que Israel en el de-

sierto bebió de Cristo –que era la roca espiritual que los seguía (1ª Cor. 10:4)–, y el escritor de Hebreos, que Moisés tuvo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios (Hebreos 11:26), aunque la lectura de los pasajes correspondientes del Antiguo Testamento no sugieran aparentemente tal cosa. Así tampoco será descabellado que nosotros digamos, a la luz de lo que la Palabra abundantemente nos señala, que la tierra a la cual Abraham fue llamado era Cristo.

La segunda cosa que Dios dice a Abraham en este capítulo fundacional es: *«A tu descendencia daré esta tierra»* (12:7). Esto significa que no será Abraham quien la disfrute plenamente, sino su descendencia. Él administraría misterios de los cuales no es el destinatario, sino un anunciador lejano para un tiempo aun por venir. (1ª Pedro 1:10-12).

Sabemos, por Génesis 22:17, que Abraham tuvo dos clases de descendencia: una terrenal, que es el pueblo judío (representado por la arena que está a la orilla del mar), y otra celestial, que es la iglesia (representada por las estrellas del cielo). Así que, cuando Dios le dice *«A tu descendencia daré esta tierra»*, estaba pensando, por un lado, literalmente en la tierra que daría a Israel en cuatrocientos años más, pero, sobre todo, estaba anunciando al Cristo que sería dado a unos y a otros aproximadamente dos mil años después. A los judíos primero (aunque no habrían de recibirle ellos en esa primera ocasión) y a la iglesia a continuación. (Cristo está siendo disfrutado por la iglesia hoy; los judíos lo disfrutarán mañana). Así pues, tanto los judíos como la iglesia eran los destinatarios finales de la promesa que Abraham administró anticipadamente por fe.

La tercera cosa que Dios le dice a Abraham un poco más adelante es: *«Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y hacia el sur, y al oriente y al occidente»* (Gén. 13:14). Abraham está parado sobre el «monte al oriente de Bet-el» (Gén. 12:8;13:3-4), desde el cual tiene una visión panorámica de la tierra. Poco antes tuvo la promesa respecto

de la tierra, ahora él puede verla. Los ojos de Abraham se extasían contemplando la hermosura de esa franja de tierra tan deleitable. Tal vez Dios haya visto entonces el rostro maravillado de su fiel amigo, y su corazón se enternece. Y Dios agrega: «*Toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia ...*». Antes le había dicho: «*La tierra que te mostraré*»; después le dijo: «*A tu descendencia daré esta tierra*». Ahora le dice: «*La daré a ti y a tu descendencia*», porque Abraham también habría de recibir a Cristo y gozarse en él.

Para corroborar esta promesa, y como para que los pies de Abraham experimenten el deleite de una promesa tan cierta, le dice: «*Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré*» (13:17). Abraham no sólo la puede disfrutar mirándola desde lo alto del monte: También la puede recorrer. Entonces, Abraham se da el gusto. Cada palmo de ella es explorado por este ilustre errante, por este creyente afortunado.

No sabemos qué sentimientos hayan embargado a Abraham en ese momento, pero si unimos este pasaje a aquellas maravillosas palabras dichas por el Señor Jesús a los judíos, hallaremos una pequeña vislumbre de lo que él pudo haber sentido: «*Abraham ... se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó*» (Juan 8:56). ¿Podemos imaginarle recorriendo la tierra a su largo y a su ancho, descubriendo cada fuente, cada arroyo, cada llano y cada monte, cada cueva y cada lago, con sus ojos húmedos, porque no sólo habría de ser ella la herencia de sus descendientes, sino la suya propia? Pero, por sobre todo, ¿podemos imaginarle recorriendo esa tierra tan perfecta, viendo en cada rincón de ella una vislumbre del Hijo de Dios, leyendo en las metáforas de sus fuentes, arroyos, llanuras y montes, cuevas y lagos las hermosuras de Cristo? ¿Habría sido en esos momentos tan sublimes que Dios le dio una visión del Hijo de su amor? Tal vez por eso, Dios haya insistido en que reconociera la tierra a su largo y a su ancho, como diciéndole: «Yo no quiero que tú mires a la distancia al Cristo que te doy,

sino que lo conozcas de cerca, que lo explores, que lo gustes. Comprueba su variedad y hermosura, su perfección sin medida, la exquisitez de sus dulces frutos. ¡No hay nadie como él!».

Así, el creyente Abraham recorre la tierra, recorre *su* tierra, pero no puede decir a nadie lo que eso significa, porque le tendrían por loco. Él ha recibido de Dios, por fe, una promesa de herencia terrenal –y también espiritual–, pero todavía es un extranjero y peregrino en ella. Y en esto radica la belleza de Abraham, en que él va creyendo, saludando y confesando todo aquello simplemente porque Dios lo ha dicho. (Hebreos 11:13). Para las gentes de la tierra, él nunca dejó de ser un extranjero y un peregrino, pero para sí delante de Dios, era su dueño legítimo; ella era el lugar de su habitación y deleite. ¡Oh, maravilla de la fe, bendita locura! ¡Qué desasimiento del mundo produce ella, cuán trascendente es su mirada por sobre las veleidades presentes, cómo conecta al hombre con la eternidad! ¡Ved a Abraham con su cayado! ¡Ved a Abraham con su verdad palpitando en el corazón, verdad no comunicable casi por lo extraña!

La manifestación de Cristo encarnado se ubica cronológicamente en un lugar central de la historia humana. Hacia él se proyectaron, anhelantes, los ojos de los creyentes de la antigüedad, y también hacia él se vuelven los nuestros, agradecidos, para admirarle. Sin embargo, más hermosa que la nuestra es la fe de ellos, porque su fe tuvo muchísimo menos a qué asirse que la nuestra. Y sin embargo, brilló con luz tan poderosa que todavía hoy nos asombra. Era como ir buscando un camino que nunca se había andado, apartando las malezas, atisbando por entre los claros del bosque. Su aventura de fe fue como ir despejando incógnitas que no siempre se despejaron, o como ir descifrando un enigma para el cual no siempre tuvieron la palabra clave.

Abraham, el hombre de la fe casi pueril, es el primer depositario de una de las más hermosas metáforas de Cristo en el

Antiguo Testamento, en un tiempo de sombras, de trazos inconclusos y de voces tartamudeantes. Abraham no sólo iba cantando de gozo por la tierra que se le daba, sino sobre todo por el depósito profético que Dios ponía en sus manos, el cual era Cristo.

Una herencia amplia y perdurable

En Génesis 15 Dios le dice a Abraham: *«Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra»* (v. 7). A la sazón Abraham no tenía todavía hijo, ni había señal alguna de que pudiera llegar a tenerlo. Entonces él saca la pregunta que estaba en su corazón, y la pone en el corazón de Dios: *«Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?»*. Como respuesta, Dios le da entonces las instrucciones de una ceremonia solemne: la ceremonia del pacto. *«En aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates»* (15:18).

Aquí hay dos cosas que hemos de destacar. Primero, que Dios hizo el pacto por causa de la tierra, para asegurar a Abraham la posesión de ella para su descendencia. El hecho de que Dios se comprometa por medio de un pacto es admirable, porque hubiera bastado con su sola palabra para hacerlo firme (Hebreos 6:13-18). Segundo, está dada allí la extensión de la tierra, que abarcaba desde el río de Egipto hasta el río Éufrates. Israel no habría de disfrutar de toda la tierra en los días de Josué, sino más tarde en los de Salomón, como una prefiguración del milenio en que Cristo será reconocido como Rey universal.

Cristo es mucho más de lo que ha sido conocido hasta hoy, tal como la tierra de la promesa es mucho más de lo que fue tomada por Israel en los días de Josué. Hay una riqueza insondable puesta delante de los buscadores de tesoros espirituales, porque en él —en Cristo— *«están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento...»*, y *«porque en él habita*

corporalmente toda la plenitud de la deidad» (Col. 2:3,9). Si miramos hacia atrás, veremos que nuestros antecesores en la carrera de la fe conocieron preciosos aspectos de Cristo, pero todos ellos entendidos como dones y virtudes que el cristiano debía poseer, pero rara vez señalando *a Cristo mismo*, el Don de Dios dado gratuitamente a nosotros.

La última e importante alusión a la tierra dada a Abraham está en Génesis 17:8: «*Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua ...*» Aquí aparece el factor tiempo. La tierra es una heredad *perpetua* para él y su descendencia. ¿Podemos entender lo que esto significa? La palabra «perpetua» sobrepasa, en sí misma, nuestra finita capacidad de comprensión. Abraham sabe que desde ahora su memoria no tendrá fin, que ha sido escogido por Dios para trascender el tiempo. ¿Cómo podría decirse esto, sin embargo, de una tierra tan expuesta, y de un contexto más amplio —el planeta— que será juzgado y dejará de ser? Porque «*los cielos pasarán con grande estruendo ... y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas*» (2ª Ped. 3:10). Sólo Cristo —el verdadero Canaán— puede ser una herencia perpetua, porque «*Tú, oh Señor, eres el mismo, y tus años no acabarán*» (Hebreos 1:12).

De manera que, como corolario y cima, y para confirmar la belleza y perfección de esta alegoría, se nos señala su carácter perdurable, más allá del tiempo y lo visible. ¡Gloria al Hijo de Dios, perfecto, hermoso y eterno! ¡Herencia preciosa de todos los llamados para ser suyos!

2

Los primeros años

Muchos estudiosos de la Biblia coinciden en que el éxodo de Israel de Egipto, su estada en el desierto y su entrada a Canaán no son sólo meros hechos históricos, sino también hechos representativos y simbólicos: toda una verdadera alegoría del caminar cristiano.

El apóstol Pablo lo confirma cuando, después de pasar revista a algunos de estos hechos dice: *«Y estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos»* (1ª Cor.10:11). El significado más profundo de lo que sucedió con Israel ha de hallarse en nuestra propia experiencia espiritual.

Siguiendo esta línea de interpretación, quisiéramos hacer un repaso de las primeras experiencias del caminar cristiano, en su correlato con Israel.

Egipto y el mundo

La vida de Israel en Egipto tuvo sólo un fugaz momento de

bienestar, en los días de José. Eran los albores de la vida de Israel, cuando todavía no era pueblo, sino sólo una familia que gozaba del protectorado del gobernador judío. Pero luego, cuando llega a ser un pueblo, su suerte cambia.

Para el cristiano, Egipto es el mundo. Antes de nacer de nuevo, él participa de la destitución en que se encuentra el mundo, y sigue la corriente que lo envuelve. (Efesios 2:1-2,12). Por algún tiempo, el mundo se le muestra favorable, pero pronto esa actitud cambia, cuando él despierta a su propia condición pecaminosa. Entonces, el mundo le muestra su verdadera naturaleza y su condición hostil.

Más temprano que tarde, llega para Israel la hora del dolor. Faraón desconoce los favores concedidos en otro tiempo, lo considera una amenaza, ¡y lo convierte en su esclavo! Israel pasa a ser una fuerza de trabajo que tiene valor en la medida que produce. Sus manos sostienen la grandeza del imperio. Faraón tiene cientos de miles de esclavos judíos que hacen el trabajo rudo, para que Egipto pueda lucir al mundo sus blasones.

Poco a poco la esclavitud se hace insoportable. El pueblo gime bajo la impiedad de un amo cruel. Sus más legítimas aspiraciones desaparecen: un esclavo no tiene opción. Entonces, la voz se levanta hacia el cielo, y Dios oye.

Así también, el cristiano crece en el mundo. Aunque es un escogido de Dios, todavía no conoce su poder libertador: es un esclavo. El trabajo lo oprime, el diablo lo subyuga. El mundo le atrapa. Sus exigencias le abruman; él debe hacer fortuna, alcanzar el éxito. Para cada una de esas metas, hay un esfuerzo más que realizar, pero las fuerzas le faltan. Siente que su alma es un hoyo profundo, sin paz ni esperanza. En alguna parte debe haber alguna salida, tal vez, más allá de las estrellas. Y entonces clama. Él no lo sabe, pero Dios ya ha escuchado su clamor y prepara su liberación.

En su bondad infinita, y en su anticipado conocimiento, Dios dispone para su pueblo una salida. Dios prepara en el desierto un hombre para atender tal necesidad. Nace Moisés.

Crece, se levanta, cae, huye y se esconde. Y cuando parece que Dios le ha olvidado, él lo llama, y lo envía. El Libertador hace su entrada en Egipto. Su palabra es una llama libertaria que quema las entrañas del pueblo y los cimientos del imperio. Moisés trae los juicios de Dios sobre Faraón y sobre Egipto; le vence en todos los frentes, y saca a Israel con brazo poderoso.

La sangre del cordero les ha librado del último y más severo juicio: la muerte misma. Mientras los primogénitos egipcios caen por la hoz del destructor, los hijos de Israel comen del cordero pascual, para perpetua memoria de su gran salvación.

Esa noche la sangre sobre el dintel de las puertas prefiguraba la sangre del Cordero de Dios que libra para siempre de toda condenación. ¡El juicio ha pasado! ¡El destructor no los ha tocado! Aquel *«veré la sangre y pasaré de vosotros»* resuena todavía, glorioso, en los oídos creyentes. ¡Aún la sangre del Cordero está vigente!

Aquella noche el bordón está en la mano de cada varón israelita. La masa sin levadura que sobró del pan necesario está envuelta para ser llevada. ¡Hay que marchar aprisa! ¡Egipto va quedando atrás! ¡Canaán les espera!

Egipto deja salir a sus cautivos, con las manos enjovadas y con regalos. Egipto es despojado por los egipcios que regalan a sus esclavos en marcha. ¡Qué terrible Dios es el que ellos tienen! *«¡Que se vayan luego –dicen– antes que seamos consumidos!»*

Dios ha dignificado a su pueblo. Dios ha embellecido a sus amados. Ellos van, no como esclavos que huyen de un amo cruel, sino como príncipes que van a una fiesta. ¡Ellos van a adorar a Dios al desierto!

Así, el cristiano es conducido por Dios a salir del mundo. ¡Se ve tan distinto Egipto ahora! El mundo le es ajeno, él tiene patria nueva. ¡Tiene que salir! Su pie se mueve, su corazón palpita. ¡Pertenece a otro pueblo! ¡Su patria está lejana! ¡Hay que salir!

El paso del Mar Rojo

Esta separación del pueblo de Israel de Egipto es tan significativa, que debe quedar una clara constancia de ella. Deberá quedar grabada, no sólo en el recuerdo y la conciencia de sus protagonistas, sino en los anales de la historia para siempre.

Israel avanza a paso raudo. Allí van los hombres endurecidos por el trabajo, allí van, siendo ayudados, los abuelos debilitados por la enfermedad y los niños marchitados por el dolor. Pese a todo, la alegría se desborda.

Sin embargo, a poco andar, una nube de polvo a la distancia les llena de pavor: Faraón y sus carros temibles se acercan. La encerrona es perfecta. Al frente, el mar; atrás, el ejército más poderoso de la tierra. ¿Habría escape para esa multitud indefensa?

Así también el cristiano cuando sale del mundo. Su frente se alza para mirar a lo lejos. ¿Dónde estará la meta? ¿Dónde está Aquel que lo ha llamado «*por su gloria y excelencia*»? (2ª Pedro 1:3). Avanza con gozo; el mundo está allá lejos ¿qué le puede perturbar? Sin embargo, de pronto hay un peligro a sus espaldas. Es el diablo que viene persiguiendo. Tal vez use a los amigos más cercanos o a familiares muy queridos. Desde algún lugar inesperado surge la amenaza. El gozo se mezcla con un dolor desconocido. Es como un puñal clavado en medio del corazón.

El pueblo está encerrado entre Faraón y el mar. Los ojos se abren desmesuradamente. El corazón se llena de pavor. Las mujeres y los niños buscan refugio en el seno del esposo y el padre. Los hombres gritan a Moisés. Entonces, ¡oh maravilla!, la vara de Moisés, se alza y un fuerte viento oriental sopla. Las aguas se espantan y dejan el paso libre. «*Todos en Moisés fueron bautizados ... en el mar ...*» – dirá Pablo, interpretando ese glorioso hecho. (1ª Cor. 10: 2). El pueblo pasa, el mar se cierra, y los carros de Faraón desaparecen en las aguas.

Faraón está vencido, y los cánticos del pueblo lo dicen con

alborozo: *«Ha echado en el mar al caballo y al jinete. Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación ... Echó en el mar los carros de Faraón y su ejército; y sus capitanes escogidos fueron hundidos en el Mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron a las profundidades como piedra»* (Exodo 15:1b-2; 4-5a).

El pueblo, otrora esclavo, ha escapado, y ya está fuera de peligro. De por medio está el Mar Rojo.

Cuando el enemigo hiere con esa primera punzada, el cristiano se desconcierta por un tiempo, pero luego, asistido por el poder de la resurrección de Jesucristo recobra fuerzas. Y en vez de la lágrima –que ya se enjuga– aparece en sus ojos un brillo nuevo. Es el denuedo del Espíritu que asoma con inusitada fuerza. ¡Sí, a la amenaza del diablo opondrá un testimonio de fe más claro aún que su primera y débil confesión! ¡El bautismo! Será la demostración de una fe más firme, de una decisión irrevocable. Será para él como quemar los puentes que lo unían al pasado. ¡Todos deben saber qué significa para él el mundo y quién es su Dueño ahora!

El bautismo es muerte y resurrección. El mundo queda atrás; adelante hay una nueva tierra deseable. La esclavitud ha terminado; la libertad comienza. El sistema corrupto ha quedado atrás, un nuevo día de justicia ya alumbra.

Al igual que Israel en el Mar Rojo, el cristiano también tiene su bautismo en las aguas. Son otras aguas más calmadas, pero el testimonio público es tan firme como aquél: ¡El mundo quedó atrás! ¡Satanás está derrotado! ¡Soy de Cristo! ¡Ya soy libre!

El Sinaí y la Ley

La primera gran experiencia luego del Mar Rojo está en el Sinaí. Así que, hacia allá se encaminan los pasos de Israel. El camino más corto entre Egipto y Canaán es la ruta costera, y unos cuantos días hubieran bastado para recorrerlo. Sin embargo, Israel es llevado hacia el sur, para que reciba la Ley. Hay una importante lección que deberá aprender (que lamentablemente

no aprendió), y que mayormente nosotros debemos aprender.

¿Por qué Dios dio a Israel la Ley? Desde el punto de vista histórico-social podemos aceptar que era necesario un cuerpo de leyes que ordenaran la vida de Israel como nación. Sin embargo, una explicación espiritual nos lleva mucho más allá. La explicación de por qué la ley debía ser dada a Israel no está dada en la ley misma, sino en el Nuevo Testamento, específicamente en las epístolas de Pablo.

Cuando Israel le dice a Moisés: «*Todo lo que Jehová ha dicho, haremos*» (Ex. 19:8), está expresando, más que una buena disposición para obedecer, un absoluto desconocimiento de su incapacidad para hacerlo. Ellos responden con ingenua presunción al decir que podrán cumplir los mandamientos de Dios. Pero a la luz del Nuevo Testamento vemos que Dios no les dio la ley para que la cumplieran, sino *para que la infringieran*, y para que, infringiéndola, acudieran a Dios en busca de una solución definitiva.

El apóstol Pablo es muy claro al decir que «*por medio de la ley es el conocimiento del pecado*» (Rom. 3:20), que no somos justificados por ella, sino por la gracia de Dios, gratuitamente (3:24). La ley se introdujo para que el pecado abundase (5:20), porque contrariamente a lo que se piensa, es por la ley que el pecado se enseñorea del hombre (Rom.6:14), porque «*el poder del pecado (es) la ley*» (1ª Cor. 15:56). La lectura del gran pasaje de Romanos 7:7-24 nos hace ver las terribles consecuencias de la ley en el hombre: una absoluta impotencia ante el pecado y una derrota permanente.

Dios sabía que Israel no podría cumplir la Ley. Dios sabía que aun el cristiano es incapaz de cumplir la ley. Sin embargo, el problema es que ni Israel conocía su impotencia, ni el cristiano parece conocerla. Toda vez que alguien alza la voz para decir *que puede*, entonces el objetivo de la ley se justifica plenamente. Ella deberá cargarlo, demandarle y hostigarlo hasta que alguna vez él levante la bandera blanca de la rendición, y Dios le muestre su gracia en Cristo Jesús.

Así, en la vida cristiana, también llega el día en que el cristiano acepta el desafío de cumplir la ley. No es que Dios se la imponga, son las criaturas de Dios –los ángeles, en el caso de Israel (Heb. 2:2; Gál. 3:19b); los cristianos mayores, en el caso del cristiano (Gál. 5:4, 7)– quienes se la imponen. Ellos lo ponen bajo el peso de la Ley de los mandamientos. Son maestros que, más por ignorancia que por maldad, quieren someter al cristiano nuevo a la esclavitud con una infinidad de ordenanzas según la carne. Entonces él intentará seguir las enseñanzas de Jesús, en un esfuerzo por imitarle. Para ello deberá autoimponerse una férrea disciplina y producir enormes cantidades de gozo, de amor, de paz, sin claudicar. Aunque su ánimo esté triste y su alma, agobiada.

Él acepta de buena gana todas esas cosas. Él quiere agradar a Dios. Si sus mayores le enseñan eso, ¡así deberá ser! Se siente honrado con las demandas, y, al igual que Israel en el Sinaí, él dice: «Todo lo que el Señor ha dicho, eso haré.» Así, él comienza a añadir –sin saberlo– las obras de la carne, a la fe. Él estaba lleno del gozo del Espíritu. Pero ahora, a medida que se esfuerza por agradar en la carne, el gozo se va secando. El desierto de sus propios esfuerzos fallidos lo van consumiendo. ¿Por qué se siente ahora triste y agobiado? ¡Ah, es que él no se ha esforzado lo suficiente! –piensa; así que deberá esforzarse más por sentir gozo. ¡Ay, y si ya no lo siente, por fingir que lo siente!

Deberá esforzarse hasta lo imposible. Literalmente, tendrá que someterse a todo un código de reglamentos acerca de cómo agradar a Dios y de cómo servirle, según un régimen de estricta disciplina. Allí habrá leyes bíblicas y también otras que no son bíblicas; mandamientos divinos mezclados con mandamientos humanos. Estos últimos son los que forman parte de la larga tradición que pesa sobre el grupo a que pertenece. Pero, aunque se esfuerza, no puede agradar a los demás ni agradar a Dios. ¡Se siente morir! ¡Qué triste suerte le espera! ¿Tendrá alguna vez una salida?

La vida en el desierto

El pueblo, premunido de la Ley, avanza ahora hacia el nor-oriente. Su meta: la tierra prometida.

En el trayecto surgen inconvenientes, como era de esperar. El pueblo de Israel es un pueblo quejumbroso e iracundo. ¿Quién que viva bajo la Ley no es así? En Israel se cumple anticipadamente la certera palabra dicha por Pablo: «*Pues la ley produce ira*» (Rom. 4:15). Si se habían airado antes de Sinaí por causa del pan y el agua, se quejan mayormente ahora en Tabera y se llenan de nostalgia por los pescados de Egipto.

En pocos meses llegan a Cades-Barnea; están en las proximidades de Canaán. Ha llegado la hora de la verdad. ¡Por fin la meta está a la vista! Pero entonces surgen interrogantes que no proceden de la fe: ¿Cómo es el pueblo al que tendrán que desalojar? ¿Están ellos en condiciones de emprender la toma de posesión?

Entonces, solicitan que se envíen espías. (Deut. 1:22). Es el primer signo preocupante, aunque Moisés parece no darse cuenta de ello, pues avala su petición. (Deut. 1:23). Ellos desconfían, no sólo de sí mismos, sino de Dios, y temen al enemigo.

Los doce espías van, y tras un recorrido de cuarenta días, regresan. Traen un informe lapidario y surge la reacción des-templada del pueblo. La incredulidad echa por tierra toda pre-tensión de conquista. Los hijos de Anac amenazan con su sola estatura, y ante ellos los hijos de Israel se ven a sí mismos como langostas. ¿Y Dios? ¡*A Dios no lo ven!*

Cuarenta años han de pasar. Un año por cada día del in-fausto recorrido de los espías. La generación que recibió la Ley debe morir. Ninguno de los que dijo «*todo lo que has dicho, haremos*» heredará la tierra. ¿Por qué? Ellos no cami-naban por fe, sino por las obras de la Ley. La Ley es inútil para vencer a los enemigos de Dios. «*Todo lo que no procede de fe, es pecado*» (Rom. 14:23 b). Sólo Josué y Caleb están en con-diciones de vencer, porque ellos creyeron.

¿Hay un espectáculo más triste que éste? Israel da vueltas en

círculos, interminablemente. Ellos ya no tienen metas ni tienen aspiraciones. Para ellos ya no existe Canaán. El propósito de su salida de Egipto se ha desvirtuado. Ellos caminan, comen y beben para morir. ¡El fin de su peregrinar es la muerte!

Para muchos cristianos, las cosas no son diferentes. El cristiano que echa mano a la ley de las obras da vueltas en el desierto, y finalmente cae allí. El desierto es la vida cristiana vivida en la carne, como un sistema de obras, de rituales externos, sin esperanza (ni deseos) de una plenitud de vida en Cristo. Es la vida del alma no crucificada. El cristiano sólo piensa en saciar su hambre y su sed física, y si alguna vez mira hacia lo lejos, no es hacia delante, a Canaán, sino hacia atrás, a Egipto.

No obstante, la fidelidad de Dios se manifiesta, invariable: no le falta la nube de día y la columna de fuego de noche; el calzado no se gasta y el vestido no se envejece. Es un hijo, y como tal, disfruta de los favores de Dios; sin embargo, no conoce la plenitud de la vida interior. Confunde la buena voluntad de Dios con la misericordia de Dios. Piensa que el hecho de que nada le falte, que sus necesidades básicas sean suplidas, es una prueba de que Dios está satisfecho. ¡Cuán lejos de ser así! Dios concede sus dones de amor, porque él es bueno, y no porque aquellos que los reciben necesariamente estén agradando su corazón.

Cuando Dios le invita a disfrutar de Cristo plenamente, ve sólo dificultades. Su vista se ha acostumbrado al amarillo desvaído del desierto y no puede imaginar el verde intenso de los valles. Su vida es un anodino transitar sin expectativa, excepto las que el mundo tiene. No puede imaginar cómo es una tierra de arroyos, de la cual fluye leche y miel. Las excelencias de Cristo le son desconocidas.

Muchos cristianos acaban su vida sin ver a Canaán. Ellos piensan que Canaán es el cielo y se consuelan con alguna vaga dicha futura. No saben que los lugares deleitosos están disponibles para él hoy.

¿Qué es Canaán?

La tierra prometida es Cristo. No son los dones de Cristo, ni las virtudes de Cristo, sino Cristo mismo. Cada palmo de esa buena tierra espera por nosotros para que pongamos sobre ella nuestro pie (Deut. 11:24). Es un terreno casi inexplorado todavía.

Las riquezas de la buena tierra eran inefables, y bien ameritaban una detallada relación. Por eso Moisés se extasía describiéndolas: *«Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes y de manantiales, que brotan en vegas y montes; tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel; tierra en la cual no comerás el pan con escasez, ni te faltará nada en ella; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre»* (Deut. 8:7-9). Cada vertiente, cada flor, cada árbol. Cada surco es objeto de la mirada atenta de Dios. Pero ¿es la tierra en sí misma, que es tan hermosamente descrita, o es Cristo? En ella abunda el agua que brota de sus vegas y montes; en ella está el grano para el pan cotidiano, la vid para el vino que alegra, el olivo para el fino unguento, y la miel que dará el dulzor. Allí no se pasará hambre ni habrá escasez. Todo es deleitoso. Además, estará allí la fortaleza del hierro y la ductilidad del cobre. ¡Todo es Cristo en sus mil manifestaciones para el sustento de su amado pueblo!

En Cristo está la plenitud y la riqueza suma. En Cristo, y sólo en él está la perfección – todo en él es deleitoso. En Cristo somos hallados perfectos. ¡Nada menos que eso ha preparado Dios para los que le aman!

El tiempo de entrar

Al revisar las páginas del libro de Josué, nos embarga una emoción muy grande. No es simplemente la emoción de revisar una de las etapas más gloriosas de Israel, sino la de tomar contacto con una realidad espiritual absolutamente vigente para nosotros hoy. Porque si entendemos que Canaán es Cristo, y el libro de Josué nos muestra cómo Israel tomó posesión de Canaán, entonces nos asiste la esperanza de que podamos ver aquí cómo podemos entrar nosotros a tomar posesión de Cristo. Las sombras nos ayudarán —esperamos— a aprehender esta realidad espiritual. Los que hemos vivido algunos años dando vueltas en el desierto, y luego mirando la tierra desde el Nebo cual Moisés; los que hemos caminado con la pesada carga de la ley de las obras, y recibiendo sólo algunas bendiciones de Cristo, pero no a Cristo mismo, tenemos una tremenda expectación.

Si la vida cristiana debe juzgarse sólo por lo que hemos vivido hasta aquí —hablo en términos de un cristiano prome-

dio— muy poca cosa es, *aun con todo lo mucho que hayamos recibido*. Si la vida cristiana se queda más acá de Cristo, con sólo algunas informaciones *acerca de* Cristo, y una que otra *cosa* recibida *de* Cristo, entonces no es muy superior a lo que una religión cualquiera pudiera ofrecer. La gran riqueza, la sustancia y centralidad de nuestra preciosísima fe es Cristo mismo, y sólo Cristo. Si aun no le vemos como él es, si no le conocemos como debiéramos, si no le hemos recorrido como Abraham para verle aun más claramente de lo que él le veía en figura, entonces no conocemos nada como deberíamos conocerlo, y Cristo es todavía para nosotros un misterio escondido tras un velo. Entonces todavía no hemos entrado en el Lugar Santísimo, ni hemos hallado el reposo de Dios. ¡Ay, qué carga es un cristianismo sin Cristo! ¡Qué carga es salir de Egipto y quedarse para siempre en el desierto!

Ayúdenos el Señor por su Espíritu a considerar las hermosas lecciones que el libro de Josué nos entrega.

Moisés ha muerto

Las palabras con que comienza el libro de Josué son de las más gloriosas de toda la Biblia. Hay aquí un anuncio trascendental para toda alma sedienta y ansiosa. Este primer anuncio que Dios hace a Josué no es en verdad una noticia de algo que ellos desconozcan, sino más bien es el énfasis de aquello que, siendo conocido, pudiera no ser aquilatado en su verdadero valor. Es de tal importancia que se convierte en la base de operaciones de todo lo que vendrá a continuación.

Las palabras son: «*Mi siervo Moisés ha muerto...*» ¿Qué tienen estas palabras de especial que nos motivan a hablar así? El gran siervo de Dios ha muerto, y esa es una buena noticia. En verdad, ¡es una gran noticia! Es el hecho que permitirá a Josué y al pueblo dar inicio a una nueva etapa en su caminar. Mientras Moisés estuviese en pie, nada podía hacerse. La figura de Moisés está íntimamente ligada al Sinaí y a la Ley, a tal punto que no puede ser separada de ellos.

En esta gran alegoría que nos ocupa, la ley tenía una esfera de acción, y esa esfera era el desierto. Tan terrible había sido el efecto de sus demandas, que todo el pueblo había hallado la muerte en las arenas. Tan lapidarias habían sido sus exigencias que nadie había podido cumplirlas. (Los únicos que escaparon a ella, Josué y Caleb, se salvaron por fe, no por las obras de la Ley). De modo que, para poder iniciar la toma de posesión, la Ley debía morir. ¿Cómo, si no, podía cumplirse que el pueblo recibiera la tierra como un don, y no como un premio? El principio de la Ley es el de la recompensa; en cambio, el de la gracia es el Don inmerecido. Dios no tenía presupuestado entregar la tierra en retribución por méritos, sino como una asignación de gracia.

El disfrute pleno de Cristo no es asunto de obras, no es por méritos humanos. Los dones más preciosos de Dios no son vendidos, sino regalados. «*Venid, comprad sin dinero*», dice el profeta. (Is. 55:1).

La liberación de la ley

Al llegar a este punto tenemos que detenernos y echar una mirada al Nuevo Testamento, para entender el significado de lo que venimos diciendo.

En Romanos hay descritas tres experiencias fundamentales en el caminar de todo cristiano: la justificación por la fe (capítulo 5), la liberación del pecado (capítulo 6) y la liberación de la ley (capítulo 7). Estas tres experiencias se basan en el portentoso hecho de la muerte de Cristo en la cruz. La vivencia práctica de estas experiencias se deriva de la contemplación en fe de los hechos divinos. Recién al verlos y creerlos podemos entrar en Romanos 8, la experiencia siguiente, que es el andar en el Espíritu, o la plenitud de vida en Cristo.

Notemos que, de estas tres, la última es la liberación de la ley, la más próxima al andar victorioso. De esto nos habla la muerte de Moisés.

Romanos 7 nos enseña cómo nosotros somos libres de la

ley. La Biblia versión Reina-Valera pone un título a este capítulo, que es un formidable distractor de su verdadero mensaje: «Analogía tomada del matrimonio». Pero ese no es el tema central del capítulo, sino sólo una ilustración de su verdad central. La verdad central, si hemos de resumirla en un título, debería ser «Muertos a la ley», tal como el capítulo 6 dice – esta vez correctamente– «Muertos al pecado».

Muertos a la ley. ¿Cómo? La analogía del matrimonio nos enseña que, tal como el vínculo matrimonial se rompe con la muerte de uno de los cónyuges, así también el vínculo entre la ley y el creyente se rompe cuando uno de los dos muere. «*Vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos...*» (7:4). Cuando Cristo murió en la cruz, no sólo nos incluyó para morir al pecado, sino también para morir a la ley. No sabemos cuál de los dos hechos es más glorioso, pero cada uno de ellos da motivos más que suficientes para saltar de gozo. Ahora bien, si los unimos, tenemos un cuadro de tal belleza que no podemos menos que recordarlo cuando el libro de Josué nos dice: «*Mi siervo Moisés ha muerto*».

Aquí en el Antiguo Pacto, donde todo es sombra del Nuevo, el que muere es Moisés. En el Nuevo, el que muere es el creyente. Este es un viraje sorprendente, sin duda; pero está muy claro en Romanos 7 cuando, luego de sugerirnos que el marido es el que muere (es decir, la ley, v. 3), quien finalmente muere es la mujer (es decir, el creyente, v. 4). Lo importante, en todo caso, es que la ruptura del vínculo matrimonial se produce por la muerte de una de las partes. El Señor se encargaría de aclarar que la ley no puede abrogarse, y Pablo se encargaría de decirnos que por eso es el creyente el que muere. Moisés era un marido demasiado perfecto para nosotros, que somos tan débiles. Su dedo acusador nos perseguía por doquier; no nos daba punto de descanso. No perdonaba nuestras debilidades, ni nos ayudaba a superarlas. Castigaba nuestros pecados con tal fiereza que muchas veces estuvimos a

punto de caer en el abismo para siempre.

Cada vez que intentábamos acercarnos para tomar todo lo que es Cristo, la ley nos imponía tantos reglamentos, y tan difíciles, que nos resultaban imposibles de cumplir. Aun más, la sola enunciación de ellos despertaba dentro de nosotros la fuerza para infringirlos.

Además de todo eso, nosotros mismos nos habíamos impuesto otros de nuestra propia factura. ¿Cuántos métodos habíamos utilizado para alcanzar a Cristo y vivir una vida victoriosa? ¿Cuántas charlas oídas, libros leídos, y recetas anotadas para ser seguidas por algún tiempo, hasta su desgaste por el uso? Por eso, ahora suenan tan dulces las primeras palabras de Dios a Josué: «Mi siervo Moisés ha muerto, ahora pueden entrar a poseer la tierra».

¿Cuál es el tiempo de entrar?

Entonces, ante la pregunta, «¿cuál es el tiempo para entrar a poseer Canaán?», la respuesta es «Después que muere Moisés». Análogamente, «¿cuál es el tiempo para entrar a disfrutar de todo Cristo?». «Cuando Dios nos muestra que estamos libres de la ley». Ya no debemos hacer más esfuerzos por agradarle, no debemos seguir ningún método inventado por el hombre, porque el único método (o camino) es Cristo (Juan 14:6).

Si no recibimos esta buena noticia en nuestro corazón; si no hay esta maravillosa revelación, no hay Tierra Prometida para nosotros. El pueblo no podía cruzar el Jordán y tomar su herencia mientras Moisés viviera, porque Moisés pertenecía al desierto. Su esfera de acción era sólo el Sinaí y sus alrededores. Pero muerto Moisés, se abre para nosotros un nuevo horizonte.

Por supuesto, no faltarán los que digan: «Eso que usted cree es imposible. Sin esfuerzo no hay victoria. Si usted se queda sin ley, va a caer en el antinomianismo, en el libertinaje». Pablo había enfrentado los mismos contradictores, según

se infiere de las palabras de Romanos 3:8: «*¿Y por qué no decir (como se nos calumnia, y como algunos, cuya condenación es justa, afirman que nosotros decimos): Hagamos males para que vengan bienes?*». Cuando Pablo enseñaba que en Cristo hemos muerto a la ley, se desataba una oleada de críticas y tergiversaciones de esa enseñanza, sobre todo entre quienes estaban ligados a la ley. Surgieron así muchos «in-doctos e inconstantes» que torcían la palabra para su propia perdición. (2ª Pedro 3:16).

Si Pablo no hubiese sido tan categórico en su enseñanza con respecto a la ley, entonces tampoco nosotros podríamos serlo a propósito de la muerte de Moisés aquí en el comienzo de Josué. Ahora que tenemos la gloriosa perspectiva de entrar en Canaán, y disfrutar de nuestra herencia, no admitiremos en nuestra mente esos susurros de incredulidad, ni que el diablo nos argumente que no es sin esfuerzos. Nos pararemos firmes en el terreno de la verdad, en el de las promesas y hechos divinos para cruzar el Jordán. No nos interesan los meros dones, porque ellos no lo satisfacen todo en el creyente. No queremos nada menos que Cristo, y Cristo pleno, hasta donde los ojos de nuestro entendimiento lo puedan ver y nuestra alma lo pueda desear. ¿Nos dejará frustrado el Señor nuestro?

¡Qué hermosa es la tierra que nuestros ojos alcanzan a percibir, aunque como en penumbras! ¿Podremos tomarla para nosotros? De ella nos llega una delicada fragancia que atrapa nuestros sentidos espirituales. ¡Ay, necesitamos tanto el descanso! Entendemos mejor a Moisés ahora cuando, desde la cima del Pisga, miraba en lontananza la hermosura de la tierra. Sus ojos ya cansados debieron recuperar momentáneamente su vigor ante tan maravilloso espectáculo. ¿No es Cristo hermoso? ¿No tiene facetas que ni los ángeles pueden ver, y que nosotros sí podemos justipreciar? ¿No es él quien hizo exclamar al Padre cuán perfectamente agradaba su corazón?

Los ojos de Moisés durmieron el sueño de la muerte con esa visión postrera. Las verdes colinas, los montes ubérrimos,

la tierra fecunda. ¡Oh, cuánto hubiera dado por poseerla, siquiera por caminar sobre sus praderas y beber de sus vertientes! No es menos fuerte el deseo del alma por Cristo. Moisés no pudo saciar esa sed; sin embargo, nosotros le tenemos a nuestro alcance. Nuestros pies no están atados, y lo que es más, la orden divina nos alienta a cobrar fuerzas y atravesar el Jordán. ¿Esperaremos una ocasión mejor? ¡Cuánto desea el alma cansada a Cristo, cuánto anhela el frescor de su aliento, la dulzura de su mirada, y el latir de su corazón!

Los ojos de Moisés se fueron cerrando sobre el Pisga, y la última mirada abarcaba «*toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, y la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental; el Neguev, y la llanura, la vega de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar*» (Deut. 34:1-3). Concédanos nuestro Dios no sólo la gracia de mirar a su Hijo desde lejos, sino de muy cerca y tocarle y abrazarle, para que, por su Espíritu, nos llene de él mismo.

4

Cruzando el Jordán

Cualquiera pensaría que al prepararse para acometer una empresa tan magnífica como la toma de posesión de Canaán, Israel debería haber recibido un fuerte entrenamiento. Un ejercicio riguroso, tanto en lo bélico como en lo espiritual. Sin embargo, al revisar el registro sagrado no hallamos nada de eso.

Los preparativos

Lo que sí hallamos es el llamado de Dios a recibir el regalo que él les habría de dar. Israel debería simplemente recibir. «...*Levántate, y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra **que yo les doy** a los hijos de Israel*» (Jos. 1:2b). «***Yo os he entregado**, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie*» (1:3). «*Tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres **que la daría** a ellos*» (1:6).

La sabiduría de Dios nos sorprende aquí de nuevo. Nada ne-

cesita Dios del hombre, como para esperar de él algo. ¿No ha nacido del todo en pecado? ¿No es sólo sombra y polvo? Además, un pueblo acostumbrado a los fracasos, ¿podría tener la idoneidad suficiente para una empresa así? Dios sólo espera que su pueblo esté dispuesto a recibir. Es todo lo que él necesita.

Al enfrentarnos a la posibilidad de apropiarnos de Cristo – es decir, de la plenitud de Cristo– surge en el corazón una sensación de inmerecimiento, seguida de una búsqueda desesperada en nosotros de cualidades que nos hagan posible alcanzar nuestro anhelo. ¿A qué recursos podremos echar mano para comprar la bendición? ¿Qué méritos muestra nuestra hoja de vida? Sin embargo, cuando estamos en esta infructuosa búsqueda resuenan las santas palabras: «*No por obras, para que nadie se gloríe*» (Ef. 2:9). Y si en el pensamiento surge la idea de que la fe es sólo aplicable para alcanzar salvación, entonces viene de nuevo el poderoso socorro: «*Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él...*» (Col. 2:6). Es por fe que recibimos al Señor, y es por fe que avanzamos hasta apropiarnos más y más de Cristo. «*Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe (o «de fe en fe»), como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá*» (Rom.1:17). Cada paso en el camino de la perfección va precedido por un acto de fe, por un nuevo regalo de Dios, porque la fe es un don de Dios. ¡Bienaventurados los que han aprendido a recibir! Es todo lo que marca la diferencia entre un hijo de Dios derrotado y uno victorioso en Cristo.

Preparar comida y reposar

Al hacer una cronología de la entrada en Canaán notamos que cada evento estuvo dispuesto con absoluta precisión. La orden de Dios para cruzar el Jordán se dio cuatro días antes de su realización. El cruce ocurrió el día diez, igual que la circuncisión, y cuatro días más tarde se celebró la Pascua. Todo ello tiene un extraordinario valor espiritual y tipológico que iremos revisando paso a paso.

Por ahora, estamos en el día 6 del mes primero. En cuatro días más se cruzará el Jordán. ¿Hay algo que Dios requiera del pueblo para emprender tal hazaña? ¿Deberá el pueblo dedicarse al ayuno y la oración para hacer que el Jordán se detenga? Podríamos haber esperado algunas exhortaciones «a la consagración», cuatro días antes del milagro.

Sin embargo, lo que ocurre es muy diferente. Dios da dos instrucciones: 1) Preparar comida (1:11) y 2) reposar (3:1). Estas instrucciones no son preparativos para una lucha sino para una celebración. No hay nada como una apelación a las disposiciones religiosas de los israelitas (que habían demostrado ser muy débiles). La orden es: ¡Comer y descansar! Esto podría parecer escandaloso a los ojos de quien constantemente se está mirando a sí mismo para buscar con qué presentarse ante Dios. ¡Cuán vanaglorioso y empecinado es el corazón del hombre en su confianza en sí mismo y en su egolatría! Le humilla pensar que Dios no necesite de sus débiles fuerzas, ni que sus justicias sean trapos inmundos delante de él. Pero la orden de Dios es clara: ¡Preparaos comida y descansad!

¿No es a esa misma posición de descanso y disfrute que Dios nos llevó cuando nos resucitó en Cristo, y nos sentó en lugares celestiales? «*Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*» (Ef. 2:5-6). No merecíamos nada, sin embargo, fuimos sentados en las alturas con el Señor. Estábamos muertos, pero fuimos levantados hasta el trono. ¿Es esto una paga por méritos? Pero, ¿qué méritos puede exhibir uno que está muerto porque la vara de la justicia le alcanzó? Sin embargo, fuimos sentados en lugares celestiales.

Nuestro corazón es estrecho y no cabe en él tal amplitud; nuestro corazón es mezquino, y no cabe en él tal generosidad. Nuestra mirada gira en torno a nuestro propio corazón, y no puede ver los grandiosos hechos de Dios.

Cruzando el Jordán

Llega el día del prodigio. He ahí la maravilla del río desbordándose, con un caudal desusado, y deteniéndose al recibir la reprensión del Todopoderoso. ¡Oh, las aguas fueron sumisas ese día, como el perrillo ante la voz autoritaria del amo! El Jordán deja al descubierto la desnudez de su fondo, para que el pueblo pase en seco. ¡Ved a Israel, con paso calmo, con mirada augusta, con gesto digno, caminando por el fondo del abismo! Las palabras del dulce cantor de Israel vienen aquí como anillo al dedo: *«Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento»* (Salmo 23:4). ¿Qué podrá perturbar la paz de uno que ha puesto su confianza en Dios, de uno a quien Dios defiende? ¡Ved cómo los cielos observan este espectáculo del amor de Dios por su pueblo infiel! Las aguas amontonadas a un lado, formando una altísima pared; al otro lado, el piso está tan seco que aun el niño pequeño y la mujer debilitada pueden pasar. Ved a Dios llevando a su pueblo de la mano, como hace el hombre con su hijo pequeño. ¿Podrá turbarle alguna mala desgracia?

Cuando cuarenta años atrás el Mar Rojo se abrió delante del pueblo, y luego se cerró para anegar los carros del faraón, Israel hizo fiesta. ¡Cómo no, si la salvación había sido tan completa y oportuna! Así también nosotros, cuando fuimos rescatados del mundo, nuestro gozo fue perfecto, e hicimos fiesta.

Ahora, la victoria no es menor. No ha quedado atrás el mundo amenazador, el país de nuestra esclavitud, sino el desierto del vagabundear sin rumbo y sin paz. La salvación primera de nuestro caminar cristiano fue notable, pero no lo es menos esta segunda. La liberación primera nos dejó libres del mundo; esta liberación segunda nos libra del imperio de la ley de las obras, y de un vagar en derrota.

Algunos cristianos que nos han precedido dicen que para ellos esta liberación segunda (o «bendición», como algunos

la llamaron) fue más prodigiosa que la primera, porque a la experiencia del desaliento, de la ansiedad y de la inconstancia, siguió el gozo, la estabilidad y el poder. Con todo, hoy no estamos recibiendo sólo una bendición mayor, sino una aprehensión más profunda y real de Cristo mismo.

El arca fue alzada

¿Cómo sucedió ese prodigio del Jordán deteniéndose para que el pueblo pasase en seco? Hay dos cosas de importancia fundamental que hicieron posible este hecho. La primera es que el arca del testimonio fue alzada sobre los hombros de los sacerdotes.

Cuando Israel cruzó el Mar Rojo, no tenía arca. Dios hizo caer oscuridad y viento, y de ese modo abrió el Mar. Ahora Israel tiene arca; por tanto, no hay necesidad de ningún prodigio adicional. No tiene Dios para qué soplar desde los cielos, porque en la tierra está su testimonio. El arca misma es el prodigio mayor y la fuente de toda bendición para Israel.

Nosotros sabemos que el arca prefiguraba a Cristo. (No nos extrañemos de que el arca prefigure a Cristo, así como también la buena tierra, porque Cristo es el todo de Dios. El agrado del Padre ha sido dejar la impronta de su amado Hijo en toda acción notable y en toda obra primorosa. Cristo está presente en cada paso del cristiano, como Puerta, como Camino, como Pastor, como Pan, etc.). El arca alzada es Cristo levantado por su pueblo. Ahora que la ley ha quedado atrás, Cristo puede ser exaltado de verdad. Sólo cuando abandonamos nuestros esfuerzos, valoramos verdaderamente la salvación de Dios en Cristo. Cristo exaltado es el secreto de los mayores prodigios de Dios en la presente dispensación.

En los comienzos de la iglesia, Cristo fue levantado en cada predicación y en cada enseñanza; Cristo era el centro en la vida y en la práctica de la iglesia. Hoy cuesta hallar esta misma realidad. Dios no puede detener los Jordanes porque al Arca está escondida, o bien ha sido olvidada. Y si el Jordán no

es detenido, el pueblo no puede tomar posesión de Canaán. La mayor desgracia de la cristiandad hoy es que ha perdido la visión de Cristo exaltado. Cristo no fue exaltado sólo por el Padre a su diestra, sino que espera ser exaltado por la iglesia en todas las expresiones de su vida y caminar presente.

¿Estás insatisfecho con la vida cristiana que llevas? Observa qué es lo que has hecho con el Arca en tu vida, y tal vez halles la explicación de tus fracasos.

Sacerdotes de pie firme

Dos veces se destaca en este pasaje el hecho de que los sacerdotes «*estuvieron en seco, firmes en medio del Jordán*», hasta que todo el pueblo hubo pasado. (3:17; 4:3). Este es el segundo hecho destacable aquí. Los sacerdotes debían tener una actitud resuelta y un gesto decidido, y ubicarse en el lugar de mayor peligro, hasta que todo el pueblo pasase el río.

En todas las épocas de la historia de la iglesia ha habido estos «sacerdotes de pie firme», quienes aceptaron la incomodidad y la fatiga para que otros pudieran pasar hacia un más pleno conocimiento de Cristo. Su ejemplo, sus enseñanzas, fueron la luz que guió los pasos de sus respectivas generaciones, en medio de las incomprensiones y persecuciones de que fueron objeto. Ellos entraron primero en el Jordán y abrieron camino para que otros los siguieran. ¡Nobles precursores, puntas de lanza, que aceptaron la muerte sobre sí mismos para que Cristo pudiera ser más perfectamente conocido por otros!

Y aun más acá de sus respectivas generaciones, sus huellas todavía son visibles. Ellos ya han partido, y han descansado de sus trabajos, pero sus obras con ellos siguen.

Cuando los israelitas pasaron el Jordán, tomaron piedras de en medio del río, como conmemoración de esa proeza. Las piedras habrían de tener un mensaje elocuente, para transmitir a las futuras generaciones. Cuando ellas preguntaran «¿Qué significan estas piedras?», habrían de decirles: «*Que las aguas del Jordán fueron divididas delante del arca del pacto de*

Jehová; cuando ella pasó el Jordán». ¡Qué gloria la de Israel! Ellos llevaban consigo a Dios mismo. Las aguas se abrieron ante el arca. ¡Gloria por siempre a la verdadera Arca de Dios!

A través de los siglos ha habido hombres cuyas voces todavía se oyen a través de sus libros. Han trascendido el tiempo y hoy hablan a nosotros tal como aquellas piedras conmemorativas hablaban a Israel. Estas piedras-libros nos acompañan y nos enseñan. En ellas sentimos el palpar de sus corazones y las jubilosas exclamaciones por sus hallazgos de fe. Ellos conforman esa nube de testigos que nos alientan con su ejemplo, nos advierten de los peligros y nos señalan el camino. Cada uno de los que estuvieron allá abajo parados sobre el abismo nos dicen que valió la pena. La estela de su dolor tiene hoy un grato olor de Cristo que nunca perderá su fragancia. Ellos nos dicen: «¡Es posible estar en el lecho de la muerte y salir! ¡Yo bajé allí para morir, pero Dios me sacó para vivir en abundancia!».

Estos «sacerdotes de pie firme» también están presentes hoy. Ellos toman la cruz cada día para que otros crucemos el Jordán. Su devoción nos inspira, su fe nos alienta y su menosprecio por su vida nos señala cuál ha de ser nuestro modo de vivir. ¡Maravillosa gracia concedida a los muchos mediante la fe de unos pocos!

Dos bautismos

Ahora, habiendo ya cruzado el Jordán, miramos hacia atrás y vemos los hitos de nuestro caminar en Cristo. El cruce del Mar Rojo nos separó de Egipto. Cuando ocurrió aquel portentoso, teníamos muy fresco aún el recuerdo de la sangre del cordero. Los alaridos de Egipto todavía herían nuestro oído. ¡Oh maravilloso día aquél, cuando, con brazo extendido nos sacó de allí! El mundo quedó atrás, muy lejos, y nosotros quedamos fuera del alcance de faraón. La pared de agua puesta de por medio impediría para siempre una vana reconciliación.

Ahora, he aquí otro bautismo. El Jordán nos ha separado

para siempre del desierto. Así como el mundo quedó más allá del mar, la vida cristiana de esfuerzos e insatisfacciones quedó más allá del Jordán. En el mar fuimos bautizados *en Moisés*, para ser unidos a él (1ª Cor.10:2); en el Jordán fuimos bautizados *en Cristo* (Rom.6:3), para venir a ser uno con él. Este bautismo segundo ha puesto una doble separación: la separación del desierto y la del mundo. Estamos doblemente separados y doblemente salvos.

¡Mucha tierra de por medio, y dos paredes de agua, nos separan de nuestro punto de partida! ¡Ah, maravillosa tierra nuestra! ¡Ya podremos echar a descansar nuestros huesos en los colchones de tu hierba verde bajo tus encinos y tus palmeras! ¡Amada Tierra, largamente soñada! ¡Amado Cristo! ¡Cómo anhelamos tus frescores, tu brisa suave en el estío, junto a los manantiales! Cuando estemos tendidos, enmudeceremos de amor, nos postraremos en adoración, y sentiremos tu caricia silenciosa, perceptible apenas, sobre nuestra cabeza.

Sentaremos nuestras tiendas en el monte de las delicias, y bajo los manzanos en flor te daremos nuestros amores. Allí, nadie se atreverá a interrumpir ese santo coloquio.

Los primeros pasos en la Tierra

Hay cuatro hechos que señalan los primeros pasos de Israel en Canaán. Todos ellos poseen un incalculable valor espiritual para nosotros al acercarnos a una posesión más plena de Cristo.

La circuncisión

Apenas atravesado el Jordán, esperaba al pueblo —específicamente a los varones— un ejército de cuchillos afilados. La circuncisión había sido interrumpida durante la larga travesía del desierto. Ellos vagaron como no siendo quienes eran. Su estado no correspondía con su condición, por eso Dios —en su desagrado— no les permitió circuncidarse allí.

El Israel que cruzó el Jordán estaba constituido casi exclusivamente por hombres nacidos en el desierto. Para ellos, Egipto podía tener algún atractivo todavía, el atractivo que atrapa los ojos y envuelve el corazón. Por eso, la circuncisión significaba la necesidad de romper con el pasado. Aunque ninguno

le conocía (excepto Josué y Caleb), debían igualmente rechazar Egipto y lo que él representaba. Recordemos que el pueblo que cayó en el desierto seguía añorando los deleites que su alma experimentaba en aquella tierra. Así pues, debía realizarse un acto solemne por medio del cual esta nueva generación supiese cuán abominable era aquello para Dios.

Por eso, después de la circuncisión, Dios le dice: «*Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto; por lo cual el nombre de aquel lugar fue llamado Gilgal hasta hoy*» (Jos. 5:9). Y Gilgal deriva de ‘galal’ que significa ‘rodar’. Egipto quedó atrás, definitivamente atrás. Había sido despojado del corazón del pueblo, y echado a rodar.

Así también es el mundo para el cristiano que avanza hacia la plenitud de Cristo. Más acá del Mar Rojo, ya estaba claro que él era inexpugnable para el mundo, ¿cuánto más lo será ahora que está además el Jordán de por medio? Con todo, a Dios le interesa asegurarse de nuestro corazón, por causa de su extrema debilidad y su carácter engañoso. El mundo siempre extenderá sus tentáculos para tratar de cazarlo, aunque ya con menos esperanzas que al principio. El significado del verbo ‘rodar’ nos ayuda en este punto. ¿Podemos ver el mundo sacado de nuestro corazón y echado a rodar cuesta abajo? Sí, el mundo rueda sin detenerse. Y para que ruede significa que hay una pendiente, y que a medida que avanza, aumenta la velocidad de su desplazamiento y la distancia que media entre él y nosotros.

El mundo rueda aprisa cuesta abajo, en dirección al despeñadero. Mientras tuvimos al mundo en el corazón, teníamos una fuerza centrífuga que nos hacía violencia, quitándonos la paz. La fuerte atracción que éste ejercía sobre nosotros nos desgarraba las entrañas, porque bien sabía nuestra alma que tal atracción no provenía del Padre y que no agradaba al Padre. ¿Cómo escapar de ello? Vanos fueron nuestros esfuerzos por largo tiempo, ¡pero ahora, estamos libres!

Desde que nuestros ojos son abiertos para ver la obra de Cristo en la cruz incluyéndonos en su muerte, para liberarnos

del pecado y de la ley; desde que nuestros ojos se abrieron para ver la eficacia de esa obra, y desde que hemos oído la voz del Señor ordenándonos entrar en la tierra; desde que hemos visto las aguas del Jordán detenidas ‘como en un montón’; desde que, en fin, hemos visto todas estas maravillosas obras de Dios, nuestro corazón ha sido afirmado en la fe para creer. Y entonces todo esto se ha traducido en la feliz experiencia del desasimiento del mundo. No de la experiencia de arrancarnos el mundo por la fuerza, haciendo violencia con nuestro malhadado corazón, sino la experiencia de ver que simplemente ha sido quitado y echado a rodar sin mediar esfuerzo alguno por nuestra parte.

El máximo de la debilidad

Aquí, la circuncisión cobra para nosotros –que estamos más acá de la cruz de Cristo– un nuevo y precioso significado. No sólo reafirma nuestra separación definitiva del mundo, sino que alcanza también a nuestro propio ‘yo’. Es el despojamiento del cuerpo pecaminoso carnal. *«En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha a mano, **al echar de vosotros el cuerpo pecaminoso carnal**, en la circuncisión de Cristo»* (Col. 2:11). La figura ilustrativa usada en el griego en este pasaje es el vestido. Dice textualmente: «Desvestiéndooos enteramente del cuerpo pecaminoso carnal». Este mismo sentido tiene en Col. 3:9, donde dice: *«Habiéndooos despojado (o ‘desnudado’) del viejo hombre con sus hechos»*, para luego usarse la figura complementaria: *«y revestido del nuevo ...»*.

Si por la gracia de Dios vemos la obra inclusiva de Cristo en la cruz, podremos comprobar que para la fe este doble hecho espiritual es algo tan sencillo como el desnudarse y vestirse. Somos desnudados del viejo hombre y somos vestidos en seguida del hombre nuevo. Se nos quita un vestido viejo y sucio, para vestirnos con uno nuevo y limpio.

Así, la circuncisión para nosotros es la circuncisión de Cristo, un acto por medio del cual Cristo en la cruz nos despojó de

nuestra pesada herencia adámica. Nos quitó un vestido viejo y nos puso uno nuevo. ¡Gloria al Señor!

Sin embargo, esta es una experiencia que, siendo tan preciosa, suele traer consigo una crisis. Todavía será necesario comprobar que, aun después de pasar el Jordán y de haber sido circuncidados, podemos llegar más abajo, estar todavía más debilitados que antes de cruzar el Jordán. Hemos visto las maravillas de Dios, pero todavía nos falta ser despojados de nuestras últimas fuerzas. Ayer, la gloria; hoy, el dolor del despojamiento. Pero no temamos, todo esto es absolutamente necesario para poder entrar en la plenitud de Cristo. Es sólo en la debilidad que reposa sobre nosotros el poder de Cristo (2ª Cor. 12:9). Sólo así podremos dar toda la gloria a Dios y no a nosotros mismos cuando vengan los triunfos de la fe.

Tal como los circuncidados quedaban en un estado de máxima debilidad física, así también los cristianos, al ser circuncidados, experimentan esta extrema debilidad de la que venimos hablando. Es cuando tú confiesas que has muerto, que la carne quedará levantarse más viva que nunca. Es cuando tú declaras que el mundo ha sido quitado de tu corazón, que las fuerzas infernales te lo presentan más atractivo que nunca. Es cuando anuncias que has sido despojado de tu viejo hombre, que él se alza más fuerte que nunca para tratar de demostrarte lo contrario.

En efecto, aun después de haber pasado el Jordán, es decir, de haber avanzado hacia el pleno disfrute de Cristo, todavía suelen producirse en el corazón unos anticlímax, unos valles depresivos, que se esfuerzan por negar las bendiciones recibidas hasta ese momento. Son algunas mañanas nubladas, algunas brisas frías, que amenazan poner en jaque nuestra fe, y que vacían nuestro corazón de todo sentimiento y emoción espiritual. Entonces parece que todo ha sido un sueño, que nada es real, y que todavía está el mundo ahí y que parece tan hermoso. Incluso más, nos parece que el mundo que está ahí, esperándonos, es lo único real. ¿Cómo no serlo si está ante nuestra vista, innegable y evidente? Entonces, el corazón que

así se deja atraer, olvida las certezas divinas, y parece querer coger esas vanas certezas ilusorias.

Hemos confesado con nuestra boca la felicidad que experimentamos al sentir que avanzamos en nuestro camino de fe. Estamos conscientes de que el Jordán ha quedado atrás, que el desierto con sus esterilidades es cosa del pasado. Sin embargo, la prueba viene.

Nuestra mente puede recordar algunas de nuestras victorias; podemos incluso ver con nuestros propios ojos algún trofeo de aquellas batallas ganadas. Sin embargo, en este valle de sombras nos parece todo tan lejano. No está el abrazo del hermano o la voz agradecida de quien escuchó al Señor a través de nuestros labios; no está cerca el compañero de milicia que nos trae a la cordura o nos encauza por la senda de justicia. No está el dulce sentimiento de la presencia del Señor o el gozo de nuestra salvación. Por el contrario, lo que hay a la vista es un delicioso plato prohibido. Y surge en nuestro engañoso corazón, ¡ay, miseria!, el deseo de dejarse llevar por sus formas voluptuosas, en este 'affaire' de los sentidos.

La debilidad no puede ser mayor. El corazón ha llegado al punto de estar dispuesto a renunciar a todo lo santo, lo honesto y lo puro, por aquello que cautiva nuestra vista. Los pies se comienzan a mover en esa dirección, la mano a tomar la manilla de la puerta para marcharse. ¿Quién podrá detenernos?

Un siervo de Dios cuenta que, en un momento muy exitoso de su ministerio, cuando muchos se habían reunido para oírle en una elegante comida en un hotel, él hacía planes para escapar. Había tenido algunos serios conflictos con su esposa, y ya no tenía fuerzas para seguir sosteniendo aquella hipocresía. En un momento de la reunión, hizo como que iba al baño y se escabulló por las calles oscuras, con la intención de nunca más volver. Sin embargo, de pronto oyó la voz del Señor como un suave susurro. Como despertando de un gran y fantasmagórico sueño, volvió en sí, y al darse cuenta del profundo abismo que se abría ante sus pies, dio media vuelta y corrió de

prisa. Cuando entró al gran salón comenzaban ya a anunciarlo. Nadie pareció darse cuenta de nada. Esa noche, a medida que hablaba, pudo sentir el misericordioso respaldo del Señor. ¡Dios le había salvado en el momento preciso!

En el tiempo oportuno viene el socorro del cielo. En aquel momento de máxima debilidad, viene la circuncisión, y escuchamos la voz del Señor que nos dice: «Hoy he quitado el oprobio de Egipto de vosotros». Entonces sentimos que el corazón está libre, que ha sido sanado de la enfermedad del mundo. ¡Gloria al Señor por su bendita obra!

La Pascua

El segundo hecho es la celebración de la Pascua. El día catorce del mes primero, conforme al mandamiento, Israel celebró la Pascua en los llanos de Jericó. Todos los últimos acontecimientos estuvieron ordenados para llegar a este gran día. La pascua debía celebrarse el día catorce del mes primero. Por tanto, el cruce del Jordán y la circuncisión debieron realizarse en el tiempo preciso para celebrar la Pascua el catorce.

La Pascua es el segundo hecho significativo más acá del Jordán. ¿Qué significa? La Pascua es sobre todo una celebración, una fiesta. En la Pascua se conmemoraba un hecho glorioso para Israel: la salida de Egipto, con prodigios y señales, y el fin de la esclavitud y la ignominia. El hecho central era la inmolación del cordero pascual, cuya sangre había sido tanto la salvación de Israel como el juicio para Egipto. Este juicio de Dios trajo la muerte de los primogénitos egipcios, y la salida apresurada de Israel luego de haber despojado a Egipto de sus riquezas.

La Pascua era la celebración anual de los cuidados de Dios para Israel, un monumento a su fidelidad, porque indicaba que los ojos de Dios estaban puestos sobre su pueblo, a quien él había salvado tan hermosamente. En esa fecha, cada familia se reunía en torno del cordero, con el bastón en la mano, comiendo de su carne con panes ácidos y hierbas amargas. El

centro de todo era el cordero: su sangre para salvación y su carne para sostén y deleite.

Así es Cristo para los creyentes. En torno a él se reúnen como familia para admirar la preciosidad de Su sangre derramada. Esta sangre tiene tantas bellezas, que es imposible modularlas todas. Pero he aquí dos de ellas. Primero, su poder para limpiar la conciencia de obras muertas. Luego, su eficacia para detener las acusaciones del enemigo y para vencerle en el batallar diario.

La celebración de la pascua cristiana –la cena del Señor– nos permite mantener muy vívida en el corazón la gran salvación de Dios y las hermosas condiciones en que ésta se efectuó. Nosotros tenemos aun mayores razones que los judíos para reunirnos cada vez en torno a la mesa, al pan y la copa, para conmemorar –y celebrar– nuestra liberación del mundo. Satanás está juzgado, y el mundo –su campo de acción– está también bajo el juicio de Dios.

El bastón en la mano y la actitud de premura nos hablan de nuestra condición de peregrinos en una tierra ajena. Somos caminantes apurados, porque el feliz destino nos llama. Somos peregrinos que nos sustentamos de esta sola comida, el pan y la copa, la sangre y la carne del Hijo de Dios. ¿Qué más podríamos necesitar? ¡Hay plena salvación y plena provisión en Dios!

Amado cristiano, ¿es Cristo el centro de toda tu atención? ¿Es Su cuerpo y Su sangre tu sustento diario y tu conmemoración permanente? ¿Estás habitando bajo el poder de la preciosa sangre, a resguardo del mal, o estás a la intemperie, expuesto a la hoz del destructor? ¿Está el bastón en tu mano? ¿Estás comiendo la pascua con la actitud del caminante? ¿O, por el contrario, ha invadido el mundo tu corazón y has tenido algo menos que Cristo? ¿Has estado sosteniendo razonamientos humanos disfrazados de verdades divinas? ¿Has llenado sus ojos con expectativas religiosas, todas ellas vanas e inútiles? ¡Que el Señor en su gracia unja tus ojos para ver cuál es tu condición y cuál es tu camino, para que te apegues al corazón de Dios!

Los primeros frutos de la tierra

«*Al otro día de la pascua comieron del fruto de la tierra, los panes sin levadura, y en el mismo día espigas tostadas*» (Jos. 5:11). La Pascua fue el hito que marcó el comienzo del disfrute de la tierra. Con esta Pascua se señalaba el comienzo de una nueva era para Israel. Ahora podían comer los primeros frutos. Estos primeros frutos de la tierra no eran, obviamente, el producto del trabajo de Israel, sino el de otros. Ese día, los israelitas se apresuraron a coger espigas, trillarlas, moler el grano y preparar el pan sin levadura, conforme al mandamiento. ¡Cuánta agilidad habrán desplegado esas manos para realizar esas tareas! ¡Cuánta satisfacción habrán hallado en esas acciones tan simples, pero soñadas por años!

«*El día que comamos del fruto de la tierra ...*» habrá sido el estribillo oído muchas veces en todas las tiendas, estribillo con que se consolaban las madres mientras preparaban de mil maneras el maná para sus quejosos hijos. «*El día que comamos del fruto de la tierra...*» habrá sido la exclamación de quienes tenían que levantarse temprano, antes que calentase el sol, para recoger la porción diaria. «*¿Cuándo comeremos de la tierra ...?*» habrá sido el clamor del viejo y del joven, de la mujer y del niño por interminables días. Pero ahora, helo ahí, el grano color oro desplegándose abundante ante su vista, para tomarlo, acariciarlo, o percibir el aroma exquisito de las gaviillas tostadas.

Jamás podremos imaginar cuánta dicha sintió Israel aquél día. Jamás podremos imaginar cuántas lágrimas agradecidas rodaron por las mejillas de todos. ¡Por fin esta gama de sabores y aromas que se percibe sólo en contacto con una tierra fértil y generosa!

¡Nadie podrá imaginar jamás lo que significó llegar a Canaán después de cuarenta años por el desierto! Nadie tampoco podrá sospechar jamás la dicha que se esconde tras el parco relato del libro sagrado. Ni la de los ansiosos colonos ingleses que llegaron a las costas de Norteamérica luego de la larga

travesía por el océano; ni la de los ojos asombrados de un Pedro de Valdivia al adentrarse en los valles de Chile luego de cruzar el desierto de Atacama —el más árido del mundo—; ni una ni otra pueden parangonarse a la dicha de Israel ante el espectáculo maravilloso de Canaán. Las cartas de Valdivia al rey Carlos V están llenas de elogiosas descripciones de la tierra de Chile, tan pródiga comparada con las pálidas estepas castellanas, pero ningún elogio podría ser suficiente para dar cuenta de la hermosa de Canaán en los días en que Israel tomó posesión de ella.

Sin embargo, mientras vamos hablando así, no decimos estas cosas sólo de Canaán. ¿Podéis ver cómo, por debajo y como a contrapelo de nuestra imaginación tan seca, vamos diciendo todo esto de nuestro amado Jesús, campo tan fértil como magnánimo, tan pleno de sabores como de aromas? Nuestra mirada se levanta hacia lontananza, pero se pierde en la vastedad del variado paisaje. No sería suficiente dedicar el resto de nuestros días para recorrerla y degustar sus dulces frutos.

Al menos, ahora estamos aquí, probando los primeros frutos. ¡Qué dulce es a nuestro paladar la dicha de comer de él luego de nuestra experiencia anterior de cuasi apostasía! El pan está aquí, en nuestra mano, lo podemos tocar y comer. Es pan que nos habla de perdón y de reconciliación. Nos habla también de la restauración y de la fidelidad de Dios. Ayer estábamos yendo hacia el abismo, pero hoy recobramos nuestras fuerzas en él, tomando de él y comiendo de él. Su sabor es más delicioso después de la hambruna y del desvarío. No quisiéramos parar de comer, porque el pan es exquisito, es el fruto de la tierra, es el fruto de Cristo. Ahora comemos de él mismo. No estamos recibiendo algún don, que no quisiéramos. No se trata de una mera emoción, aunque la sentimos desbordar en el corazón. Es algo más profundo: es vida, es la vida eterna, que se mete por nuestros huesos y nos nutre por dentro. Nuestra vista es aclarada para ver la suficiencia de Cristo. No importa el grave y deslucido ropaje exterior que,

como las pieles de tejón sobre el tabernáculo, sólo sirven para esconder la gloria de Cristo de los ojos profanos. No importa la aparente pobreza de los frutos que se ofrecen a nuestra vista; es Cristo, y eso es lo que importa. No es la música la que nos envuelve para arrullar nuestros sentidos. No son los colores que atraen nuestra mirada. No; es Cristo, su vida, su excelencia, la que oxigena nuestra alma y vigoriza nuestra vista para verle más hermoso que nunca.

Nunca podremos dejar de encarecer la gracia de Dios, que nos concede estos deleites sin que haya mérito alguno de nuestra parte. Que quede claro en su conciencia, estimado lector, que no es por nuestra justicia que recibimos los primeros frutos de Cristo. Ni en el principio ni en el fin de nuestro caminar obtenemos algo por nuestros méritos. Es vana la presunción de quienes se colocan a la par de Dios como si él necesitase de algo, o como si ellos pudiesen poner el broche de oro a la obra de Dios en sus vidas. Quienes así piensan nunca han estado en el extremo de la debilidad, ni han pasado por la ‘oscura noche del alma’, en que todas las fuerzas se marchitan como la hierba bajo el sol del verano. Vana presunción la de quienes se reservan un poco de gloria para sí, ignorando voluntariamente que «Dios es el que produce así el querer como el hacer por su buena voluntad.» Por eso no cesará nuestro labio de engrandecerle, ni nuestro corazón de postrarse ante él por la gracia de las primeras gavillas tomadas por nuestra mano, cuya semilla no estuvo en nuestro regazo ni la pusimos nosotros en el surco. ¡A él se la gloria por los siglos de los siglos!

Oh, preciosidad de los primeros frutos aquí en los llanos de Jericó, junto al Gilgal de nuestro debilitamiento. El fracaso momentáneo se ha trocado en fiesta. Las lágrimas han sido ya enjugadas, ni siquiera hay huella de ellas, tan pleno es el desbordamiento de vida y el jolgorio. Nuestro corazón salta. Así debió de ser cuando aquellas mujeres danzaban lanzando al aire sus panderos, tras la proeza del Mar Rojo. La boca está llena de risa, y el corazón de alabanza. ¡Qué fiesta la de Israel

en aquel día! ¡Qué fiesta la de nuestro corazón en este día!

Ahora que el pueblo disfruta de los primeros frutos de la tierra, cesa de descender el maná diario. El maná corresponde, junto con el desierto y la ley, a un viejo régimen; ahora comienza el régimen del espíritu en que el pueblo come de la fuerza de esa tierra que es Cristo. Así como la luz de una vela palidece y se torna innecesaria ante la luz majestuosa del sol, así el maná y el agua de la roca, que tuvieron su lugar en las arenas del desierto, ya no son necesarios aquí. Aunque bajo la ley nunca falta la misericordia de Dios y sus dones nunca escasean, cuando llega Cristo, todo aquello se torna innecesario. «*Estando ya presente Cristo*» no se justifican las sombras que le anunciaban anticipadamente.

Pero este es el orden, primero se introduce Cristo y luego cesa lo anterior. Porque Dios en ninguna manera podría dejarnos sin sus cuidados, ni sin las muestras de su fidelidad. Pero cuando un alma ha visto la suficiencia de Cristo, se nutre exclusivamente de él, y deja para siempre todo lo que hasta ese momento le sustentó. Es la contemplación de Cristo la que trae consigo el abandono de todo lo que hasta entonces juzgábamos precioso.

El Varón con la espada desenvainada

El cuarto hecho que cierra esta primera incursión en la buena tierra es la aparición del Príncipe del ejército del Señor con la espada desenvainada. Hasta aquí ha quedado clara la suficiencia de la gracia de Dios en todos sus tratos con Israel. Pero ahora, ¿qué diremos? Se perciben en el aire sonos de trompeta que llaman a la batalla. Jericó está advertida del peligro que se cierne sobre ella. Las puertas están cerradas. El enemigo tiembla, pero no quiere dar ventaja alguna. Jericó confía en el grueso doble muro con que está rodeada la ciudad. Enemigos poderosos han caído allí, en un intento inútil por doblegarla.

Josué ha salido a pasear a la hora del crepúsculo. Está consciente de que enfrenta al mayor desafío de su vida. La primera

ciudad cananea se yergue desafiante delante de su vista. ¿Qué hacer? Josué se postra sobre la hierba verde. Ora a Dios que le provea la estrategia adecuada, porque a él no se le ocurre cómo podría doblegar a un enemigo tan inexpugnable. Si ponen sitio a la ciudad, y éste se prolonga, los cananeos vecinos les podrían rodear por todos lados.

De pronto, Josué siente una presencia que le atemoriza; levanta la vista y, he ahí la figura más temible e imponente que haya visto jamás. El diálogo es breve, pero lo suficiente como para que Josué se dé cuenta de quién se trata: Es el Príncipe del ejército del Señor. Ante su imperiosa mirada, Josué se humilla y dice: «¿Qué dice mi Señor a su siervo?», y sólo recibe por respuesta que debe quitarse el calzado de sus pies, porque el lugar donde está es santo.

El Príncipe —el mismo Señor Jesucristo en una manifestación visible antes de su encarnación— ha venido para hacerse cargo de la empresa. Con él no habrá necesidad de entrenamiento ni de estrategias. De ahí en adelante deberá quedar claro que las armas que ocupa Dios en sus batallas no son carnales —no los carros y ni los caballos— sino su Santo Espíritu.

¡Oh Príncipe, perdona por haber estado ideando técnicas de ataque! ¡Poderoso es tu brazo para realizar todo lo que te has propuesto, sin mi despreciable ayuda! Hazlo no más, ve adelante, desbarata los ejércitos y ahuyenta mis propios temores. Tú irás adelante, oh Valiente, y yo te seguiré detrás. Pondré mis pies exactamente donde tú los hayas puesto, para asegurarme de que no te perderé en el camino. Tú usarás los recursos menos pensados para que quede claro, muy claro, que Josué no tuvo nada que ver, ni las inexpertas huestes de Israel tampoco, en los estruendosos triunfos que vendrán. ¡Nadie, sino tú, eres el protagonista de esta historia de guerra! ¡Tú, el único héroe verdadero, invicto por siempre!

6

La más hermosa de todas las tierras

«Y aquel día les alcé mi mano, jurando así que los sacaría de la tierra de Egipto a la tierra que les había provisto, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras» (Ezequiel 20:6).

Como bien ha dicho un hermano: «‘La tierra’ es el pensamiento central del Antiguo Testamento». Primero como promesa, a partir de Génesis 12, luego como realidad, aquí en Josué. Las palabras más hermosas e inspiradas de Dios en los primeros libros del Antiguo Testamento están referidas a la tierra. Es asombrosa la descripción que hace el Señor de la tierra en Deuteronomio 8:7-9 –que hemos citado más atrás–, pero aún más significativas son las palabras del capítulo 11, versículos 11 y 12: *«La tierra a la cual pasáis para tomarla es tierra de montes y de vegas, que bebe las aguas de la lluvia del cielo; tierra de la cual Jehová tu Dios cuida; siempre están sobre ella los ojos de Jehová tu Dios, desde el principio del año hasta el fin»*.

La extraordinaria atención que Dios le presta, al extremo de poner sobre ella sus ojos todo el tiempo, es casi una personificación de la tierra. Pero, ¿en qué puede hallar contentamiento el Padre sino en el Hijo de su amor? Las páginas inspiradas de Deuteronomio le esconden allí bajo esa descripción tan común, como le esconden las de Proverbios bajo la palabra «Inteligencia». (Cada vez que hallamos la palabra «inteligencia» en Proverbios es al Hijo a quien señalan, tal como la palabra «Sabiduría» señala al Padre).

Oh, que sean alumbrados nuestros ojos para ver las infinitas riquezas de la sabiduría de Dios, que así ha escondido a su Hijo, bajo un ropaje común, para que los buscadores de tesoros puedan, buscándole, hallarle. Estas son las «*cosas que ojo no vio ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre*», las cuales «*Dios ha preparado para los que le aman*» (1ª Cor. 2:9). Bajo ese pálido rostro se esconde el mismísimo Hijo de Dios. Para encontrarle, el creyente, alumbrado por el Espíritu Santo, debe escudriñar con diligencia, abriéndose paso hasta el corazón mismo de las Escrituras.

Pero, ¿cuál y cómo es ese pedazo de tierra que tanto se ensalza y que recibe tantos elogios? Canaán es una tierra pequeña, y hasta despreciable para el ojo profano. No posee las grandes riquezas que podrían interesar a un alma ambiciosa. A lo más, su valor ha querido verse por su posición estratégica para las comunicaciones y el comercio, porque está ubicada en la confluencia de rutas importantes de Asia y África. Pero, sin duda, ese no es el valor de Canaán. Su importancia estratégica no es asunto que cuente en los libros celestiales. Cuando el Padre trazó anticipadamente la historia de este suelo sagrado debió tener en cuenta otras y mejores razones.

Hay allí en esa tierra, en esos pocos kilómetros cuadrados, una belleza muy superior a la que la mirada del hombre puede descubrir. Esa heterogénea reunión de climas y de paisajes, de flora y de fauna, de flores y frutos, de animales y aves, es tan significativa por su valor simbólico y espiritual, que necesita-

ríamos, para interpretarla, de mucho tiempo y de una mayor inspiración. No hay allí nombres ni costumbres que no tengan algo que decirnos o enseñarnos. Y de todo eso puede destilarse un valor espiritual si es que el destilador recibe la luz para hacerlo. Desde el monte Hermón con su cima nevada, por el norte, hasta el Mar Muerto en el extremo sur, todo nos habla de Cristo. Por eso, en el principio de su historia, el gran premio de Abraham fue recorrerla a lo largo y a lo ancho, para que su pie sintiera el palpitar de ese suelo que en la posteridad nos hablaría tanto.

De la misma manera, el bendito Hijo de Dios posee en su longitud, en su anchura, profundidad y altura tal abundancia que el alma sedienta puede hallar en él todo su sustento y delicia. Pero ¡ay!, es tan poco lo que nuestros ojos pueden todavía ver. Las páginas de las Escrituras contienen figuras y símbolos que le esconden y revelan. Sin embargo, ninguna de ellas, ni siquiera el conjunto, pueden revelar todo lo que él es. El tabernáculo, con su prodigiosa filigrana multicolor, es una hermosa alegoría de nuestro Señor; las mil figuras, personajes y hechos que puedan provechosamente estudiarse en el Antiguo y el Nuevo Testamento le hablarán hermosamente de él, pero no le dirán todo lo que es él. Tendríamos que reunir todo aquello y analizar separadamente y en su conjunto aspectos de infinita profundidad, incapaces de sondear por la mente humana, para vislumbrarle tan sólo un poco. Sólo el espíritu de sabiduría y revelación procedente de Dios puede hacer una obra tan maravillosa. Por eso, nos inclinamos ante él para recibir la gracia necesaria a fin de tocar siquiera un extremo de su vestidura, y descorrer un poco el velo que le esconde en esta maravillosa alegoría de Canaán.

Una mirada panorámica

Canaán posee una rica variedad topográfica, con ríos y lagos; cordilleras y montes; valles y desiertos; es decir, hay en él todo lo que el hombre necesita para vivir bienamente y con

solaz. Ubicado en el extremo occidental de la «fértil mediana», es una franja de tierra de unos trescientos kilómetros de longitud por unos cuarenta kilómetros de ancho en el norte y ochenta en el sur.

Sustenta este territorio, a manera de columna vertebral, un cordón cordillerano central que va desde las faldas del Líbano hasta el desierto de Arabia. Este cordón está jalonado de montes con larga y riquísima historia, como el Tabor, el Gilboa, Ebal, Gerizim, Sion, Moriah y Hebrón. Todas las ciudades más importantes de Israel se han ubicado históricamente a lo largo de esta cadena montañosa, como Samaria, Siquem, Bet-el, Jerusalén y Hebrón misma.

El Tabor, alto y majestuoso, cerca de Nazaret, cubierto de tupida vegetación, fue escenario de gestas heroicas como la victoria de Débora y Barac sobre Sísara. Un poco más al sur está el monte Gilboa, tumba de Saúl y su hijo Jonatán, el amado de David. Rodeando la ciudad de Siquem, está el Ebal y Gerizim, montes hermanos, testigos de aquella solemne lectura de la ley en días de Josué. La vista desde el monte Ebal es espléndida; desde allí se puede ver el Mediterráneo y todos los demás montes y valles: el valle de Sarón al occidente, el valle del Jordán al oriente y los montes más lejanos de Basán y Galaad. Siguiendo este recorrido, más al sur están los montes de Sion y Moriah, sobre los cuales fue edificada Jerusalén, la ciudad del gran Rey. ¿Habrán palabras suficientes para encarcelarlos? El uno, donde se ubicaba la ciudad inexpugnable de los jebuseos, capturado por David, el valiente; el otro, de simbólico recuerdo, convertido en altar para el sacrificio de Isaac. Muy cerca de allí está el Calvario, de eterno recuerdo, altar para el sacrificio más cruento, el de aquel Cordero de Dios que quitó para siempre nuestros pecados. Casi en el extremo sur está el monte Hebrón, preferido de los patriarcas, reclamado por Caleb, convertido en venerado sepulcro, y donde David fue aclamado rey. Sobre ese monte descendió Dios para comer con Abraham su amigo.

Pero al margen de esta gruesa cadena de macizos ubicada en el centro del territorio, hay todavía dos montes significativos que no pueden dejar de mencionarse. El más imponente de todos, ubicado en el extremo nororiental, es el monte Hermón, con sus picachos siempre nevados, a manera de solemne cabeza encanecida, y poco más al sur, junto al Mediterráneo está el otro: el monte Carmelo.

El Hermón, también llamado Sirión y Senir, oxigena todo Canaán con sus frescas brisas, con el rocío que «desciende sobre los montes de Sion», y las fuentes de aguas que surgen de sus cumbres. El Carmelo («jardín de fruta»), llamado «el monte de Dios», luce siempre verde debido a los densos rocíos que lo envuelven. En tiempo de flores, se viste de multitud de colores. El profeta hablará, no sin razón, de «*la hermosa del Carmelo*» (Is. 35:2). El poeta sagrado dirá a la amada: «*Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo*» (Cant. 7:5). Allí solía refugiarse Elías para orar; allí tuvo su contienda con los profetas de Baal. Allí se manifestaba la gloria de Dios.

Todos estos montes albergan ricos tesoros («cuyas piedras son hierro, y de cuyos montes sacarás cobre»), fuentes de aguas que surgen en todo lugar, la más rica vegetación, y una exuberante y variada efusión de vida animal. Sus arbustos y árboles tienen todos ricos frutos, que de suyo hace producir la tierra. ¡Maravilla de bendición de Dios!

¿Qué nos sugieren todas estas montañas y montes sino las fortalezas de Cristo, su poder para sustentar todo su Cuerpo – todos quienes han arrimado su alma cansada al cobijo de sus poderosos brazos? Al igual que las ciudades diseminadas sobre esos montes, se levanta hoy, fundada sobre la Roca, la ciudad de Dios, cuya luz es para testimonio a todas las naciones, e inaccesible para la acción de nuestros enemigos. ¿Qué nos sugieren los ricos tesoros escondidos en esos montes sino los «tesoros de la sabiduría y de la inteligencia» que están escondidos en Cristo?

Pero hay más. Un poco al oriente del cordón cordillerano

central, y casi paralelo a él, hay una profunda depresión por donde corren los principales recursos hidrográficos de Canaán. A lo largo de toda la tierra serpentea el río Jordán, que nace de cuatro corrientes a los pies del Hermón y corre hasta el Mar Muerto en el extremo sur, ubicado a cuatrocientos metros bajo el nivel del mar. Alimentado por diversos afluentes, tanto de oriente como de occidente, el río Jordán atraviesa el pequeño lago Merom, y unos veinticuatro kilómetros más abajo el lago de Galilea (cuyo contorno semeja un arpa), para precipitarse al fin en el Mar Muerto. Todo el entorno del río es de lo más fértil y hermoso, todo tapizado de permanente verde.

¿De qué nos habla el Jordán? El Jordán nos habla de sanidad y de limpieza. Allí se sumergió siete veces Naamán el sirio; allí se bautizaron miles de penitentes arrepentidos en los días de Juan; sus aguas, normalmente barrosas, se llevaron las enfermedades y los pecados para arrojarlos en el Mar Muerto. Allí murieron y fueron sepultados para siempre, porque en esta alegoría que es Canaán, la obra de Cristo luce en toda su perfección y hermosura.

No podría haber figura más significativa que este espeso Mar Muerto, también conocido como Mar Salado. Cada día entran a él millones de toneladas de aguas oscuras procedentes del río Jordán, pero no sale ni un litro de él, excepto por la evaporación. Densísimo por su alta salinidad, es como un sumidero de todo lo inmundo de nuestra alma vieja. Posiblemente en su fondo están las malignas ciudades de Sodoma y Gomorra, sepultadas para siempre en las negruras espantosas del justo juicio de Dios. ¡Oh, Mar Muerto, tan muerto como quedó nuestro pasado, y nuestros pecados, sepultados para siempre en el eterno olvido! ¡Qué reconfortante para el alma es saber que hay también en Cristo, en virtud de su preciosa sangre, un lugar de eterno olvido!

Pero no podemos dejar de volver al norte para referirnos al lago de Galilea, también conocido como el mar de Tiberias o lago de Genesaret. Alimentado y, a la vez, desahogado por el

río Jordán en su curso hacia el sur, sus aguas son claras y limpias y abundan en ellas una gran variedad de peces. Mirado desde el monte Tabor, se puede ver siempre hermosamente rodeado de mucha vegetación, que contrasta con el azul de sus aguas. («Un zafiro en un engaste de esmeralda»). En sus contornos ocurrieron muchos hechos gloriosos, pero lo que mejor sabe mostrarnos son las pisadas del Maestro, que anduvo por allí sanando enfermos, y anunciando las buenas nuevas de salvación a los pobres. ¡Tierra de Galilea, despreciada en los círculos de la gran metrópoli, levantada a la mayor honra!

Tierra de pescadores, de hombres sin letras y del vulgo, que oyó las palabras cálidas del Carpintero galileo, tan modesto como ella misma. Galilea, en Canaán, es la sencillez de Cristo, la pobreza digna, la austera metáfora de Aquel que quiso ser conocido «como raíz de tierra seca».

Pero nos queda por descubrir más aún de esta tierra hermosa. Punto de especial belleza son sus valles y llanuras. Primeramente, el valle del Jordán, el más hondo del mundo, que sigue el mismo curso del río. Su parte más ancha es conocida como «el valle de Jericó», con una vasta proliferación de vida silvestre. También están el valle de Jezreel, en Samaria; el de Meguido; el de Sarón; el de Siquem, el de Ajalón —donde se detuvo la luna— el del Cedrón —cerca de Jerusalén—, el de Josafat, y el de Escol —pródigo en vides.

¡Maravillosos valles, con sus tapices verdes, sus frutales dulcísimos, sus árboles centenarios! Está en ellos la *acacia*, de fina madera y resistente, el *álamo* encumbrado de hojas susurrantes, la *palmera* de estilizada figura, graciosa y elegante, el *almendro*, que era el primero en florecer después del invierno y teñir de blanco rosáceo los valles, la *encina*, de altura solemne y sombra generosa, de fruto suave y hoja curativa, el *granado*, de baja estatura, cuyas flores y frutos rojos nos hablan de la sangre preciosa del Hijo de Dios, las altas *hayas* del Hermón para las embarcaciones, la madera olorosa, el manzano som-

breador, de dulce fruto, y la morera de fruto rojo sangre.

Todo eso es Cristo, y la abundancia de sus hermosos frutos. Todo Cristo es un valle pródigo y fecundo. No hay necesidad que no pueda ser saciada por él. No hay hambre ni sed que exceda sus infinitos recursos.

Intentar describir hoy más detalladamente lo que fue Canaán en tiempos de Josué es una tarea imposible, tanto como descubrir las inmarcesibles bellezas de Cristo. Al menos, sírvanos esta semblanza para despertar más y más fervientes anhelos de su Persona; para que deseándole más, seamos saciados por él, y le amemos más.

Principios para la toma de posesión

Un examen cuidadoso del libro de Josué nos permite extraer los principios que siguió la toma de posesión de la tierra por parte de Israel. Esto es de suma importancia para nosotros hoy, por dos razones: una, porque la salida de Israel de Egipto no concluye con el paso del río Jordán —ni siquiera con la caída de Jericó— sino con la toma de posesión y disfrute de la herencia. Y dos, porque muchas veces hemos oído que la toma de Canaán es obra de valientes e intrépidos, de gigantes espirituales, aventajados en lides, antes los cuales nosotros parecemos verdaderos alfeñiques.

¿Es que sólo los grandes hombres son los que obtendrán la plenitud de Cristo? ¿Es que no hay esperanza para los pequeños? Ay, esta sola idea nos hace estremecer, por cuanto la gracia es mayor. La gracia de Dios no nos dejará burlados, porque sabemos a quien hemos creído.

Hay mucho más de la gracia de Dios que nos queda por conocer. Hay mucho más a nuestra disposición por la fe

que lo que vanamente hemos tratado de lograr con nuestras fuerzas. Hay mucho más para nosotros que lo que los legalistas, amparados en sus justicias, nos quieren otorgar. Hay más Cristo para los desechados, los endeudados y pusilánimes. Hay mucho más en Canaán, y Canaán está al alcance de nuestra mano. Si la salida de Egipto hubiese concluido en el Jordán o en Jericó, la carrera cristiana hubiese terminado con la sola vislumbre de Cristo como nuestro reposo (Heb. 4:10), o con la visión de Cristo como nuestra circuncisión (Col. 2:11). Pero no es así. Hay mucho más. Por otro lado, si la voluntad de Dios hubiese sido que unos pocos héroes tomaran su herencia, Dios no hubiera esperado por todo el pueblo. Hubiera bastado con tener unos pocos Josué y otros pocos Caleb.

¿Qué significa entrar en Canaán? Hay diversas interpretaciones acerca de lo que significa. Hay quienes piensan que Canaán es el cielo, al que llegaremos después de la muerte; por tanto, Canaán no puede ser disfrutado hoy. Hay quienes piensan que Canaán es una segunda bendición de Dios, una llenura o bautismo en el Espíritu Santo. Hay quienes también piensan que Canaán es la herencia de Dios, compuesta de riquezas y bendiciones derivadas de Cristo. Como alguien ha dicho: «Todo lo de Cristo es mío en la conversión, pero poseo solamente lo que demando por la fe». Según esta interpretación, Canaán es todo aquello que pertenece a Cristo, y que yo puedo tomar si es que tengo fe.

Sin embargo, hemos de ver que Canaán es Cristo, y sólo Cristo. No es una dicha futura en el cielo de Dios, porque si así fuera, el autor de Hebreos no nos llamaría a entrar hoy en el reposo de Cristo. No es meramente una segunda bendición, aunque la llenura del Espíritu Santo es una parte y consecuencia de tener la plenitud de Cristo. Tampoco pueden ser las bendiciones de Cristo, porque Dios no quiere «arreglar» nuestra vieja naturaleza con meros remiendos de la creación nueva. No son las bendiciones que vienen con Cristo –

como entes complementarios, derivados de él pero separados de él a fin de cuentas. Es Cristo; no sus dones, sino Cristo; no sus riquezas, sino Cristo, disponible enteramente para nosotros hoy.

Cristo ha de ser conocido a cabalidad, porque cada aspecto de su bendita Persona y de su magnífica obra descubre ante nosotros unas riquezas inmarcesibles que nos pertenecen y, que, por tanto, no podemos desechar. Cristo es el tesoro más grande digno de ser tomado y apropiado, el cual esconde, a su vez, todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. (Col. 2:3).

El conocimiento de este tesoro es siempre posible de aumentar. Si bien conocemos relativamente a Cristo (¡gloria a Dios por ello!), hay más de Cristo que debemos conocer. Pablo decía: «*A fin de conocerle, y el poder de su resurrección*» (Fil. 3:10). Pablo ya le conocía, pero anhelaba conocerle aún, y el poder de su resurrección. ¿Que si le conocía Pablo? ¿Quién podría dudarle? Pero es asombrosa su hambre por conocerle más. Todo lo que tenía lo consideraba como pérdida, porque al ponerlo junto a Cristo era como nada. Pablo también oraba para que los efesios llegasen a conocer un aspecto de Cristo – su amor– en toda su real dimensión (Efesios 3:17-19); y oraba por los filipenses, para que llegaran a conocer a Cristo más y más. (Fil. 1:9).

Triste cosa es que los hijos de Dios presuman conocer a Cristo cuando apenas le han conocido como Salvador, tan sólo el comienzo de la revelación de Dios acerca de su Hijo. Dios desea que le conozcamos en sus muchas y preciosas facetas, en sus variadas gracias y excelencias, y para eso el pueblo de Dios tiene que extenderse más allá, pidiendo al Señor que ensanche su corazón y aclare su visión espiritual.

El relato inspirado de la toma de posesión de Canaán por parte de Israel nos permite deducir cuáles son los principios que operan para que podamos llegar nosotros a disfrutar a Cristo, y cuáles son los peligros que hemos de evitar.

No conquista, sino toma de posesión

Lo primero que hemos de ver es que *Israel no conquistó la tierra, sino que la tomó en posesión, porque era su herencia*. En el libro de Josué no hallamos ni una sola vez el uso de la palabra «conquista» o «conquistar» para referirse a este hecho; en cambio, hallamos 47 veces la palabra herencia o heredad, y muchas veces las expresiones «repartir en heredad» (13:32;19:49); «recibir su heredad» (13:8;16:4;18:7); «tomar por heredad» (14:1), y otras afines.

En el principio del libro, Dios le ordena a Josué diciendo: «*Tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra ...*» (Jos. 1:6); y más adelante, en 11:23 ya está la tarea cumplida: «*Y la entregó Josué a los israelitas por herencia conforme a su distribución ...*». Incluso la acción de Caleb, que se suele citar como heroica, no es tal, porque de él se dice: «*Josué ... dio a Caleb hijo de Jefone a Hebrón por heredad*» (14:13); No es por la fuerza del brazo de Caleb que tomó su heredad, sino porque Dios, en gracia, se la había concedido.

La palabra «conquistar» significa: «Adquirir a fuerza de armas», es decir, lograr, obtener. Todo esto implica el uso de la maña y el empuje del hombre. En las Escrituras la acción de «conquistar» o sus derivados se usa sólo para referirse a los gentiles, así por ejemplo, a Etiopía («gente fuerte y conquistadora», Is. 18:2); a Ben-adad, rey de Siria (1 Reyes 15:20); a Senaquerib, rey de Asiria (2 Crón. 32:1); a los enemigos de Israel (Jer. 8:10); a los babilonios con respecto a Jerusalén (Ez. 33:21); ¡pero nunca para referirse al pueblo de Israel en la toma de posesión de Canaán! ¹

¡Aleluya a nuestro bendito Dios, Salvador de los hombres que se acercan a él con corazón sincero, de los hombres comunes que tiemblan a su palabra! Desvanézcense los méritos personales de los hombres vanagloriosos, a la luz de sus ma-

¹ La sola excepción en el uso de esta palabra está en el Nuevo Testamento, en Hebreos 11:33, pero no está referida a la toma de Canaán.

ravillosas obras. ¿Quién se comparará a él? ¿Quién le ayudó, para que sea también digno de alabanza? Por eso, cantaremos con el salmista la canción más hermosa a nuestro bendito Dios:

*«Generación a generación celebrará **tus obras**,
y anunciará **tus poderosos hechos**.
En la hermosura de la gloria de **tu magnificencia**,
Y en **tus hechos maravillosos** meditaré.
Del poder de **tus hechos estupendos** hablarán los hombres,
Y yo publicaré tu grandeza,
Proclamarán la memoria de **tu inmensa bondad**,
Y cantarán **tu justicia**»* (Salmo 145:4-7).

Así que nadie desfallezca pensando que la plenitud de Cristo es un 'logro' que sólo unos pocos pueden alcanzar. No siga usted, estimado lector, lamentando más cuán lejos está de su alcance, porque la verdad es que está muy cerca, en su boca y en su corazón. Cristo nos es dado gratuitamente, no por la fuerza de nuestro brazo, o en respuesta a nuestros méritos, sino por gracia, y sólo por gracia. Recibimos así la salvación y también a Cristo mismo.

El evangelio, que es por fe, dice: *«De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él»* (Col. 2:6). Hay la tendencia a ayudarle a Cristo luego que le hemos recibido por fe. Como si el evangelio consistiese en que Dios nos salva cuando estábamos muertos, pero luego que nos salva nos deja a merced de nuestras fuerzas para que nos arreglemos como podamos. No es así. El evangelio es, de principio a fin, por fe, por gracia, y por el Espíritu. *«Porque por fe andamos»*, y no hay otro principio válido, a menos que nos salgamos del espíritu del evangelio y adoptemos otro evangelio diferente. Las Escrituras así lo confirman cuando dicen: *«Mas por él (Dios) estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención»* (1ª Cor. 1:30). *«Y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe»* (Ef. 2:8b-9).

Dios va adelante

Un segundo principio es que *Dios va adelante preparando el camino y su pueblo va detrás, recogiendo lo que Dios ya ha hecho*. Dios pone temor en los enemigos de Israel, y lo hace saber al pueblo, para que reciba aliento, y avance a la victoria. Dios conoce nuestras debilidades, y nuestras flaquezas, y él nos prepara el camino, para que no desmaye nuestro corazón.

Muchos han interpretado los continuos llamados a esforzarse y ser valiente que Dios le hace a Josué (en el primer capítulo) como una condición ‘sine qua non’ para todo aquel que quiera alcanzar la victoria. Pero, para entender bien esas palabras, debemos recordar que Josué era un hombre muy tímido, y que había pasado cuarenta años a la sombra de Moisés, obedeciendo sus instrucciones. Ahora, muerto Moisés, debería asumir un liderazgo para el cual evidentemente no se consideraba preparado. A un hombre así, Dios tiene que alentar una y otra vez.

Dios estuvo preparando el camino constantemente a su pueblo, para que no desmayase. Cuando los espías fueron donde Rahab, recibieron un informe muy alentador: los habitantes de Jericó se habían llenado de pánico y temor cuando supieron que Israel se acercaba a ellos (Jos. 2:10-11); por tanto, lo que esos espías transmitieron después al pueblo produjo el mismo efecto alentador: *«Y dijeron a Josué: Jehová ha entregado toda la tierra en nuestras manos; y también todos los moradores del país desmayan delante de nosotros»* (2:24).

Cuando es el tiempo de Dios, es preciso actuar; así que él hace todo lo necesario para que su pueblo venga más atrás y realice la obra. Por eso es importante moverse en la voluntad de Dios y en su tiempo. Él mismo se encarga de todo. Aunque su pueblo sea débil y flaquee, él lo sostiene y lo saca a victoria.

Este episodio de Rahab es similar a lo que ocurriría varios años después con Gedeón, en vísperas del ataque a los

madianitas. Gedeón también era tímido, y cuando Dios vio que temía a causa del poderoso ejército que debería enfrentar, lo invitó a bajar al campamento enemigo para que oyera de sus propios labios la victoria que había decretado para él (Jueces 7:9-15).

Esto nos muestra la delicadeza de nuestro Dios, al atender a la debilidad de su pueblo. En ambos casos –Gedeón contra Madián y Josué contra Jericó– la victoria no se basó en modo alguno en el poder de las armas (que eran irrisorias), sino en el poder de Dios.

Siendo así, Josué e Israel no tuvieron que enfrentar un ejército temible, de poderosos gigantes, sino un enemigo atemorizado, más dispuesto a huir que a atacar. Los enemigos que vieron los espías que envió Josué eran absolutamente diferentes a los poderosos enemigos que vieron los diez espías incrédulos enviados por Moisés cuarenta años antes (Nm. 13:32-33). ¡Dios mismo se encargó de transformarlos!

Gilgal como centro de operaciones

Una tercera cosa a considerar es que el centro de operaciones fue Gilgal, representación *de la circuncisión de Cristo, por la cual el viejo hombre es despojado de su dominio*.

En Gilgal se efectuó la circuncisión del pueblo, un hecho espiritualmente decisivo a la hora de tomar la tierra. La circuncisión es, para nosotros, el despojamiento del viejo hombre, del cuerpo pecaminoso carnal (Col. 2:11). Esta no es una meta a la que debemos aspirar, sino que es una obra ya realizada, y que es recibida por fe. Como consecuencia de la circuncisión, los hombres quedaban postrados por algunos días, en una extrema debilidad y dolor. Así ocurre también con el cristiano: el despojamiento del yo, esto es, la pérdida de la confianza en sí mismo o la comprobación de la inutilidad de la carne para agradar a Dios, produce un dolor muy profundo.

Es significativo que Dios instruye a Israel para que instale su campamento en Gilgal. Desde allí el pueblo saldría para

vencer, y volvería para acampar. En todo este tiempo de toma de posesión, Israel acampó en Gilgal. El principio de Gilgal es el desechamiento de la carne para vivir en un régimen nuevo, el del Espíritu. No hay toma de posesión de la Buena Tierra sin Gilgal; en Dios, no hay victorias para la carne. Aquí no sirven los recursos del hombre. Nada de Adán –la antigua creación– sirve ni en lo individual como creyente ni en lo colectivo como casa de Dios, por bueno y loable que parezca. Sólo lo que es de Cristo, sólo lo que procede de Dios en Cristo nos da la victoria.

8

Tomando posesión de la Tierra

«Yo os he entregado ... todo lugar que pisare la planta de vuestro pie» (Jos.1:3).

La clave de la toma de posesión está en *pisar*. Y pisar implica poner el pie sobre la tierra, caminar, avanzar; un poco hoy, otro poco mañana.

Esta es una cosa muy sencilla y fácil de entender. Los sacerdotes habían pisado el borde de las aguas del Jordán, y éstas se habían detenido. Ahora, bastaba que Israel pisara la tierra, y ya era suya. Los enemigos retrocederían, igual que el río.

La clave de la toma de posesión es caminar por la tierra. Lo mismo que Dios había dicho cuatrocientos años atrás que hiciera Abraham, debía hacer ahora Israel. La caminata de Abraham fue de reconocimiento; la de Israel ahora era de posesión. Dar un paso equivalía a poseer un metro de tierra. ¿En qué consistía el mérito de Israel, si pudiese llamarse mérito a eso? En caminar. Uno que se quedase sentado no poseería

nada. Debería caminar ¡Qué terrible precio pagó Israel para «conquistar» la tierra!

Esto es muy parecido a la salvación, por lo sencillo y fácil. Cuando se predica la salvación a un incrédulo, lo primero que suele decir es ¿cómo puede ser tan fácil? Así es con los incrédulos, y también es con los cristianos que nunca han experimentado más de Cristo. Para los cristianos, creer esta buena noticia acerca de la posesión plena de Cristo es casi tan difícil de creer como lo es para los impíos creer el evangelio. Estamos tan habituados a las demandas, que la mucha gracia nos parece hasta peligrosa. Los peligros del libertinaje se asoman por las mentes suspicaces, y pone un aviso de alerta que inhibe la fe, y hace nula la gracia. Es preferible, se piensa, equilibrar la gracia, aunque eso suponga mezclarla con la ley; así nos aseguramos y tenemos al pueblo bajo amenaza constante, como con una espada pendiendo sobre la cabeza.

Explorando en las Escrituras

Caminar por la buena tierra consiste, primeramente, en recorrer las páginas de las Escrituras, buscando en ellas lo que de él dicen, lo que él ha hecho por nosotros, lo que él nos ha dicho. Es una labor de exploración apasionante y acuciosa, en que todos nuestros sentidos espirituales están alertas al hallazgo de algún tesoro en cualquier momento, en cualquier rincón de las Escrituras. Cristo se nos ofrece en cada pliegue de la topografía santa; su gracia está disponible en toda la vastedad del universo escritural. Si no recibimos más es porque no buscamos, o porque al recibir un destello de luz divina, la menospreciamos. Si fuera un gramo de oro correríamos tal vez a guardarlo, pero como es un oro que sólo brilla a los ojos del entendimiento, lo dejamos expuesto a los olvidos de nuestra frágil memoria. ¡Oh la bienaventuranza de hallar los tesoros de la sabiduría y del conocimiento que están escondidos en Cristo! ¡Oh maravilla de la gracia que se derrama como la miel a nuestra boca, o como el óleo santo sobre nuestra cabeza!

Hallaremos un destello aquí, con el tornasolado violeta de su realeza, poco más allá otro con iridiscentes destellos granates de su sacrificio cruento; más tarde hallaremos en otro rincón del precioso libro un acento dorado de su divinidad, después uno gris plateado de la redención; y así, día tras día, iremos tocando todos los demás colores del arco iris, con tal profusión y gusto cual ninguna paleta de artista jamás pintó. Entonces, al ver a Cristo así derramado sobre nuestro escritorio en mil metáforas, mil formas y colores, con mil significados que el alma aprehende con creciente emoción, comprobamos su ilimitada grandeza, su gracia infinita, su magnanimidad desbordante que nos permite verlo tan hermoso y perfecto.

Al hacer así, no menospreciaremos ninguna línea, por escondida que esté, ni capítulo por innecesario que parezca. Saborearemos cada palabra y cada acepción de ella. Cada enigma desafiará nuestros sentidos. Buscaremos más allá de la preciosa traducción que utilizamos, y hallaremos que en cada versión de las Escrituras se nos abre un universo de sentidos jamás conocidos.

No será ésta la afanosa exploración del erudito que busca en el mínimo detalle de la glosa o de la genealogía un trofeo para exhibir en la ponencia pedantesca. No; será la sentida constatación de que Dios ha tenido una vez más misericordia en revelarnos sus misterios – que ni siquiera son para nosotros, sino para que los santos sean edificados, para que sean consolados y animados, y para que quede de manifiesto a toda conciencia espiritual que el agrado de Dios es esconder estas cosas de los sabios y de los entendidos y revelarlas a los niños.

No es tampoco la lectura de la Biblia como un deber hostigoso y asfixiante, sino como un suave deleite, porque me habla de él, me sumerge en el conocimiento de él y ensancha mi corazón ante su grandeza.

Al leer Josué 1:8 llama la atención que se exhorte a Josué a

tener cerca de sí la Palabra de Dios, para meditar en ella y obedecerla. Ella será la única arma en la empresa que acomete. En ella hallará la guía permanente, el consuelo y la fe que necesita para el caminar diario. Sus palabras deberán convertirse en el alimento cotidiano y en su misma forma de pensar y hablar. Fácil es, sin embargo, transformar este dulce mandamiento en ley fría y esclavizante. Es fácil caer en la rigidez de la letra, en el conocimiento libresco, que en vez de edificar, mata.

Si el estudio de la Escritura no nos lleva a Cristo, sus sabios consejos y atinadas admoniciones se transformarán en letra muerta, en conocimiento orgulloso. Por eso el apóstol instruye a su joven discípulo con palabras impregnadas de temor: «...*que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio...*» (2 Tim. 3:15). No es que el solo conocimiento de las Escrituras le haga sabio, ellas *le pueden* hacer sabio. Y este condicional está apuntando al estado del corazón del que las lee, y a la actitud con que se las estudia. Alguien puede citarlas muy diestramente, sin haber conocido jamás a Aquel de quien ellas hablan tan generosamente. ¡Ay, qué solemne advertencia para nuestro corazón vanidoso, inclinado a pensar que todo conocimiento es fruto de nuestros esfuerzos y de que todo conocimiento nos ayudará a bien! El deseo de saber está enquistado en nuestra alma, y es ese mismo fatal deseo el que nos llevó a la caída. ¿No habremos de temer, y acudir a las páginas sagradas con santa piedad para no extraviarnos en las arenas movedizas de nuestra presunción religiosa?

Pero, gracias a Dios, hemos comprobado también – no sólo una vez, sino muchas– cómo el conocimiento espiritual de las Escrituras puede convertir un alma tosca e inculta en un baúl de hermosos tesoros, no importando su sexo, ni su edad, ni su condición social. Al desplegársenos ante nuestros ojos la divina gracia nos hemos quedado atónitos, con nuestro corazón ardiendo y con unos vehementes deseos de adorar al Dios de

nuestra salvación, que así enriquece a los pobres, hartándolos de bienes perdurables. ¡Concedáanos siempre el Señor la inefable gracia de recibir sus palabras con un corazón tembloroso, para que nunca se extravíe de la verdad, ni se infatúe!

Sentido de disponibilidad

Alguien sabiamente ha dicho que lo que Dios necesita es sólo un corazón disponible para llenarlo de toda su bendición. Dios, el gran Dador, quiere dar a todos su Don inefable; el problema es que el hombre no está disponible. Otro ha dicho también que los más grandes hombres de Dios han sido los más grandes receptores. Esto es verdad y es oportuno acentuarlo. No es por cuánto tú tienes que Dios te puede usar, sino por cuánto estás dispuesto a recibir.

El libro de Josué, y la figura de los vencedores que supuestamente ‘conquistan’ la tierra de Canaán, suele ser una oportunidad propicia para que los grandes predicadores circunscriban el radio de esta bienaventuranza a unos pocos iluminados, férreos orantes y ayunadores maratónicos. Los demás pueden irse despidiendo de Canaán, porque ellos son débiles, tímidos y pusilánimes. Unos verdaderos fracasos.

Sin embargo, en Josué podemos ver la suficiencia de Dios para suplir de gracia a los débiles. Josué no nos impresiona por alguna característica que pudiéramos llamar ejemplar. Al lado de Moisés se ve muy pequeño. Su iniciativa de enviar espías nos habla de su poca seguridad. Su reacción después de la derrota de Hai nos parece lamentable. El hecho de que el Señor deba instarlo tantas veces a ser valiente, nos habla claramente de su carácter irresoluto y apocado. Sin embargo, ¡gloria al Señor!, eso no fue un obstáculo para Dios. Tal vez sea por eso que a cada paso de la toma de posesión se va repitiendo como un estribillo para no olvidar: «Porque Jehová peleaba por Israel», «Jehová los llenó de consternación delante de Israel», etc., y el mismo Josué tiene que reconocer hidalgamente al final de sus días: «*Y vosotros habéis visto todo lo que*

Jehová vuestro Dios ha hecho con todas estas naciones por vuestra causa; porque Jehová vuestro Dios es quien ha peleado por vosotros». (23:3).

Lo único que Dios necesita son corazones disponibles. No necesita héroes, sino hombres comunes y corrientes en quienes derramar las abundantes riquezas de su gracia. El problema del hombre es que no está disponible. No sólo los gerentes de las grandes empresas no están disponibles para el hombre común que se acerca a ellos: los cristianos tampoco lo están para Dios. Durante sus períodos de trabajo, es porque están trabajando; en los de descanso, es porque están descansando. Es legítimo –dicen– trabajar; y luego, estando agotados, descansar. Nadie le niega legitimidad a todo eso. El punto es que no hay disponibilidad para Dios.

Cierta vez visité a un amigo cristiano, y me sorprendió su notorio avance espiritual que había tenido en los últimos meses. Los temores de ayer habían dado paso a una robusta y saludable fe. Estuve bastante rato con la incógnita acerca de cómo se había producido este fenómeno, hasta que hizo un comentario que me aclaró el asunto: Había estado malo su trabajo, y había tenido muchos ratos de ocio, así que se había dispuesto delante de Dios para leer las Escrituras.

Él había estado disponible para Dios, y Dios había hecho un hermoso trabajo en su corazón. Necesitamos más ocio dedicado a Dios, para que él deje en nuestro corazón sus huellas, su manera de pensar, su manera de sentir, y para que el proceso de transformación a la imagen de Cristo se vaya produciendo.

Por supuesto, cuando hablamos de sentido de disponibilidad no nos referimos sólo a tener *tiempo* para estar delante de Dios, sino a tener el corazón disponible. No necesariamente son una misma cosa, aunque están interrelacionadas. Pero el corazón disponible es una cosa de la cual tampoco podemos presumir, porque «engañoso es el corazón más que todas las cosas». La obra de Dios que puede llevar adelante nuestro corazón comienza con una obra de Dios en nuestro corazón.

Él es quien produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Todo trabajo de Dios en nosotros comienza con un «Atráeme, y en pos de ti correremos». No soy yo el que me uno a Dios, sino apenas el que clama por ser unido a él. El corazón del hombre es demasiado autónomo e individualista como para reconocer su necesidad y buscar auxilio. Pero, con un clamor así, Dios no dejará al creyente frustrado, y vendrá en su socorro. Y entonces se producirá la disponibilidad tan necesaria para que Dios deje su impronta en el creyente. Sin disponibilidad, no hay obra espiritual perdurable.

Un profesor de piano dirá al padre del niño aprendiz: «Démelo por el tiempo que yo lo requiera y haré de él el pianista que usted desea tener». El Director de una Escuela de Policía dirá al padre del joven postulante: «Deje aquí a su hijo por cuatro años, y se lo devolveré convertido en un policía que sea útil a la nación». Ninguno de ellos –ni el niño ni el joven– podrán llegar a ser lo que se espera de ellos si no se ofrecen por todo el tiempo necesario para que la mano del maestro los modele. Así que, cambiemos nuestra manera de pensar. No pensemos que Dios tiene una serie de demandas imposibles de cumplir para cristianos como nosotros. No es nuestra contribución –que sólo servirá para empeorar las cosas–, sino nuestra disponibilidad lo que él requiere.

Como hemos dicho, no es la lectura de la Biblia como un ejercicio pedante sino como una exploración cuidadosa, lo que permitirá que Dios me descubra a su Hijo amado; no es la oración como un sistema de obras lo que me puede permitir alcanzar el agrado de Dios y el otorgamiento de sus dones, sino la espera confiada delante de él y la contemplación gozosa del Don perfecto de Dios, único objeto de toda relación entre Dios y el hombre. No es tampoco el ayuno como un ‘forcejeo’ con Dios, en que mis sentidos físicos son lacerados hasta el sacrificio para lograr obtener algo de Dios, sino el olvido espontáneo de todo aquello que me distrae de su comunión íntima. ¿No pagó él el precio por todo lo que yo tengo

hoy? ¿No es la gracia de Dios lo que me enriquece? ¿No es por sus méritos que todo lo poseo? ¡Oh, la gloria sea para siempre al Señor Jesucristo, verdadero Dios-hombre, Don perfecto dado enteramente *por* nosotros y *a* nosotros!

Una vieja estrategia de Satanás

Satanás suele usar las mismas viejas tretas con apenas algún retoque nuevo en cada generación, y, lo peor es que, aun siendo tan conocidas, le dan abundantes resultados. Una de ellas es ‘la estrategia de Faraón’.

Cuando Moisés pidió permiso a Faraón para ir al desierto a adorar a Dios, él endureció su corazón, y estimó que ese despertar espiritual entre el pueblo se había producido por su ociosidad, así que ordenó que se le diese más trabajo.

La estrategia de Faraón consiste simplemente en acallar las aspiraciones espirituales cargando al pueblo esclavo con más y más trabajo. Hoy en día, una buena parte del pueblo de Dios está oprimido bajo el yugo de Faraón. Satanás tiene muy bien implantado en el mundo un sistema económico y una máquina publicitaria que le da óptimos resultados. Las condiciones de la vida actual favorecen la esclavitud del trabajo, y en ella son atrapados también los cristianos. Nadie en el mundo se considera dichoso si no posee ciertas cosas –en realidad varias cosas–, y los cristianos, sin percibir la diferencia radical que hay entre ellos y el mundo, miran el ejemplo y lo copian, para su mal. Así tenemos una generación de cristianos ‘trabajólicos’, que, si son exitosos, se han vuelto materialistas, y si no, se han convertido en personas amargadas por no poder lograrlo. Satanás no quiere que el pueblo de Dios salga de la esclavitud para hallar su todo en Cristo. No le molesta que éste posea una fe pasiva y sumisa, pero resiste absolutamente la idea de un pueblo que sale para hallar su plenitud de vida en Cristo.

Parece mentira que una estrategia tan vieja y conocida, le esté dando a Satanás tan buenos resultados. Y parece mentira

que esta estrategia no sea advertida, desenmascarada y vencida por los cristianos. ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros!

Un cambio de perspectiva

Hoy Dios nos está invitando, no para que traigamos nuestros méritos e intentamos comprar una porción más de Cristo. Dios nos invita a que apartemos el tiempo y vengamos a él a recibir de la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Al principio de nuestra carrera, vinimos a la fe cansados, y el Señor nos hizo descansar. Pero tal vez hoy estemos cansados de nuevo por haber estado tratando de cumplir la ley. Sin darnos ni cuenta, nos hemos deslizado de la fe a las obras.

Tiene que haber un cambio de perspectiva. Tenemos que venir al Señor con nuestras manos vacías. Lo que tenemos en ellas –nuestras obras, nuestra justicia, nuestros métodos– soltémolos; jamás nos darán la victoria. Podremos luchar cincuenta, setenta, o cien años, y todo será inútil.

Vengamos al Señor diciendo: «Dios nuestro, no sólo quiero a Cristo como mi Salvador, sino también como mi herencia y mi plenitud. Abre mis ojos para ver que Su obra fue consumada en la cruz, que no sólo fui reconciliado contigo en la cruz, sino que ahora, estando reconciliado, soy salvo por Su vida. Quiero la vida superior, no la vida mía que es tan frágil. Quiero esa vida abundante que es Cristo, mi Señor. Amén».

Entrando en el reposo

Cuando leemos atentamente Hebreos capítulo 4 nos resulta claro que tomar posesión de la Buena Tierra es entrar en el ‘reposo’. Cuarenta años de peregrinar por el desierto dejaron sobre el pueblo de Israel tal carga de muerte, que sólo el disfrute de la tierra podía aliviar. Esto es así también para nosotros, en todo lo que alegóricamente significa el desierto y Canaán.

Pero, para entender adecuadamente cuál es el reposo al cual Dios quiere traernos, debemos remontarnos al origen que él tuvo, en el libro de Génesis: *«Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios el día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación»* (2:2-3).

Luego que Dios creó todas las cosas en seis días, él descansó el día séptimo. ¿Cuál fue el sentimiento de Dios después de haber creado todas las cosas? La Escritura dice: *«Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en*

gran manera». (1:31). Su evaluación de lo que había creado lo dejó tan satisfecho, que descansó al día siguiente.

De manera que el reposo representa, originalmente, la satisfacción de Dios por su obra perfecta. Entonces podemos decir, por un lado, que no hay reposo sin que se haya concluido una tarea perfecta; y por otro, que el reposo es el reposo de Dios.

Un reconocimiento a la perfección de las obras de Dios

Ahora bien, el sábado de Dios —el día séptimo— es el primer día del hombre, pues él fue creado el día sexto. Ninguna obra se realizó ese día. Adán vino a la vida, primeramente, para admirar la belleza de la creación de Dios. Ese día Dios estaba experimentando la plena satisfacción que le produjo la obra de sus manos.

Si Adán hubiese trabajado ese día habría ofendido a Dios; él simplemente debía sumarse al agrado de Dios por lo que había hecho. El trabajo de Adán hubiera implicado que lo que Dios hizo no estaba perfecto, y que, por tanto, él debía agregar algo a lo que Dios había realizado.

Más adelante, cuando Dios dio las leyes al pueblo de Israel, estableció el reposo del sábado. Dios quería ahora que también Israel se sumara a esta satisfacción de Dios por las obras de sus manos. «*Mas el séptimo día es reposo* (o sábado) *para Jehová tu Dios*» (Ex. 20:10). Siendo así, violar el sábado era un pecado castigado severamente. Descansar el séptimo día era reconocer la complacencia de Dios sobre la obra de sus manos, estar de acuerdo en que lo que él hizo fue perfecto. Por el contrario, trabajar ese día sería desconocer la perfección de la obra de Dios.

En el libro de Números (15:32-36) se registra el caso de un hombre que, por no guardar el sábado, tuvo que morir. Aparentemente, él sólo murió por infringir una ley, pero había allí implicados otros asuntos espirituales de alto valor para Dios, que tal vez aun los israelitas ignoraban. Este hombre no había respetado el descanso de Dios.

Un castigo similar recibió todo Israel, por lo cual no pudieron entrar en la Tierra prometida. Ellos no creyeron que Dios ya había completado su obra. Es cierto, Dios los había sacado con brazo poderoso de Egipto, pero tal vez no pudiera introducirlos en la Buena Tierra.

Crear a Dios –o mejor, ‘creerle a Dios’– es descansar en la perfección de Su obra a favor nuestro. Si Israel hubiese creído que las obras de Dios son perfectas y que lo que él comienza siempre lo concluye, entonces hubiera creído que Dios podía introducirle en la buena tierra. Entonces habría entrado en el reposo de Dios.

El evangelio nos trae al descanso

El mensaje del evangelio es una invitación a descansar. *«Venid a mí todos los trabajados y cansados y yo os haré descansar»* – dijo el Señor. ¿Por qué? Porque él nos saca de nuestras obras de muerte y nos introduce en las obras de Dios. Nos saca del cansancio producido por nuestras vanas obras de justicia y nos introduce en el descanso de Dios por sus obras perfectas.

Cuando uno cree al evangelio está diciendo: «Yo reconozco que no puedo salvarme a mí mismo, pero creo que por la obra perfecta de Cristo en la cruz, soy salvo.» Esta confesión de fe trae descanso al corazón, y permite al creyente disfrutar del reposo de Dios.

Un nuevo reposo

Sin embargo, este asunto del reposo tiene algunas implicaciones adicionales.

El pueblo de Israel no sólo debía descansar un día cada seis, sino también un año cada seis. El séptimo año era un descanso para la tierra. El pueblo comería de la abundancia de lo que la tierra produjese de suyo, sin que la mano del hombre hubiese intervenido.

Cuando un israelita descansaba un día cada seis, él estaba

creyendo que con sólo trabajar seis días podría comer siete. Estaba creyendo que Dios era lo suficientemente poderoso y benévolo como para que su bendición le supliera de todo lo necesario para el día séptimo.

Ahora bien, el mandamiento de reposar el año séptimo era un poco más difícil de cumplir, porque significaba creer que la tierra era lo suficientemente buena, que sería capaz de sostenerlo a él y a su casa el año octavo y el noveno. El conflicto que surgía entonces para cada israelita era: «¿Qué tan buena es la tierra? ¿Será capaz de alimentarnos a mí y a mi familia durante los años siguientes?». ¡Como podemos imaginar, esto planteaba un buen dilema cada seis años!

Pero Dios había dicho: *«Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? He aquí no hemos de sembrar, ni hemos de recoger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años. Y sembraréis el año octavo, y comeréis del fruto añejo; hasta el año noveno, hasta que venga su fruto, comeréis del añejo»* (Lev. 25:20-22). La promesa de Dios estaba ahí, para ser recibida y disfrutada. Sin embargo, ella estaba sujeta, en definitiva, a la fe que el pueblo pusiese en la palabra de Dios.

Ahora bien, esto tiene alcances espirituales muy amplios. Cuando nosotros creímos por primera vez en el Señor, sin duda que descansamos, porque vimos la obra de Cristo en la cruz. Nuestros pecados fueron perdonados gratuitamente en virtud de la preciosa sangre.

Pero luego de avanzar en el camino de la fe, nosotros empezamos a desconfiar de que Dios pudiera sostenernos, y asumimos, entonces, un papel muy protagónico. Empezamos a hacer obras para agradar a Dios, descansando en ellas enteramente para un caminar digno del Señor. Pensamos que aunque Dios había sido suficientemente poderoso para salvarnos, ahora que ya estábamos salvados, debíamos ayudar a Dios para sostenernos y así poder caminar en santidad.

Al poco tiempo, perdimos el gozo de nuestra salvación, y

nos encontramos en gran dificultad y fatiga. En otras palabras, perdimos el reposo. Y llegamos a lo que el escritor de Hebreos describe en los capítulos 3 y 4 de su epístola. Allí se nos muestra cómo podemos seguir un caminar semejante al de Israel en el desierto; que es posible haber creído en el Señor Jesucristo sin estar disfrutando del reposo de Dios. Por eso, después del extenso razonamiento del capítulo 3 y principios del 4, concluye exhortando: «*Procuremos, pues, entrar en aquel reposo ...*» (v. 11).

Esa fatiga en el caminar se produce por desconfiar en la suficiencia de Cristo. Parafraseando la situación de Israel, es porque pensamos que si no trabajamos el año séptimo no tendremos qué comer el octavo. Aceptamos haber sido introducidos en la Buena Tierra, pero no creemos que ella sea lo suficientemente rica como para sostenernos.

Israel se preguntaba: «¿Qué tan buena será la tierra?» Nosotros preguntamos: «¿Qué tan poderoso será Cristo?». Los israelitas se preguntaban: «¿Será capaz de alimentarnos a mí y a mi familia durante los años siguientes?» Nosotros decimos: «¿Será tan poderoso Cristo para sostenerme si no me esfuerzo?».

Descansar el séptimo año para Israel significaba creer que la tierra les sostendría ese año y los años siguientes. Reposar de nuestras obras para nosotros significa creer que la obra de Dios es suficientemente poderosa para darnos la victoria. «A mis ojos, ¿qué tan perfecta es la obra de Cristo?» es una pregunta que todo cristiano debería sinceramente hacerse. «¿Basta sólo para mi salvación? ¿Para el perdón de mis pecados? ¿Para mi justificación?».

Podemos establecer un preciso paralelo entre lo que sucedía con Israel y lo que sucede con nosotros. Así como para ellos resultaba más fácil creer la promesa del día séptimo que la del año séptimo, para nosotros resulta más fácil aceptar la salvación inicial de nuestros pecados por la preciosa Sangre, que creer posteriormente en la salvación completa de Dios en Cristo.

Pero Hebreos 4:10 dice claramente: *«El que ha entrado en su reposo (de Dios), también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas»*. Dios reposó de sus obras porque las vio perfectas. Un cristiano reposa de sus vanas obras porque ve la obra perfecta de Cristo. Mientras vea esa obra imperfecta, siempre pensará que debe hacer algo para completarla, y de hecho intentará hacerlo.

El reposo del cristiano consiste en entrar en el reposo de Dios. Y Dios reposa sólo cuando ve su obra perfecta y se siente satisfecho. El cristiano que entra en el reposo de Dios se siente también satisfecho por los hechos de Dios, y se llena de gozo y alabanza por la obra consumada de la cruz de Cristo.

El cautiverio es para que la tierra repose

Cuando Israel fue llevado en cautiverio a Babilonia, Dios determinó que ese cautiverio habría de durar 70 años. (2 Crónicas 36:20-21). ¿Por qué esta cantidad de años?

En el capítulo 26 de Levítico, desde el versículo 14 en adelante, Dios hace una importante advertencia: *«Y a vosotros os esparciré entre las naciones ... Entonces la tierra gozará sus días de reposo, todos los días que esté asolada, mientras vosotros estéis en la tierra de vuestros enemigos; la tierra descansará entonces y gozará sus días de reposo. Todo el tiempo que esté asolada, descansará por lo que no reposó en los días de reposo cuando habitabais en ella»* (26:33-35). Este pasaje nos permite deducir por qué fueron setenta años de cautiverio. En los registros de Dios se fue sumando todo el tiempo que los israelitas no respetaron los descansos de la tierra, y cuando se completaron 70 años, Dios los sacó de Canaán para que la tierra tuviera su reposo. Así, los que no quisieron darle voluntariamente reposo conforme al mandamiento, tuvieron que dárselo después por la fuerza, con dolor, pues fueron llevados cautivos a Babilonia.

Los israelitas pecaron no sólo contra Dios al no observar el mandamiento, sino también contra la tierra, al no creer que

ella fuese capaz de sustentarles durante los descansos semanales de días y años. He aquí la razón de por qué hay tanta solemnidad en la advertencia de Hebreos para nosotros: «*Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado*» (4:1).

El reposo en el Génesis significó que las obras de la creación se habían completado con plena satisfacción de Dios. En los días de Israel, el reposo en los días y años séptimos significaba que la tierra que Dios les había dado era suficientemente rica y fértil como para sostenerlos aunque no trabajasen en esos períodos.

Todo lo antes expuesto nos permite comprobar cuán importante es para Dios su reposo, y cuán grave puede ser para el cristiano no entrar en ese reposo. Si no hemos entrado en el reposo de Dios, lo más probable es que esté a las puertas la esclavitud babilónica.

El reposo por la obra de Cristo

Dios siempre espera que su pueblo entre en su reposo, pues esto significa admirar sus maravillosas obras y confiar en la riqueza de la herencia que Dios le ha dado. Quien ha entrado en el reposo de Dios ha visto la total suficiencia de la obra de Cristo en la cruz, y la suficiencia de Cristo como nuestra vida para el sustento diario.

El reposo de Adán en Génesis fue producto del descanso de Dios por la obra de sus manos. Así, el reposo del cristiano es una consecuencia de ver la obra perfecta de Cristo *por* nosotros y *en* nosotros. Su obra *por* nosotros nos salvó cuando estábamos enemistados con Dios, en tanto su obra *en* nosotros nos salva por su vida, estando ya reconciliados (Romanos 5:10).

Identificando a nuestros enemigos

Al revisar el registro sagrado de la toma de posesión nos preguntamos acerca de las causas que impidieron a Israel recibir la totalidad de su herencia. ¿Estaba en Dios acaso el que no haya querido entregarles a todos sus enemigos en sus manos? ¿Estaba en la cantidad y calidad de los enemigos, invencibles para un pueblo inexperto en materia de guerra? ¿O estaba en ciertas defecciones específicas del pueblo?

La primera hipótesis debe ser descartarla de inmediato. Cuando leemos Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio encontramos a cada paso las promesas de Dios tocante a la tierra. Y en ninguna parte se deja entrever que la entrega será parcial; al contrario, la voluntad de Dios significaba la toma de posesión de una tierra de amplios límites, desde el río de Egipto hasta el Eufrates. Así también, la voluntad de Dios es que nosotros tomemos todo Cristo. Su voluntad eterna fue dar a su Hijo para que fuera expresado plenamente a través del hombre. Así, pues, la causa no está en Dios.

La segunda hipótesis hace alusión a los enemigos. La Escritura dice en varios lugares que Israel no pudo echar al enemigo de ciertas áreas de Canaán. ¿Era demasiado débil Israel, o demasiado fuerte el enemigo? No. El enemigo temblaba y desfallecía. Los hechos portentosos de Dios en Egipto y en el desierto les tenían consternados. ¿E Israel? Por ellos Dios estuvo el sol y la luna y envió desde el cielo granizo como grandes piedras; por ellos Dios envió tábanos sobre sus enemigos, y les tapó la boca para que no pudiesen decir mal contra Israel. ¿Cómo podría ser ésta la causa?

Así también es con nosotros: la victoria de Cristo es completa, y, si hay derrota en nosotros, no es de ninguna manera atribuible a Dios, como si eso fuese su voluntad, o al enemigo, como si fuera invencible. Si miramos en el Nuevo Testamento la obra del Señor Jesús en la cruz, vemos que él venció perfecta y totalmente al enemigo, destruyéndolo en la cruz (Hebreos 2:14), y despojando «*a los principados y potestades y los exhibió públicamente triunfando sobre ellos en la cruz*» (Col. 2:15). De la misma manera como él fue delante de Israel como el Príncipe de los ejércitos de Dios, así va ahora como nuestro Capitán abriéndonos paso entre las huestes enemigas, derrotándolas y exhibiéndolas como trofeo de guerra.

Así que, necesariamente, la explicación hemos de hallarla en Israel, es decir, en nosotros. El problema está en el creyente y sólo en él. Los enemigos de nuestro corazón están dentro de nosotros mismos, en nuestra propia alma.

Un conocido cristiano reconoce dos grandes enemigos en el corazón de todo hijo de Dios, que se le oponen en su avance hacia la plenitud de Cristo. Estos son el *pecado* y el *yo*. En la experiencia de Israel, están precisamente estos dos enemigos presentes.

¿Cómo están presentes en nosotros? ¿Qué forma tienen? ¿Bajo qué disfraz se ocultan? ¿Qué estragos están causando en nuestras vidas?

El problema del pecado

La única derrota que registra el libro de Josué es la que sufrió Israel ante Hai. Fue una derrota vergonzosa, humillante y turbadora. ¿La causa? El pecado. Acán había tomado del anatema, y su falta se le imputó a todo Israel. Como consecuencia, vino la derrota ante un enemigo menor.

El pecado de Israel inmovilizó la mano de Dios a favor de Israel. Siendo Hai una ciudad de apenas doce mil hombres, cuando Israel la enfrentó por primera vez no estaba turbada ni atemorizada. El enemigo no había sido atemorizado por Dios, ni desfallecía a causa de Israel. De manera que cuando lo enfrentó, su fiereza puso pánico en el corazón de quien debía vencer, y así el esperado vencedor fue derrotado. La derrota de Israel no se debió a que su brazo estuviese más débil que de costumbre, o a que el enemigo fuese más diestro en el campo de batalla, sino a que Dios tuvo –por decirlo así– las manos atadas para obrar a favor de Israel.

Esta expresión «tener las manos atadas» es, por supuesto, muy fuerte aplicada al Señor Dios Todopoderoso, pero nos sirve para graficar bien la situación en que el Dios todopoderoso es «reducido a la impotencia» por el pecado de su pueblo. Dios podía ver con tristeza –porque no era su perfecta voluntad– que Israel huyese de Hai, y que treinta y seis de sus hombres quedasen tendidos. Pero no podía hacer nada. Hacerlo hubiera contrariado sus propios principios. Dios había hablado, y no se retractaría. No podía hacerlo, porque Dios es santo, y su santidad no puede mirar con agrado el pecado, ni lo puede pasar por alto, aun cuando es su propio pueblo el infractor.

¡Oh, que nuestros ojos sean abiertos para ver que nuestra insatisfacción respecto a Cristo está íntimamente ligada a este problema del pecado! Si lo vemos así, el pecado no será más considerado como un mero pasatiempo, como una experiencia necesaria, o un desahogo para la carne. El pecado es el primer y gran enemigo que nos derrota en nuestro avan-

ce hacia la plenitud de Cristo. Hay pecados que consideramos inofensivos, pequeños, y sin consecuencias. Pero no hay ninguno de ellos que quede impune y que no traiga consigo un peso de muerte y una separación de Aquel que vive en tal santidad, que hasta los ángeles son hallados impuros delante de él.

«Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; porque nuestras viñas están en ciernes» – dice la amada en el Cantar de los Cantares. (2:15). Ella ha percibido que las zorras pequeñas pueden causar estragos en sus viñas, especialmente en esta etapa inicial de su amor. Esas zorras pequeñas son los pecados veniales, que tan disimuladamente se introducen y que por ser pequeños, no se juzgan ni se abandonan. Es en el comienzo mismo de nuestro avance en Canaán que las zorras deben ser cazadas, porque si no, nos impedirán la plena toma de posesión.

¡Cuánto provecho podríamos obtener ya de la buena tierra, si desecharáramos toda forma de pecado! ¡Cuánto deleite podríamos disfrutar ahora mismo si nuestra mirada fuese limpia, si nuestro pensamiento fuese puro, si las raíces de pecado no estuviesen tan firmes todavía en nuestro corazón! No sólo hemos de desechar toda forma de pecado, sino hemos de aborrecerlo con toda nuestra alma, porque él es quien nos quita la sonrisa del Amado, su dulce palabra y sus más entrañables afectos. El pecado nos roba los momentos felices con Cristo, la paz del corazón, y nos impide llevar abundante fruto para Dios. Cristo queda así fuera de nuestro alcance, su mano no puede tocar nuestra mano, y su bálsamo no puede ser derramado en nuestro corazón. ¡Oh, qué enemigo sutil y astuto! ¡Oh, mensajero del diablo, enemigo de toda justicia!

El problema del yo

Pero Israel no sólo tuvo el problema del pecado como un obstáculo en la posesión de Canaán. En realidad, si hemos de mirar comparativamente, el problema del pecado pudo

ser solucionado con más facilidad que los otros problemas que se manifestaron después. La derrota de Hai fue revertida con una victoriosa resonante y absoluta apenas el pecado fue confesado y juzgado. Israel aprendió la lección, al menos en ese respecto, porque no se menciona otro pecado moral inhabilitante en todo el resto del relato. Sin embargo, hubo otros problemas. Y tales, que trajeron consecuencias irreparables. Estos problemas nos ilustran certeramente acerca de los peligros del yo, de terribles consecuencias y de no fácil solución.

Hay muchas formas y disfraces en que el yo está disimulado en la vida del cristiano. El principio general consiste en que el yo está en el centro de nuestra atención, y que se aferra a ese lugar para ser atendido e idolatrado.

La confianza propia

La primera manifestación del yo tuvo lugar con la incurción de los gabaonitas, y su enquistamiento en el corazón mismo de Israel. Josué y los príncipes de Israel cayeron vergonzosamente en el engaño por un detalle simple pero decidor. Ellos confiaron en sí mismos, y no consultaron al Señor. Siendo así, las condiciones eran perfectas para una derrota. Hacía poco ellos habían sido reivindicados por Dios ante Hai; recientemente habían leído la ley, tal como lo había ordenado Moisés, hacia el monte Ebal y el Gerizim. Todo estaba bien. El pueblo había recuperado la confianza. Dios había confirmado su poder a favor de ellos. No había ningún enemigo a la vista. La paz era perfecta.

Pero, ¡ay!, el enemigo estaba más cerca y con armas más temibles que nunca. Los gabaonitas ya llegaban a tocar el corazón confiado e independiente de Israel. Una amarga derrota se venía encima, y derrota de esas cuyas consecuencias no se borran jamás. Así lo consigna escuetamente el relato bíblico: «*Y los hombres de Israel tomaron de las provisiones de ellos, y no consultaron a Jehová*» (9:14). El pueblo hizo

pacto con los enemigos, y por eso, aunque después descubrieran su error y lo juzgaran, no pudieron sacárselos de encima. Josué debe de haber palidecido y temblado al enterarse del engaño y darse cuenta de la ingenuidad con que habían procedido. Aunque su boca profirió una maldición para quienes les habían engañado tan descaradamente, no pudo exterminarlos.

La confianza en sí mismo es un enemigo tan solapado y feroz, que no se apartará de nosotros a menos que seamos terminantes con él. Especialmente si ya hemos hecho, por la gracia de Dios, algún avance en nuestro camino, y hemos realizado alguna obra para Dios, nuestro corazón se llenará de confianza propia, y querrá pensar que puede vencer por sí mismo sin la guía de Dios. ¡Qué distinto es el caso de David! Al revisar el relato de sus acciones de guerra, lo vemos consultando cada vez al Señor para una dirección renovada. Aun ante situaciones similares volvía a consultar, no confiando en que la respuesta pudiera ser igual que la anterior. Una sujeción así es el único antídoto para este grave mal. El yo es tan increíblemente fuerte, y tan recurrente en su locura, que sólo una derrota dolorosa cortará de raíz su vana presunción y nos llevará a depender en todo de Aquel que dijo: «*Separados de mí nada podéis hacer*».

La autogratificación

Una de las actitudes más asombrosas y extrañas que tuvo Israel hacia sus enemigos –y que ilustra otro de los peligros del yo– es el de la autogratificación. En tres o cuatro ocasiones la Escritura hace mención a la alianza que hicieron algunas tribus con sus enemigos, con el objetivo de hacerles tributarios. ¿Por qué? Porque vieron que era más rentable someterlos que destruirlos.

Un enemigo destruido no le es tan útil a la carne como uno que le da mes tras mes o año tras año algún provecho. ¿Cómo se llega a esto? La primera causa es la comodidad. «No lo

mataré, no lo exterminaré. Sus brazos son fuertes, me hará más fácil el trabajo. ¿Para qué matar a quien me puede sustentar?». La orden de Dios de exterminar a todos los enemigos fue fácilmente olvidada, porque estos sentimientos suplantaron la obediencia.

¿Cuántos enemigos nuestros, que nos roban la plenitud de Cristo, están durmiendo plácidamente bajo nuestro alero? Les hemos perdonado la vida, trabajan para nosotros, y nos alegran la existencia, llenándola de placidez y deleite. Excusamos de diversas maneras su presencia, y les hemos dado carta de ciudadanía.

Uno de los casos más aleccionadores es el de Efraín, una de las tribus de Israel. La Escritura dice de ellos: «*No arrojaron al cananeo que habitaba en Gezer; antes quedó el cananeo en medio de Efraín, hasta hoy, y fue tributario*» (16:10). El problema se puede identificar con la siguiente frase: «el enemigo habitó en medio de Efraín». Si miramos la historia posterior, comprobaremos los estragos que trajo esta decisión de Efraín. Unos setecientos años más tarde, la enfermedad ya era incurable. El libro de Oseas contiene unas tristísimas admoniciones a Efraín: «*Efraín es dado a ídolos; déjalo. Su bebida se corrompió; fornicaron sin cesar; sus príncipes amaron lo que avergüenza. El viento los ató en sus alas, y de sus sacrificios serán avergonzados ... Efraín se ha mezclado con los demás pueblos; Efraín fue torta no volteada. Devoraron extraños su fuerza, y él no lo supo; y aun canas le han cubierto, y él no lo supo ... Efraín fue como paloma incauta, sin entendimiento; llamarán a Egipto, acudirán a Asiria.*» (Oseas 4:17-19; 7:8-9,11). Una mala decisión de un momento, la búsqueda del propio bien, puede comenzar a desencadenar un mal que crecerá como una bola de nieve ladera abajo, imparable y fatal. El pecado de Efraín fue el pecado de todo el reino de Israel, que tempranamente desapareció a manos de los asirios. La idolatría, y su consecuencia, la fornicación, fue un fruto de la mezcla con los

pueblos idólatras, a quienes en su momento debió destruir. Así fue perdiendo su fuerza sin darse cuenta. La sal perdió su sabor y fue echada en el muladar.

La negligencia

En el capítulo 18 de Josué se muestra un tercer aspecto que puede asumir este problema del ‘yo’. Allí se percibe cuál era la realidad de Israel bien avanzada la toma de posesión. *«Pero habían quedado de los hijos de Israel siete tribus de las cuales aún no habían repartido su posesión. Y Josué dijo a los hijos de Israel: ¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado Jehová el Dios de vuestros padres?»* (vv. 2-3). ¡Ellos ya habían sometido la tierra, pero insólitamente no había sido aún entregada a siete de las tribus! El enemigo estaba derrotado, la tierra estaba disponible, pero no estaba siendo repartida ni disfrutada. Ellos habían prolongado las celebraciones hasta el extremo. Todavía no terminaba el jolgorio por las victorias y el botín todavía llenaba los ojos alborozados del pueblo. No había anhelo por poseer más herencia. Ellos no habían visto nunca proezas tales, ni habían tomado tantas riquezas. Se estaba tan bien así, disfrutando de la comunión, todas las tribus juntas, en una fiesta permanente.

Sin embargo, la tierra debía ser ocupada. No podían ellos seguir viviendo del botín tomado a los enemigos. Era preciso asentar el pie en cada monte y cada valle. Era preciso llevar la divisa gloriosa de Cristo más allá. Había que tomarlo todo, para que cada porción de la tierra diese su fruto.

Esto nos resulta tristemente familiar a nosotros, que estamos en los finales de esta era. Teniendo una gloria mayor que la de ellos entre manos, un testimonio más glorioso que levantar, una tierra más preciosa que disfrutar, aun estamos meramente paladeando los dones de Dios, embelesados en juegos espirituales, cuando el nombre de Cristo no luce todavía en todo lugar y con todo su esplendor. Mucho se conoce

acerca de Cristo, pero poco se conoce a Cristo mismo. Mucho se disfruta de sus dones, pero poco se disfruta del Dador de los dones. Su Nombre no ha sido suficientemente levantado aún. Todavía es motivo de escarnio y de menosprecio en muchos ambientes cristianos.

La negligencia fue un enemigo ayer y lo es todavía hoy. Sin duda este era el motivo por el cual el apóstol exhorta a los colosenses: «*Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*», y era lo que movía al escritor de Hebreos a decir: «*Es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos* (¡o las dejemos escurrir!). Si entendemos que el propósito de Dios tiene un desarrollo y un término, que en cada generación él ha estado avanzando en ese propósito, y que nosotros estamos ubicados bastante acá en su desarrollo, veremos que hay mucho trabajo que hacer, que no hay tiempo que perder. La corriente viene de atrás, y tenemos que sumergirnos en ella. La herencia que nos legaron nuestros padres es enorme, y hemos de conocerla, antes de poder avanzar un poco más.

La diligencia y no la negligencia es la consigna. «Procura con diligencia», dice el apóstol, ya anciano, poco antes de partir. Los Timoteos deben premunirse de toda la herencia del apóstol, considerar su conducta e imitar su fe, abrir bien los ojos a lo que Dios está haciendo y requiere, para continuar con lo que nuestros antecesores dejaron inconcluso.

Diligencia, y no negligencia. No hay tiempo para descansar, ni para emprender grandes empresas en la tierra. Que nos baste el pan necesario y el abrigo con qué cubrimos. Lo demás, ¡a invertirlo en los negocios de nuestro Padre, que es en lo que nos conviene estar!

El punto central

Así que, el punto de partida para nuestra liberación es entender dónde están los enemigos que nos impiden tomar posesión de toda nuestra herencia en Cristo. Israel nos muestra

que esos enemigos están dentro de nosotros, y no fuera. Los enemigos externos ya fueron vencidos. Los verdaderos enemigos están dentro de nosotros, escondidos, agazapados, camuflados. Ellos cuentan con nuestro consentimiento –explícito o tácito– para permanecer ahí.

Pongamos la mira sobre ellos y no erremos el blanco.

Tres hombres ante Cristo

(Abraham, Moisés y Josué)

Antes de ir cerrando nuestra exposición, es preciso que volvamos y echemos una nueva mirada a los tres principales hombres que nos han acompañado en estas páginas: Abraham, Moisés y Josué.

Cada uno de ellos aparece relacionado con Canaán, pero de manera diferente. Y cada una de esas formas diferentes de vivir Canaán representan tres formas distintas de vivir a Cristo. Podemos vivir a Cristo como Abraham recorrió Canaán, podemos vivirlo como Moisés la miró desde el Pisga, o como Josué la tomó en posesión.

Estas tres actitudes asumidas frente a Canaán también pueden interpretarse como tres etapas en el itinerario de fe de un creyente. Sea como fuere, esperamos obtener de estos tres hombres de Dios preciosas lecciones para nuestro caminar presente.

Abraham, el padre de la fe

Abraham marca el comienzo de la historia de Canaán en el propósito de Dios. Canaán se nos muestra en el principio asociada a Abraham, quien la descubre a nuestros ojos.

Abraham es el idólatra caldeo transformado por Dios en un hombre de fe. Ese Abraham nacido entre los ídolos de sus padres, acostumbrado a asociar la deidad con objetos visibles, llega a ser conocido por su fe en el Dios invisible, único y verdadero. «Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia» (Gén. 15:6). «*Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham ... De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham*» (Gál. 3:6, 7, 9). Como primer creyente, llega a ser el padre de todos los creyentes posteriores.

Este Abraham es hecho depositario de esta fe, y de la herencia que ella trae consigo (la fe siempre trae una herencia consigo). Esa fe tiene que ver con la tierra de Canaán, la cual Abraham recorrió como extranjero y peregrino, aunque era suya.

¿Por qué ese aparente contrasentido de tenerla y no tenerla? ¿O de tenerla y no disfrutarla como se disfruta lo que es propio? Abraham es el hombre de fe. Más aún, para nosotros, que estamos ubicados a este lado del Calvario, él representa la fe, y la justificación que es por la fe. De manera que la silueta de Abraham, primero mirando la tierra desde el monte, y luego recorriéndola a lo largo y a lo ancho, es una alegoría del creyente en esa primera vislumbre de Cristo que viene cuando recién creímos en él.

El libro de Romanos, en esa ordenada exposición del misterio de la fe que Pablo nos hace, ubica al creyente Abraham en una primera etapa, la de la justificación por la fe sin las obras de la ley (capítulos 4 y 5). Por la fe es declarado justo, habiendo sido antes un idólatra injusto. Luego, su fe se replica casi hasta el infinito en los incontables creyentes de todas las épocas y latitudes.

Sin embargo, hemos de preguntarnos ¿es Abraham el modelo perfecto del creyente de la dispensación de la gracia? ¿Representa Abraham todo lo que debemos alcanzar en Cristo? Ciertamente no. Y aquí está la explicación de por qué hay este aparente contrasentido en la vida de Abraham respecto de Canaán, este tenerla y no tenerla. El creyente Abraham señala sólo la primera etapa en la vida del cristiano, que podríamos llamar apenas «de exploración» de las riquezas de Cristo.

Así, ese recorrerla a su largo y a su ancho no es una experiencia plena ni es tampoco la experiencia de Abraham solamente: es la de todos nosotros en el comienzo de nuestra vida de fe. De manera que, siendo la figura de Abraham modelo y ejemplo, digno de imitación por todos los que creemos, no lo es en este otro sentido, porque él «*murió sin haber recibido lo prometido*» (Heb. 11:13).

La realidad nuestra es, en este sentido, mucho más gloriosa que la del patriarca. Nuestro llamamiento es más alto, y nuestra responsabilidad es mayor.

Moisés y la Ley

«*Pues la ley por medio de Moisés fue dada*», dice Juan en el comienzo de su evangelio (1:17), en una clara antítesis con la venida de la gracia y la verdad por medio de Jesucristo.

Moisés es el salvador de Israel de la esclavitud de Egipto, y luego es el legislador, que ordena la vida social y religiosa del pueblo escogido. A la luz del Nuevo Testamento, Moisés llegó a convertirse en la figura principal de la nación de Israel.

Sin embargo, ¿cuál es su significado para nosotros? Cuando revisamos las páginas inspiradas del Pentateuco, vemos a Moisés en el Sinaí entregando al pueblo la ley, y luego intentando conducirlo a la obediencia de esa ley. Sin embargo, muy pronto ese intento resulta inútil, porque todo el pueblo receptor de la ley queda tendido en las arenas. Es significativo que ninguno de ellos haya entrado en Canaán, excepto dos, Josué y Caleb, los cuales se yerguen con un perfil muy diferente.

Ninguno de los que se comprometió a guardar la ley logró cumplirla, de manera que la justicia que es por la ley no pudo ser alcanzada, ni premiada. Y aun Moisés corrió la misma suerte.

Hay aquí en la vida de Moisés, al igual que en la vida de Abraham, otro aparente contrasentido. ¿Por qué, siendo él el legislador, el líder ejemplar (*«Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra»*, Núm. 12:3), no le es permitido entrar en Canaán? No vamos a entrar en las razones que se esgrimen en el Pentateuco. Simplemente veamos que era necesario que así fuera por el significado tipológico que Moisés habría de tener para nosotros.

En el anticipado conocimiento de Dios; en el orden cómo Dios dispone de las circunstancias y de los hombres para que colaboren a su propósito, Moisés debía quedar más allá del Jordán. La ley, o aquel que era su mayor exponente, no podía entrar a Canaán, por cuanto Canaán es una alegoría de Cristo.

La ley nos deja a la puerta, pero no puede entrar. *«De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo»* (Gál. 3:24). La ley nos deja en el Pisga, pero no puede llevarnos más allá. Del Jordán hacia adentro, todo nos debía hablar de Cristo: Josué, la circuncisión, la Pascua, los primeros frutos, el Varón de la espada desenvainada, todo.

La tristeza de quedar fuera

Así, tiene sentido esa patética escena final en la vida de Moisés, cuando sube al monte Nebo. Para entenderla adecuadamente, debemos mirarla al trasluz de lo que venimos diciendo: *«Subió Moisés de los campos de Moab al monte Nebo, a la cumbre del Pisga, que está enfrente de Jericó; y le mostró Jehová toda la tierra de Galaad hasta Dan, todo Neftalí, y la tierra de Efraín y de Manasés, toda la tierra de Judá hasta el mar occidental; el Neguev, y la llanura, la vega de Jericó, ciudad de las palmeras, hasta Zoar. Y le dijo Jehová: Esta es*

la tierra de que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Te he permitido verla con tus ojos, mas no pasarás allá. Y murió allí Moisés siervo de Jehová, en la tierra de Moab, conforme al dicho de Jehová» (Dt. 34:1-5).

He aquí Moisés, el príncipe de Egipto, criado como hijo de la hija de Faraón en el palacio real. El que había despreciado todo lo que Egipto le ofrecía por seguir a Cristo. Este es el que trajo a Israel por el desierto cuarenta años, soportando sus veleidades y rebeliones; sus niñerías e incredulidades. ¡Cuántas jornadas ingratas había vivido Moisés!

Posiblemente este día Moisés lloró sobre el monte Nebo. ¡Había sido el sueño de su vida entrar en Canaán! Había soñado con recorrer sus praderas, con sentarse a la sombra de un tamarisco, con subir a los montes más altos. Tal vez había soñado con subir al Hermón, ese monte majestuoso, y coger la nieve que estaba en sus cumbres. Más de una vez rogó al Señor que le permitiese entrar, pero no le fue permitido.

Moisés fue fiel a Dios. Pero Dios en sus altos designios decidió que él debía quedar fuera, para ilustrar una de las verdades más importantes del evangelio: el valor instrumental de la ley. *«Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir»* (Heb. 3:5). ¿Qué es lo que se iba a decir? Que la ley no nos justifica, que es incompatible con la fe y con la gracia, y que no puede llevarnos a la plenitud de Cristo.

Así, Moisés vio a Cristo desde lejos, pero no tuvo ni siquiera la dicha que tuvo Abraham de explorarlo, de disfrutar su aroma, de coger una brizna de hierba de esa tierra bendita. Él no tuvo esa dicha. ¿La causa? En un arrebató de ira, Moisés ofendió al Señor. Pero la ira de Moisés no es sólo la suya propia: es la ira que produce la ley en quienes están bajo su dominio. (Rom. 4:15). El hombre más manso que pisaba la tierra, de pronto se vio envuelto en el torbellino de la ira. Así es la ley. Moisés es la ley.

Y nadie, nadie por las obras de la ley podrá jamás conocer

de verdad a Cristo. Podrá mirarlo desde lejos y llorar, deseando alimentarse de sus frutos nobles o beber de sus arroyuelos cristalinos, pero no lo obtendrá. Moisés murió sin haber palpado jamás la textura de esas uvas, o haber gustado del frescor de los manantiales de la tierra buena. Un hombre que está bajo la ley nunca podrá gustar de los dulzores de Cristo, de su hermosura, de su ternura, de su paciencia, de su bondad. Nunca podrá sombrear bajo los manzanos en flor, ni tomar un lirio de esa hermosa tierra para luego decirle: «Tú, Señor, eres más hermoso que este lirio».

Moisés no pudo gustar a Cristo, ni podía introducir al pueblo en la buena tierra. Por eso Dios tuvo que esperar a que Moisés muriera antes de ordenar a Josué que entrara en Canaán.

En el Nuevo Testamento, la experiencia frustrante de Moisés en el Pisga se parangona con el fracaso del cristiano en Romanos capítulo 7. Allí se nos muestra claramente que no es posible la victoria sobre el pecado, si estamos aún bajo el imperio de la ley. La ley se alía con la carne para producir la derrota permanente del cristiano. Debe venir un socorro sobrenatural para revertir este panorama.

Este socorro está dado en los primeros versículos de Romanos 7. Allí vemos cómo el pecado está asociado íntimamente con la presencia de la ley, porque «*sin la ley el pecado está muerto*» (7:8). Por tanto es preciso solucionar el asunto de la ley. ¿Cuál es la manera en que Dios nos libra de ella? No quitándola de en medio, sino quitándonos a nosotros de en medio.

La muerte de Moisés del Antiguo Testamento es aquí la muerte del creyente. Las sombras del Antiguo Testamento no permitían ver bien la verdad; pero aquí ella luce en todo su esplendor. Es verdad, uno de los dos cónyuges tenía que morir para que el otro quedara libre. Pero ese cónyuge no fue Moisés (la ley), sino el creyente que muere «*mediante el cuerpo de Cristo*» para venir a ser de otro, «*del que resucitó de entre los muertos*» (7:4).

Solucionado el problema de la ley, el creyente está en condiciones de acceder a la realidad gloriosa de Romanos 8. En realidad, Romanos 8 es la experiencia de vivir a Cristo en plenitud.

Josué y la realización del sueño

«Aconteció después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto; ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel» (Josué 1:1-2).

De los tres hombres que ocupan nuestra atención, Josué es, sin duda, el menor de ellos. Sin embargo, lo que Abraham sólo exploró, pero no pudo contar como propio; lo que Moisés vio y deseó desde la cumbre del Pisga sin conseguirlo, Josué lo palpó, gustó, y pudo decir: «Esto es mío».

Él pudo recorrer, como en locura, cada palmo de esa tierra bendita, y a cada paso ir diciendo: «Esto es mío». Él pudo ir y poner una estaca por allí, y decir. «Esto es mío». Luego, caminar otros cuantos kilómetros más allá y decir de nuevo: «¡Ese arroyo es mío, y bebo de sus aguas! ¡Este árbol es mío y como de su fruto! ¡Esta montaña es mía y la escaló! ¡Subiré hasta la cumbre, plantaré allá un estandarte y diré: Esto también es mío! ¡Dios me lo ha dado!».

«Mi siervo Moisés ha muerto». Estas palabras son claves. Si Moisés hubiese estado vivo, Josué no podría haber atravesado el Jordán. ¿Cómo podría hacerlo, si él estaba sujeto a Moisés? Nadie puede atravesar el Jordán para disfrutar a Cristo, si es que no se ve libre del imperio de la ley. Pero Moisés muerto es la libertad de la ley.

¡Ahora el camino a la tierra está abierto, el Jordán se abrirá! ¡Cristo está ahí, para que lo tomemos, para que lo hagamos nuestro, para que lo disfrutemos, para que comamos de sus frutos, bebamos de sus aguas, para que caminemos por sus llanuras, nos refugiemos en sus cuevas de la lluvia! La ley ya

no nos puede alcanzar, no nos puede perseguir; la ley no nos puede mandar, la ley no nos puede condenar. ¡Moisés ha muerto!

«Ahora, pues, levántate y pasa este Jordán ... a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel». Tal vez Josué haya dicho: «Señor, ¿tendremos que batallar mucho? ¿Tendremos que usar muchas armas? ¿Tendremos que poner adelante a los hombres más valientes, a los más expertos en el uso de la espada y de la lanza?». No, el Señor dice: *«A la tierra que yo les ... doy».* ¡La tierra es un regalo. ¡Cristo es el don de Dios!

Un cambio de perspectiva

Nosotros no conocemos todo Cristo. Conocemos partes de Cristo. A lo mejor hemos gustado de algún fruto, hemos tomado alguna virtud de Cristo. Algunos cristianos, cuando necesitan paz, entonces le dicen a Cristo: «Danos tu paz». Otros, cuando necesitan paciencia, le dicen: «Dame tu paciencia». Eso es tomar virtudes de Cristo, pero no a Cristo mismo. ¡No busquemos más dones ni virtudes de Cristo, porque todo Cristo es nuestro!

Los hijos de Israel caminaron cuarenta años. Su calzado no se gastó ni su vestido se envejeció. El maná caía todos los días. La nube los cubría del sol en el día, y la columna de fuego los guiaba en la noche. ¡Qué precioso! Pero eso no era Cristo todavía. Así también, podemos nosotros caminar cuarenta años comiendo el maná todos los días, bebiendo de la Roca espiritual todos los días, y todavía no saber quién de verdad es Cristo; porque hemos tomado sus dones, pero no a Cristo mismo.

Lo que significan estos tres hombres

Así que, Abraham representa los primeros días de nuestro caminar en la fe, porque él es el padre de la fe. Cuando llegamos al Señor, llegamos por fe, y el Señor nos da una vislumbre, una panorámica de nuestra herencia. Podemos caminar,

explorarla, pero todavía no nos hemos apropiado de ella. Abraham nos habla de nuestros primeros pasos en la fe. Pero desde Abraham todavía faltaban cuatrocientos años antes de que la tierra llegara a ser realmente de Israel. Cuando recién comenzamos, todavía nos falta mucho camino por recorrer antes de apreciar quién es verdaderamente Cristo.

Luego viene Moisés, con todo el peso de la ley. ¿Ha visto usted un hombre que procura guardar los mandamientos, que toma todo el Antiguo Testamento y se lo pone sobre los hombros? ¡Vea usted si puede ser él un cristiano dichoso! ¿Cómo podría serlo, cargado con ese tremendo cúmulo de exigencias? Él va desplegando todas las fuerzas posibles. Cuando Cristo le dice: «Ven a mí, hombre trabajado y cargado; yo te haré descansar»; él dice: «¡No, Señor, yo puedo, espérate un poquito. ¡Yo puedo, Señor! Yo soy fuerte; mira mis brazos, mira mis hombros y mis espaldas, ¡qué fuertes son!».

Moisés es la ley. Si usted está realmente agobiado por el esfuerzo, tal vez esté cercano el día en que usted diga: «Señor, ¡no puedo más! ¡O tú me sostienes, o me muero!». Entonces, en aquel día, su corazón se apegará a Cristo enteramente, y su corazón se desbordará de gratitud y de amor. Y entonces buscará el momento, aun el más pequeño, para adorarle. ¡Dios permita que todos nosotros nos cansemos de verdad, para venir a tomar la buena tierra que el Señor Dios nuestro Padre nos da, y hallemos descanso!

Todo lo que necesitamos está en Cristo. Hay unas preciosas frases en 2ª Timoteo que nos lo confirman: «...según la promesa de la **vida** que es en Cristo Jesús» (1:1), «...la **gracia** que nos fue dada en Cristo» (1:9), «La **fe** y el **amor** que es en Cristo Jesús» (1:13), «La **salvación** que es en Cristo Jesús» (2:10). ¡Todo es en Cristo y nos fue dado en él! Puedes agregar a esa lista todo lo que necesitas. ¿Dónde está todo eso? ¡En Cristo Jesús! No hay vida independientemente de él. Todo es ¡en Cristo!

Josué (cuyo nombre también es Jesús) representa a Cristo,

quien nos introduce a Canaán, es decir, al disfrute de sí mismo. Es la experiencia de la plenitud, de Romanos capítulo 8. Allí el alma halla reposo y quietud permanente.

Esta es la experiencia que muchos cristianos necesitan, y es la que Dios ha dispuesto para todo aquel que lo busque de veras.

La tierra ajena

Siempre que Dios nos ofrece algo, surge un ofrecimiento de la parte contraria; siempre que Dios inicia una obra, el enemigo de Dios y enemigo nuestro, hace una imitación de aquello para intentar confundirnos.

Nos conviene saber que en las Escrituras no existe sólo ‘la buena tierra’, sino también ‘la tierra ajena’.

Al dar una mirada a la Concordancia de la Biblia es interesante observar que en el Antiguo Testamento hay fundamentalmente tres sustantivos a los cuales se aplica el adjetivo «ajeno» o «ajena». Ellos son ‘tierra’, ‘dioses’, ‘mujer’. La expresión ‘tierra ajena’ aparece en un interesante versículo de Génesis 15 – que nos servirá de base para nuestra reflexión–; en tanto las referencias a los ‘dioses ajenos’ aparecen en muchos lugares del Deuteronomio y de otros libros, como solemnes advertencias a Israel para no tener otros dioses delante de sí. La referencia a la ‘mujer ajena’, por su parte, aparece en tres lugares del libro de Proverbios, para advertir al hombre acerca

de los peligros de la mujer extraña. (2:16; 5:20; 7:5).

Tanto las referencias a los ‘dioses’ como a la ‘mujer’, sugieren la idea de adulterio, deslealtad, o traición de los afectos más íntimos. Cuando el Señor advierte a Israel acerca del peligro de los dioses ajenos, su llamada parece ser la de un marido que demanda fidelidad a su esposa. Similar es la exhortación en Proverbios para que el hombre no busque el amor de la mujer extraña, porque ello supone una deslealtad a la mujer propia, y porque al atractivo inicial de esa relación sucede un final trágico.

Ahora bien, referente a la tierra ajena, ¿qué dice la Escritura?

La tierra ajena

En el capítulo 15 de Génesis, Dios hace un pacto con Abraham. Ese pacto incondicional revela la gracia infinita de Dios para con su siervo, y para con todos los que hemos seguido sus pisadas de fe. Ese pacto tenía en la mira a la tierra, la buena tierra, por la cual Abraham había salido de Ur. Dios habría de introducir a su pueblo a una tierra escogida y preciosa. Pero habrían de ocurrir varias cosas antes de eso.

El mismo día del pacto, Dios le profetiza a Abraham la suerte de Israel en los próximos años: «*Entonces Jehová dijo a Abraham: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza*» (15:13-14). Antes de morar en la tierra prometida, ellos habrían de ser esclavos en tierra ajena por cuatrocientos años. Nosotros sabemos, por la historia posterior, que esa tierra fue Egipto.

El bohorno de Abraham

El mismo Abraham tuvo que probar en carne propia lo que significa morar en tierra ajena, y padecer las fatigas correspondientes. De hecho, ya lo había probado antes de que Dios

hiciera con él este pacto y le dijera esta profecía. Cuando el hambre había amenazado a Canaán, Abraham se había apresurado a bajar a Egipto. Aquel fue un bochornoso episodio, con Sara expuesta en el palacio de Faraón, y con la criada egipcia –Agar– volviendo con ellos desde Egipto, motivo y causa de tantos males posteriores.

Agar la egipcia fue la herencia de Egipto en la vida de Abraham y de su familia. ¡Cuántas zozobras y dolores, cuánta sangre y lágrimas vinieron por ella! Abraham sintió en su misma carne el dolor de lo que significa morar en tierra ajena. Después de lo sucedido con Faraón, Abraham rápidamente vuelve a Canaán y retoma el lugar en que Dios le había bendecido, «entre Bet-el y Hai». Abraham se apresuró a recuperar la comunión interrumpida con Dios. Porque Egipto siempre nos cierra el cielo; y las palabras de Dios y su consuelo ya no nos asisten. ¡Qué estupor, qué desconcierto! ¡Cuánta soledad hay allí!

El cumplimiento de una profecía

Hay algunas cosas que podemos provechosamente extraer de este pasaje de Génesis 15 recién citado, y de su riguroso cumplimiento en la historia de Israel.

«Tierra ajena» significa «esclavitud». Conforme a lo dicho por el Señor, la descendencia de Abraham habría de ser esclava en tierra ajena. Es necesario que asociemos estas dos ideas: ‘tierra ajena’ y ‘esclavitud’. Siempre en la tierra ajena hay esclavitud. Dondequiera que miremos, cualquiera que sea la «tierra ajena», hallaremos lo mismo. Tras una libertad aparente, hay gruesas cadenas. En cambio, ¿dónde se respirará más paz que allí donde los ojos de Dios se posan para mirar y cuidar? ¿Dónde sino en Cristo encontramos feliz reposo y paz verdadera? ¿Quién sino Cristo es «*escondedero contra el viento, refugio contra el turbión, arroyos de aguas en tierra de sequedad, y sombra de gran peñasco en tierra calurosa*»? (Isaías 32:2).

Israel estuvo en Egipto cuatrocientos años y muchos de ellos fueron de esclavitud. Esa es la fría realidad. Aunque Israel haya llegado allá en medio de grandes honras, finalmente fue hecho esclavo. No importa cuán halagüeños hayan sido sus comienzos; su final fue de muerte. La tierra amable se le trocó en tropezadero y escarnio. ¿No es esto también el mundo para el cristiano? Puede recibirle con una sonrisa amable, y otorgarle algunas honras por algún tiempo, pero muy luego experimentará una metamorfosis hasta mostrarle su verdadero rostro.

Israel llegó a Egipto por causa de José. Pero Egipto amó a José, no amó a Israel. Y lo que amó en José no era lo que él significaba tipológicamente —muy lejos de eso— sino que amaba su propio bienestar, su supervivencia. José significaba para Egipto la salvación de la debacle y el descalabro. Así lo entendió Faraón cuando le dio autoridad para administrar su reino. Lo que Faraón buscaba era mantener a flote el reino, no exaltar a José. Muerto José y su amo Faraón, las cosas cambiaron, y volvieron al cauce normal y lógico: ellos eran unos extranjeros, con formas de vida y creencias irreconciliables. ¿Qué afinidad podía haber entre Israel y su único y verdadero Dios, y Egipto y sus dioses? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas?

Cuatrocientos años equivale a por lo menos cuatro generaciones. Esas cuatro generaciones no supieron de tierra que fluye leche y miel. Luego, la esclavitud. Las características de ella están ampliamente registradas en los primeros capítulos de Éxodo. Tan grande fue la opresión que no sólo afectó al régimen laboral, a la propiedad privada, o a las condiciones de vida del pueblo, sino que llegó a afectar la supervivencia de los descendientes. No se concibe una esclavitud más cruel que ésa.

El amo que gobierna el mundo hoy no es menos cruel que Faraón en aquellos días terribles. Al contrario, es el padre de toda crueldad, y violencia y maldad, de quien Faraón apren-

dió algunas de sus atrocidades. Satanás está muy bien representado en faraón por su dureza de corazón y su crueldad infinita. El amo que gobierna el mundo es Satanás, y muchos hijos de Dios están a expensas de él, ignorando voluntariamente que detrás del sistema aparentemente inocuo del mundo está aquella mente perversa. El mundo que crucificó a nuestro Señor no ha mejorado en lo más mínimo, porque quien lo gobierna es el mismo que le llevó a la cruz.

«Tierra ajena» significa «juicio». Egipto sólo dejó salir a Israel cuando sufrió los dolores de los juicios de Dios. Después de haber esclavizado a Israel y desobedecido la orden de Dios de dejar ir a su pueblo, Egipto recibió su merecido. Un Dios justo no puede dejar impune la maldad y la injusticia. Nadie puede rebelarse contra Dios y seguir su camino, imperturbable. Las diez plagas cayeron una tras otra como verdaderos azotes de Dios sobre un Faraón endurecido y sobre una nación ciega.

Siempre Egipto —el mundo— acarrea los juicios de Dios. El mundo caerá indefectiblemente bajo el azote de Dios, y si por desgracia hubieren allí en ese momento, entremezclados, algunos hijos de Dios, no quepa la menor duda que sufrirán también los dolores que vendrán.

La tierra ajena es todo lo que está fuera de Cristo

¿Qué es la tierra ajena para nosotros? Es todo lo que está fuera de Cristo. Sea lo que sea, parezca lo que parezca, por muy atractivo que sea su envoltorio, todo ello es tierra ajena, por tanto, es tierra de esclavitud y está expuesta a los juicios de Dios.

Puede atraernos con las más sutiles y convincentes razones (como cuando el hambre amenaza en Canaán), puede ofrecernos un paraíso en la tierra, puede hacernos creer que no se contraponen a Cristo, que incluso puede ayudarnos a caminar mejor con él, sin embargo, todo argumento no es más que vana argucia y hueca sutileza.

La tierra ajena puede hacernos creer que sus frutos son tan deleitosos como los de Canaán, y que los podemos obtener más fácilmente. Puede mostrarnos una cierta nobleza, una cierta clase de justicia, una cierta idoneidad moral; no obstante, al examinar con atención la calidad de sus materiales, comprobaremos su carácter quebradizo y común. Nada de oro hay allí en esos montes, ni tampoco hierro ni cobre. Todo es vulgar y perecible. Todo es un espejismo, un mero fuego fatuo.

¿No son estos peligros suficientes para rechazar las fascinaciones de la tierra ajena? Nuestros ojos necesitan urgentemente ser ungidos para ver que Dios ya ha juzgado a este mundo (los juicios de Egipto ya se acercan) y también al príncipe de este mundo (Juan 16:11). Que nuestros ojos sean ungidos para ver que nosotros nada tenemos en el mundo, y que él nada tiene en nosotros. ¿Qué paz hallaremos allí? ¿Qué identificación podremos tener con él si dio muerte a nuestro Señor? ¡Oh, el mundo es ajeno para nosotros! No nos pertenece, no es nuestro lugar, somos de otro mundo, pertenecemos a otra tierra. Entre nosotros y el mundo ‘ajeno’ hay un insalvable abismo de distancia.

En la buena tierra tenemos todo lo que necesitamos en el tiempo presente. Cada día descubrimos nuevas riquezas, y nuevos gozos en Aquel que ama nuestro corazón. ¡Qué ofensa sería para nuestro Amado salir de él para ir al mundo! ¡Qué necedad desechar *la más hermosa de todas las tierras* para ir a Egipto de nuevo!

Permítanos el Señor ver el mundo con los ojos que Dios lo ve, ciertamente con misericordia para los que allí están cautivos, pero también con un rechazo creciente hacia el enloquecido sistema que lo gobierna, y que cada día se opone más a él.

Una tierra de incertidumbre

Egipto es la mejor personificación de la tierra ajena. Sin embargo, hay otra forma en que esta tierra ajena puede manifestarse.

El libro de Deuteronomio advierte insistentemente a Israel acerca de la necesidad de obedecer para disfrutar perdurablemente de la buena tierra. Si no ocurría así, el pueblo sería llevado cautivo más allá, a naciones extranjeras. Hay un pasaje de este libro que grafica muy bien el estado de zozobra interior que se vive en esa tierra ajena: *«Y ni aun entre las naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová corazón temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! Y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuese la mañana! Por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos»* (28:65-67). Lo predominante aquí es el temor del corazón ante la incertidumbre de la vida. Sin reposo ni paz, el corazón teme todo el tiempo, tanto al amanecer como al anochecer. No hay fuerzas para vivir, ni hay placer en la obra de las manos. El futuro se alza como un verdugo con una espada en su mano. Las fuerzas del alma se desgastan diariamente, sus facultades se agotan, su capacidad de disfrutar de lo que hay debajo del sol se extingue. ¿Qué placer está reservado para ella? ¿Qué propósito da sentido a su diario vivir? ¡Oh, qué hastío, qué pesadumbre!

Esto describe claramente el estado depresivo que padecen muchos hijos de Dios, los cuales son víctimas (y, tal vez, algunos cómplices) de un sistema social y económico implacable, de una mente diabólica que lo maneja desde adentro, exigiéndoles identificación, compromiso y entrega. Es triste la condición de quien ha dejado a Cristo para probar suerte en otras tierras que parecen más atractivas. El mundo se presenta muy llamativo, y Cristo, en cambio, es tan austero y sencillo.

Cristo es como el tabernáculo en el desierto, tosco por fuera, cubierto con pieles de tejón, sin atractivo alguno para el ojo profano. Había que estar adentro para comprobar la riqueza que había allí, para admirar la refulgencia del oro en esos vasos sagrados, y la luz esplendente de la gloria de Dios en el Lugar Santísimo. Así también fue el Hombre de Galilea para

sus contemporáneos, «desfigurado en su parecer», sin hermosura, pero tan majestuoso para sus íntimos en el Monte de la transfiguración, o en la barca acallando al mar embravecido. Así es Cristo todavía, como una piedra de tropiezo y roca que hace caer, pero también como la esencia de todo lo divino.

No es nuestra

La tierra ajena es todo lo que hemos descrito y mucho más. Es esclavitud, es juicio, es temor e inseguridad. Pero, ¡gloria al Señor!, porque esa tierra es ajena, y no es nuestra. Aquí el adjetivo 'ajena' aplicado a ella es muy acertado, porque indica que no es ella nuestra herencia, que no nos pertenece, que no somos de ella, y que su lastre de muerte no puede tocarnos.

Tal como los dioses falsos nos son ajenos, y que la mujer del prójimo nos es ajena, también esa tierra lo es. Nuestra tierra es Cristo, y en él no hay ni esclavitud, ni juicio ni temor. En nuestra tierra hallamos todo reposo y plenitud. ¡Gloria al Señor, la verdadera herencia nuestra!

Una herencia compartida

Hasta aquí hemos revisado algunos aspectos que tienen que ver con la apropiación personal de Cristo por parte del creyente, para una vida plena en él. Esto ha sido nuestra intención principal en el transcurso de esta exposición.

Sin embargo, al concluir, es necesario señalar que hay una dimensión colectiva de la vida cristiana, y que esa dimensión debe ser considerada en una visión más amplia del tema. Al menos, en dos sentidos:

Primero, todo progreso espiritual experimentado por el creyente individual *ha de ir en bendición y edificación de todo el cuerpo de Cristo*. No hay tal cosa como recibir una bendición para luego disfrutarla en soledad. El objetivo y meta de todo lo que el Padre nos concede en Cristo es para que los santos desarrollen la obra del ministerio, la edificación del cuerpo de Cristo, *«hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»* (Ef. 4:13). Aunque no todos avancen con la misma devoción hacia esa meta, los que, por la gracia de Dios alcanzan un más claro conocimiento de Cristo, han de ponerlo

a disposición de todo el cuerpo, y colaborar así con el propósito de Dios.

Segundo, hay aspectos de Cristo que nunca van a ser descubiertos y disfrutados por el creyente individual, *porque han sido dejados en herencia al cuerpo completo*. La capacidad del creyente individual es limitada. La riqueza que puede recibir y mostrar, siendo capaz de suplir toda su particular necesidad, es todavía muy pequeña comparada con la que la iglesia puede recibir y mostrar. La capacidad de un solo corazón es muy estrecha como para sentir el delicado latir de Cristo: se hacen necesarios muchos corazones unidos para expresar sus nobles sentimientos. Y eso es la iglesia.

Por supuesto, es necesaria la experiencia individual (y eso explica el por qué este libro), pero quienes avanzan en ella no deben hacer de esa experiencia el centro de toda su atención. La mirada debe extenderse más allá, hacia la iglesia toda, de la cual el creyente forma parte.

María a los pies del Señor no es sólo el individuo que contempla al Señor, sino que es la iglesia que le admira. Así también, la iglesia metaforizada como el soldado de Efesios 6 es quien presenta la buena batalla al enemigo, y no el individuo. Es el conjunto de miembros que orgánicamente conforman el cuerpo de Cristo, el que está llamado a entrar en el disfrute pleno de Cristo, para luego mostrarle en toda su esplendor y su gloria.

Una somera mirada al libro de Romanos nos ayudaría a explicarlo. En esta epístola vemos que la vida cristiana tiene un recorrido ascendente, que parte con la justificación, que sigue con la santificación y que llega a la plenitud en Cristo en el capítulo 8. Sin embargo, todos sabemos que Romanos tiene dieciséis capítulos. ¿Qué nos muestran los otros ocho? Que la experiencia personal del creyente no es todavía la plenitud. Ellos nos muestran una instancia posterior de vida que es fundamental: la del cuerpo de Cristo (capítulos 12 al 16).

Romanos 8 no es el fin, como no lo es tampoco el creyente individual. La voluntad eterna de Dios está centrada en Cristo y la Iglesia. Dicho en términos de nuestra tipología, está centrada en la buena tierra y en el Israel que entra en el disfrute de ella. No sólo en los vencedores, como Josué y Caleb, sino en el pueblo todo («*tú y todo este pueblo*», Jos. 1:2), aún los que conforman las tribus más pequeñas.

El punto de partida necesario

Entonces, ¿por qué hemos puesto aquí todo el acento en la experiencia individual? Porque este es el punto de partida, el *necesario punto de partida*. Hay una dimensión individual y una dimensión colectiva. La primera es el comienzo; la otra es su consumación. Luego, en su desarrollo, ambas se complementan y se ayudan. Una experiencia individual sin una experiencia colectiva es insuficiente; una experiencia colectiva sin una experiencia individual es imposible. De manera que hemos de partir postrando nuestro corazón delante de Dios para conocer a Cristo como «nuestra vida» (Col. 3:4), para después poder, en conjunto con todos los santos, conocer a Cristo como «*el todo en todos*» (Col. 3:11).

Es preciso que cada uno pruebe por sí mismo las delicias de Cristo como su herencia. Es necesario que establezca fuertes y dulces lazos de amor y devoción personal antes de aventurarse a una vida de iglesia. Allí, sin la experiencia personal e íntima, podría verse tentado a meramente apropiarse de las experiencias espirituales de otros. Pero una cosa es recibir la riqueza y la vida de otros, y otra muy distinta es vivir de las experiencias de otros.

Una vez que el cristiano tiene una sólida base de experiencias individuales, podrá avanzar hacia lo colectivo, y ser allí no sólo uno que recibe, sino también uno que da.

De manera que, al concluir esta exposición sobre Canaán como tipo de Cristo, debíamos aclarar cuál es el sentido de la experiencia individual en el contexto general de la iglesia, cuál

es su urgente necesidad y también cuál es su limitación.

Que el Señor en su gracia nos permita vivir a Cristo en todo lo que el Padre ha diseñado para nosotros, tanto individual como colectivamente, en la esperanza de que todo lo que recibamos de él volverá a él en alabanza, gloria y honra, porque él es digno.

**OTRAS PUBLICACIONES
DE EDICIONES «AGUAS VIVAS»**

Stephen Kaung

Discipulados a Cristo

Christian Chen

El Misterio de Su Voluntad

El Eterno Consejo de Dios

Eliseo Apablaza

Conforme al Modelo

Consagración y Servicio

Las Riquezas de Su Gracia

7 Preguntas y 21 excusas que suelen darse para no seguir a Cristo

Los Amigos También Tienen que Morir

Claudio Ramírez

Del Cielo hasta la Tierra (poemas)

Como el Rocío de Hermón (poemas)

Varios autores

Mensajes a la Iglesia

Pedidos a:

Jorge Geisse D.

Ediciones «Aguas Vivas».

Fono (45) 642904, Casilla 3045, Temuco, Chile.

E-mail: jgeissed@hotmail.com

